SECRETOS DE ESTADO



J. J. FERNÁNDEZ

CHRISTIAN No 1

SECRETOS DE ESTADO

J. J. FERNÁNDEZ



Secretos de estado

Copyright © 2025 by J. J. Fernández

ASIN**:** B0D2LXCSYH

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluida la reprografía y el tratamiento informático, sin la autorización previa y por escrito del autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

SUSCRÍBETE A MI LISTA

Suscríbete a mi lista de correo y recibe GRATIS la precuela ***Un crimen suicida*** de la serie *Crímenes imperceptibles*.

DESCARGA UN CRIMEN SUICIDA

También puedes acceder escaneando este código con la cámara del móvil:



ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56

Querido lector
¿Te ha gustado Secretos de estado?
SUSCRÍBETE A MI LISTA
Acerca del Autor
OBRAS DE J. J. FERNÁNDEZ

1

CADA PECADO DEJA UN RASTRO. El de Christian estaba a punto de marcar su destino.

Salió de la habitación 304 del hotel Nadler con el sigilo de un ladrón. El cinturón desabrochado, la camisa fuera del pantalón y el gesto tenso de quien sabe que ha cruzado un límite. Caminaba deprisa por el pasillo enmoquetado, con la mirada al frente y los hombros en tensión. Jamás imaginó que ese encuentro con un huésped terminaría relacionando su nombre con un asesinato que se cometería esa madrugada de otoño de 1990.

Eran casi las doce.

Con un gesto rápido, intentó abrocharse el cinturón, pero no lo consiguió.

—*Fuck*! —murmuró.

Miró hacia ambos lados. El pasillo estaba vacío. Tenía que llegar a recepción antes de que Martha se impacientara. Apretó el botón del ascensor y observó su reflejo en la puerta metálica. Christian era un joven de veinticinco años con cabello rubio y desordenado. Sus ojos, de un azul intenso, aún estaban encendidos con la adrenalina del momento. Era hijo de padres daneses y criado en Londres desde una adolescencia temprana. De complexión atlética y sangre vikinga,

estaba esculpido sin demasiado esfuerzo y poseía un atractivo innegable que no pasaba desapercibido.

Por fin se abrochó el cinturón, bajó de un tirón la camisa y se pasó la mano por el pelo. Tuvo la extraña sensación de que alguien lo observaba. Giró la cabeza, pero el pasillo estaba vacío. La puerta del ascensor se abrió. Entró y descendió. Al salir, la calma del hotel era total. Ni el ruido del tráfico de Londres se colaba por las ventanas de aquel lugar. Solo el eco lejano del tic-tac de un reloj de cuco.

Llegó a la recepción. Una lámpara de araña iluminaba el mostrador.

—Llegas tarde —dijo Martha sin levantar la vista del registro—. ¿Quién ha sido la víctima esta vez?

Él cogió una manzana de un bol y le dio un mordisco con energía.

—No sé de qué me hablas.

Ella lo miró por encima de las gafas, con una expresión entre divertida y cansada.

—El apetito aumenta después de hacer el amor.

—Y yo creo que incluso más cuando has tenido sexo —respondió él con una sonrisa pícara.

Martha se ajustó las gafas.

—Si alguien se entera, te echan.

—¿Quieres que me echen?

—Quiero dormir. Y que no me metas en tus líos.

—¿Y tu examen?

—Mañana a primera hora —respondió ella mientras se ponía un abrigo y una bufanda roja que le cubría medio rostro—. Te lo repito: te van a echar.

Christian tiró el corazón de la manzana a la papelera. Con un gesto teatral, le agarró las manos y las besó.

—Si no lo dices tú, nadie lo sabrá.

Ella se soltó, escondiendo una sonrisa.

—Conmigo no funciona el coqueteo.

—Nadie se ha quejado hasta ahora. Además, la vida es demasiado corta para atarse a algo o a alguien.

—Eres imposible. ¿Habitación?

—¿Quién te ha dicho que lo hicimos en la habitación?

—Eres un guarro.

—Y tú, una cotilla.

—Si solo vives para hoy, el mañana te pasará factura.

—Si solo piensas en el mañana, te pierdes el hoy —contradijo a Martha, dándole un beso en la mejilla.

Ella resopló y se dio la vuelta. Antes de marcharse, colocó con precisión dos macetas junto a la puerta.

Christian se quedó solo. Registró a dos huéspedes de un vuelo transatlántico, revisó reservas para el día siguiente y verificó las entregas de productos frescos para el desayuno. Más tarde, actualizó las reservas y preparó los informes para el equipo de limpieza. Finalmente, se preparó un té y se dejó caer en un sillón de cuero gastado en la esquina de la recepción.

Fuera, la lluvia golpeaba suavemente las ventanas. El gran reloj de cuco marcaba el tiempo.

Tic. Tac. Tic. Tac.

Christian sintió la calma. La calma antes de la tormenta. Sin saber lo profético que era ese pensamiento. Sin saber que su vida estaba a punto de cambiar para siempre.

2

LONDRES DESPERTABA ENVUELTO en un cielo lleno de nubes que se deshacían en claros a medida que avanzaba la mañana. Era sábado. Christian terminó su turno en el hotel y tomó el autobús de vuelta a casa.

Hoy era el día. No tenía escapatoria. Su madre había insistido tanto que ya no tenía excusas. Tenía que ver a su padre. Además, estaba de visita en Londres, así que según su madre no había mejor momento. Al menos, cuando la visitara en la clínica la próxima vez, podría decirle que lo había hecho. Que había accedido a cenar con su padre.

Bajó en Camden Town y caminó hasta una casa victoriana algo deslucida, idéntica a la docena de casas adosadas de la misma calle. Giró la llave en la cerradura y entró cruzando los dedos para no encontrarse con nadie. Olía a muebles viejos, incienso y curri. Subió las escaleras hasta su habitación en la primera planta y cerró la puerta. La cama ocupaba casi todo el espacio. Dos cajas de mudanza sin abrir eran testigos mudos de una vida en pausa. Todo esto era temporal. O eso se había dicho. Un par de meses que se prolongaron a once. El acuerdo con el casero era simple: sin contrato, sin compromisos. La única condición era que no podía traer

visitas nocturnas. No querían chicas. A Christian no le preocupaba. No había chicas en su vida.

Se dejó caer en la cama y cerró los ojos. El agotamiento lo venció. Cuando despertó, el sol ya se había deslizado hasta el borde de la ventana. Si quería llegar a tiempo para cenar con su padre antes de su turno de noche en el hotel, tenía que darse prisa.

Salió de la ducha con el eco de las palabras de su madre resonando en su mente: «Hazlo por mí».

Se rio para sus adentros. Lo decía como si fuera fácil. Su padre, el hombre que siempre aparecía en los momentos menos oportunos, solo para recordarle todo lo que había hecho mal.

¿Sería diferente esta vez?

Dudó.

Abrió los cajones y tanteó entre camisetas arrugadas. Algunas con sus bandas de música favoritas como Depeche Mode o The Smiths. Otras, sin mangas, más adecuadas para una noche de verano o alguna fiesta *rave* en algún club que ya no existía.

Por un segundo pensó en ponerse la camiseta de rejilla que usaba en esas mismas fiestas, pero la imagen de él sentado frente a su padre con eso puesto le hizo soltar una carcajada corta.

Ridículo… pero provocador.

No podía presentarse con cualquier cosa. Si tenía que soportar sus sermones durante una cena, al menos podía controlar cómo lo vería su padre. Quizás el jersey de lana en tono tierra que su madre le había tejido. Le quedaba demasiado grande y se veía raro con él puesto.

No.

Necesitaba una camisa. Algo que al menos pareciera respetable. Abrió el armario y pasó las perchas una a una. Descartó la franela a cuadros que compró en un mercadillo en Camden: demasiado

informal. Descartó la camisa de seda negra que le regaló un ex por su cumpleaños: demasiado de club en Soho. Finalmente, encontró una camisa blanca. Sencilla. Sin pretensiones. Aburrida. Pero funcionaba. La puso sobre la cama y suspiró.

Primera concesión de la noche.

Luego vino el dilema de los pantalones. Sus vaqueros estaban demasiado gastados y sabía que sería lo primero en lo que su padre se fijaría.

Optó por los pantalones de tela que había comprado para la boda de un amigo de la universidad. Pilló una borrachera monumental. Manchó los pantalones, pero milagrosamente se salvaron en una tintorería local.

Demasiado formales, pensó mientras se los probaba, pero al menos le daban la apariencia de alguien que tenía su vida en orden, algo que necesitaba fingir. El niño bueno que nunca fue, pero que podía ser por una noche.

Los zapatos fueron la última batalla. Los mocasines negros le apretaban demasiado, así que optó por unas zapatillas blancas de deporte que le había regalado su madre. Tomó el *blazer* de lana gris. Era el que se había puesto en su entrevista para el hotel. El que hizo que lo tomaran en serio. Dudó si quitarse un par de pulseras de la suerte con su nombre escrito en colores que estaban de moda.

Mejor sin pulseras. Deshizo el nudo y las dejó encima del escritorio.

Se miró en el espejo.

El reflejo no era él, pero al menos podía fingir que lo era. Capearía a su padre, escucharía sus sermones y, al final de la noche, saldría de allí con lo único que necesitaba de él: su dinero.

—Lo hago por mamá —murmuró.

Sin embargo, en el fondo, sabía que no era solo por ella. Era por él. Era para demostrarle a su padre que ya no le tenía miedo.

3

Antes de encontrarse con su padre, Christian hizo una parada. Fue algo espontáneo. Al ver Jovoy, la perfumería de Conduit Street, se detuvo. Las letras doradas brillaban sobre el fondo negro como una promesa al estilo de vida al que Christian aspiraba.

Solo sería un momento. Un pequeño instante de gozo antes de enfrentarse a su padre.

Cruzó el umbral. El interior de la tienda era un santuario de aromas. El aire estaba impregnado de esencias raras, como un hechizo invisible tejido con notas de sándalo, especias y flores exóticas. Los frascos brillaban en mesas de mármol como estrellas en un cielo de verano.

Una dependienta, impecablemente vestida con una falda negra de tubo y un suéter de cuello cisne a juego, ofrecía tiras olfativas a una pareja de asiáticos en una bandeja de plata. Los turistas inhalaban con una mezcla de curiosidad y deleite.

Christian se acercó hasta un perfume en particular. Un elegante frasco dorado con forma rectangular, bordes suavemente curvados y una tapa dorada en forma de corona.

«Clive Christian No1».

Se vio reflejado en la brillante superficie dorada. Bajó la vista y releyó la descripción con la concentración de un actor memorizando líneas:

«222 ingredientes. Base de vetiver, haba tonka y sándalo añejo. Notas herbáceas de tomillo y nuez moscada que evocan el espíritu del Este y el pasado rústico de Inglaterra. La fragancia culmina con ámbar dorado, vainilla de Madagascar y un toque de almizcle».

Era exactamente lo que buscaba. Pasó los dedos por el frasco y, de repente, escuchó a alguien carraspear a sus espaldas.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó una voz, demasiado cortés para disimular el desdén.

Christian se giró para encontrar a un dependiente perfectamente trajeado, con una corbata tan ajustada que parecía limitarle el flujo de sangre al cerebro.

—Solo estoy mirando —respondió él, dándole la espalda.

—¿Nos hemos visto antes?

—No.

—Yo creo que sí —insistió el dependiente—. ¿Está buscando algún perfume en particular?

Christian se giró de nuevo y esbozó una sonrisa ladeada, desafiante.

—Ya lo he encontrado.

Acto seguido, cogió el frasco y, sin prisa, presionó el difusor varias veces por el cuello y las muñecas. Impregnó su piel con la fragancia mientras aspiraba hondo.

—Le rogaría que si no va a comprar nada, no tocase los productos.

—¿Cómo sabe que no voy a comprar nada?

El dependiente parpadeó varias veces.

—Este no es un lugar para mirar. Es un lugar para comprar. Será mejor que me acompañe hasta la puerta.

Christian arqueó una ceja y le sostuvo la mirada un instante demasiado largo.

—Sé salir solo, gracias.

Dejó el frasco en su sitio y se giró hacia la puerta. Al pasar junto a la pareja de turistas asiáticos, lanzó un último comentario por encima del hombro:

—Ese perfume lo pueden encontrar más barato en Selfridge's.

Sin esperar respuesta, salió a la calle. Frotó las manos para calentarse e inspiró hondo el perfume impregnado en las muñecas. El sándalo añejo. La nuez moscada. La bergamota y el cardamomo. Las notas cítricas de lima, mandarina siciliana y pomelo rosa. Una mezcla perfecta y costosa que le recordaba quién era en realidad: un pobre recepcionista, atrapado entre las expectativas de un padre que nunca lo entendería y su propia incapacidad para encontrar algo que realmente le diera sentido a su vida.

—Clive Christian No1 —murmuró.

El perfume hacía honor a su nombre. El precio, también.

Respiró una vez más y siguió caminando con el sabor amargo de la humillación pegado al paladar.

4

Christian bajó hasta Piccadilly y, sorteando la multitud de un sábado por la noche, continuó en dirección a Green Park.

Acercó la muñeca a su nariz. Aspiró. El perfume de lujo aún se aferraba a su piel. Todo aquello que no era… No importaba lo que pasara en la cena, lo único que necesitaba era el dinero. Nada más.

Se ajustó la chaqueta y avanzó con decisión hacia el Ritz, donde su padre lo esperaba para cenar. Estaría impecable, como siempre. No importaba cuántos años hubieran pasado o cuántas conversaciones incómodas hubieran tenido, su padre nunca fallaba en presentarse perfecto.

El Ritz brillaba bajo las luces de Londres, con su fachada de piedra caliza, columnas corintias y ventanales arqueados que dejaban entrever la opulencia del interior.

Al llegar a la entrada principal del hotel, un botones le abrió la puerta. El vestíbulo, con su suelo de mármol en blanco y negro, las cortinas de terciopelo y los espejos dorados, olía a cera de abejas y flores frescas.

Dio su nombre en recepción y un maître lo condujo a un restaurante de mesas con manteles de lino blanco y cubiertos que brillaban a la luz de las lámparas.

Su padre bajó la carta de vinos al verlo llegar. Le echó un vistazo y con un leve asentimiento lo invitó a sentarse. Vestía un traje hecho a medida y un pelo rubio ceniza meticulosamente peinado.

—¿Te dejaron entrar con esas zapatillas? —Sonó más a confirmación que a pregunta.

Christian se encogió de hombros.

—Ya ves que sí.

Un camarero de rostro sereno y uniforme negro con detalles plateados, le retiró la silla para que se sentara.

—¿*Château Margaux* o *Vega Sicilia*? —preguntó el padre, que hojeaba la carta de vinos.

—Trabajo esta noche —se justificó.

El silencio se extendió un segundo más de lo necesario. La oferta sonó casi como una tregua, y Christian asintió.

—El que quieras.

—*Château Margaux*.

El camarero asintió y se retiró.

Padre e hijo eran dos gotas de agua de un mismo vaso, pero separados por un océano tan vasto como dos mundos radicalmente opuestos.

Christian echó un vistazo al menú. Ofrecían desde caviar y paté hasta los tradicionales asados británicos.

—No te preocupes por el precio —dijo su padre—. Yo pago.

Volvió el camarero.

—¿Los señores están listos para cenar?

—¿Qué me recomienda?

—Tenemos un venado que llegó esta mañana con salsa de setas salvajes.

El padre de Christian asintió complacido.

—¿*Fish and chips*? —preguntó Christian.

Su padre levantó una ceja, pero no dijo nada.

El camarero tomó nota y se retiró.

El padre de Christian trabajaba como director de operaciones internacionales para la compañía danesa Maersk y se encargaba de supervisar y coordinar las operaciones globales.

—Me ha dicho tu madre que querías hablar conmigo.

Aquella afirmación sorprendió a Christian.

—¿Eso te ha dicho mamá? Ella me dijo lo mismo de ti.

—Nos ha hecho una encerrona —respondió su padre.

Llegó el vino, el venado con setas salvajes y el *fish and chips*. El padre de Christian abrió la servilleta con cierta teatralidad.

—¿Has ido a ver a tu madre?

—Siempre que puedo.

—¿Y eso quiere decir…?

—Hablé con ella el otro día y me dijo lo de la cena contigo, pero he tenido mucho trabajo para ir a visitarla. Lo haré pronto.

—Deberías ir más a menudo. Es tu madre.

—Y también es tu esposa —añadió Christian a la defensiva.

Su padre se limitó a observarlo y siguió comiendo.

—¿Tienes ya novia?

—Sabes que no —respondió incómodo por la pregunta.

—No, no lo sé. Por eso lo pregunto.

—No, no tengo novia.

El padre se sirvió más vino.

—En mi época las cosas eran más simples. Yo a tu edad estaba casado y tu madre embarazada de Lene.

—En tu época no había la libertad que tenemos en los noventa —replicó Christian, pero la mirada fría de su padre lo hizo arrepentirse al instante.

—No confundas la libertad con el libertinaje.

Christian sintió una presión creciente en el pecho, como si la conversación no fuera más que una repetición de todas las anteriores, destinadas a terminar en el mismo punto muerto.

La comida continuó en un silencio tenso, interrumpido solo por el camarero que retiraba los platos con elegancia.

—¿Desean postre los caballeros?

—No, gracias —respondió Christian.

—Tráiganos la carta —indicó el padre, ignorando el comentario de su hijo.

—No quiero llegar tarde a mi trabajo.

—Te pido un taxi. No nos vemos todos los días.

Christian tensó la mandíbula, pero asintió. Se dijo que quizás su madre tenía razón y su padre estaba haciendo un esfuerzo. A su manera, pero un esfuerzo al fin y al cabo, y se relajó.

—Me pediré un *brownie*.

—¿Qué me dice del *Grand Marnier soufflé*? —pidió el padre consejo al camarero.

—Es un *soufflé* francés ligero y esponjoso, perfumado con un delicado sabor a naranja y salsa de crema inglesa o sorbete de cítricos.

—Crema inglesa.

—Una opción excelente —comentó el camarero con una reverencia y se retiró.

Volvieron a estar solos.

—Supongo que aún no has retomado los estudios.

—¿No le has dicho nada a mamá de que me he tomado una pausa?

El padre negó con la cabeza.

—No sabe nada porque no quiero preocuparla.

—Es solo una pausa.

—La pausa ha durado casi dos años. ¿Puedo saber tu plan, si es que tienes uno?

—Sí, tengo un plan —marcó Christian—. Creo que quiero estudiar antropología.

—¿Crees?

—Hay un programa en particular que ofrece la LSE.

—¿LSE?

—La escuela de Londres de ciencias económicas y políticas.

—Sé lo que es la LSE —le cortó el padre—. Eso no te va a sacar de pobre.

—Pero me gusta.

—O crees que te gusta.

Christian jugó con el tenedor de postre, negándose a seguir con la conversación.

—Hijo, las decisiones en la vida no se toman a base de lo que a uno le gusta o no le gusta. —Paró y respiró hondo—. Estudia una ingeniería como hice yo.

—Pero yo no soy tú.

Llegaron los postres, pero Christian ya no tenía apetito.

—¿Cuándo vas a cambiar?

Christian apretó más fuerte el tenedor.

—¿Y cuándo vas a cambiar tú?

El padre respiró hondo. Golpeó con los dedos la mesa mientras hacía un cálculo mental. Acto seguido, sacó de su chaqueta un talonario y un bolígrafo *Montblanc*.

—¿De cuánto estamos hablando?

Christian lo miró. Odiaba la facilidad con la que su padre resolvía problemas con números.

—Christian, ¿de cuánto estamos hablando?

—Estudiamos historia del pensamiento, antropología social, política, económica…

—Sí, todo eso suena muy bonito, pero no tengo ni idea a qué te vas a dedicar cuando termines… si es que terminas.

—Cinco mil libras —soltó de repente.

—¿Cinco mil libras? —repitió su padre con sorpresa.

—Yo me pagaría los gastos de estancia.

—¿De qué estancia estás hablando? Vives en Londres y ya tienes apartamento.

—Habitación —le corrigió Christian—, pero estoy bien.

—Más te vale. —La respuesta fue seca. Firmó el cheque y lo dejó encima de la mesa—. Con el resto, te compras algo de ropa. Vas como un pobre.

—Es la moda y me gusta.

—Sí, tú lo has dicho, te gusta mucho «la moda».

Se terminó la copa de vino con un largo trago. Se llenó una copa más y vació la botella. Christian apenas había probado el vino. Buscó las fuerzas dentro de él para decir «gracias», pero su padre se adelantó.

—Creo que tenías ocho años, y pronto iba a ser tu cumpleaños. Ese fin de semana tu madre insistió en visitar el Tivoli. Era un día soleado de verano. Tú estabas tan emocionado, corriendo de un lado a otro, queriendo probar todas las atracciones. ¿Te acuerdas? — La voz de su padre se suavizó

Christian escarbó en la memoria y los recuerdos empezaron a emanar. Su padre se acercó más a él.

—Había una atracción en particular que te llamó la atención. Era un carrusel enorme, con caballos pintados a mano y luces brillantes. Te subiste a uno de los caballos y te agarraste de las riendas,

sonriendo de oreja a oreja. Recuerdo que dabas vueltas y vueltas, riendo con cada giro.

Christian sonrió por primera vez esa noche, sintiendo una cálida oleada de nostalgia.

—Pero entonces —continuó su padre con un tono en la voz que cambió sutilmente—, recuerdo que, después de unos minutos, el carrusel empezó a girar más rápido. Te vi aferrarte al caballo con todas tus fuerzas y la risa se convirtió en una expresión de miedo. Estabas aterrorizado. Le tenías miedo a un carrusel para niños. Cuando finalmente te bajaste, viniste corriendo hacia mí, llorando.

La sonrisa de Christian se desvaneció.

—Siempre fuiste muy miedoso, hijo. Incluso entonces, tenías problemas para enfrentarte a las cosas que te asustaban. Te quedaste pegado a tu madre el resto del día, sin querer subir a otras atracciones. En cambio, tu hermana y yo las probamos casi todas. —Cogió la botella de vino, pero estaba vacía y la dejó en su sitio—. Hijo, ya sabes mi consejo. Deberías salir de ese agujero negro, estudiar algo con futuro, buscar una chica y sentar la cabeza.

Christian se puso de pie despacio, conteniendo la rabia.

—Ese «agujero negro» es mi vida.

Su padre señaló el cheque.

—Te dejas lo más importante —le dijo alargando las palabras.

Christian quiso mandar a la mierda a su padre y salir corriendo, pero sus piernas fueron más cobardes que él y se quedó quieto unos segundos. Sintió cómo el orgullo se le rompía en pedazos mientras tomaba el cheque de la mesa. Mamá estaría contenta de saber que habían cenado juntos. Tal vez incluso pensaría que las cosas entre ellos podían mejorar. Ilusa.

No miró atrás cuando salió del Ritz. Una vez en la calle, respiró hondo. En un acto de liberación, tiró la camisa y el blazer a un cubo

de basura cercano y se puso su camiseta de Depeche Mode y la chaqueta de cuero que guardaba en la mochila.

No importaba lo que su padre pensara. Esa era su vida, y seguiría adelante, aunque tuviera que arrastrarse para hacerlo. Apretó el cheque en el puño, sintiendo el papel arrugarse entre sus dedos. Luego lo guardó en el bolsillo. Odiaba cada libra de ese dinero, pero lo usaría. Y un día, cuando no lo necesitara, cuando fuera realmente libre, se aseguraría de devolvérselo de la forma más dolorosa posible.

5

CHRISTIAN CAMINABA por Piccadilly Circus con el cheque en el bolsillo y la bilis subiéndole por el esófago mientras las palabras de su padre resonaban en su mente. Pisaba con fuerza, como si así pudiera aplastar la voz de su padre en su cabeza.

«Siempre fuiste muy miedoso, hijo».

No importaba cuántas veces intentara enfrentarse a él, siempre salía derrotado. Siempre le hacía sentir como una mierda. Un niño otra vez. Pequeño, frágil e indefenso. Con la certeza de que nunca sería suficiente.

El pasado lo seguía en cada paso. Los fracasos académicos. La presión de su familia. La decepción perpetua en los ojos de su padre.

Su padre… Sin mucho entusiasmo, le había pagado la matrícula en Cambridge para estudiar Historia Clásica. Duró poco más de un año y terminó con un par de ensayos coloridos sobre la vida matrimonial en la antigua Roma. Después, intentó económicas. No tenía las asignaturas requeridas, pero pasó la prueba de acceso con un asombroso resultado de un noventa y siete por ciento. Eso y una llamada de su padre a un viejo compañero de estudios. Una vez dentro, un encontronazo con un profesor lo sacó de allí antes de

completar el segundo año. Se tomó entonces un año sabático para replantearse qué hacer con su vida. El año se convirtió en dos. Dos años de noches largas como recepcionista en los hoteles del barrio del Soho. El corazón del West End. Un microcosmos de culturas. Un barrio bohemio y artístico. Un distrito de vida nocturna y barrio rojo en el pasado.

Giró hacia la izquierda en la plaza de Piccadilly.

Las calles se estrechaban a medida que avanzaba, sumergiéndose en el barrio, donde los letreros de neón de clubes y bares iluminaban la noche con un resplandor multicolor. El sonido de risas, música y conversaciones se mezclaba en el aire, envolviéndolo poco a poco, calmando la furia que le quemaba el pecho.

Sonrió al ver desde el pub Rupert a un grupo de chicos imitando los movimientos del nuevo video de Madonna, *Vogue*.

El Soho era su refugio. El único lugar donde podía ser él mismo sin rendir cuentas a nadie. Tenía veinticinco años y estaba más confundido que un adolescente gay en un vestuario de jugadores de rugby.

De repente, el enfado pasó a la sorpresa. Se detuvo en seco frente al hotel.

Dos coches de policía mal aparcados bloqueaban parcialmente la entrada. Bajo la marquesina, la escultura metálica de una mujer desnuda con alas de libélula flotaba suspendida en el aire como una versión de Campanilla de Peter Pan que observaba la confusión desde arriba.

Alguien golpeó un cristal a sus espaldas. Christian se dio la vuelta. Martha, su compañera de trabajo, le hacía señales desde el café contiguo al hotel para que entrara. Llevaba el uniforme de trabajo y el moño, algo deshecho por las horas en recepción.

Christian se dirigió a la entrada, pero un guardia como una mole de músculos envuelta en un abrigo oscuro, le puso una mano en el pecho justo cuando intentaba entrar por la puerta.

—Solo entran trabajadores del hotel y huéspedes —gruñó.

—¿Recepcionistas te vale?

La mole bajó la mano y le dejó entrar.

Dentro, el café olía a una mezcla de tabaco, pasteles y café requemado. Mientras se acercaba a la mesa donde estaba sentada Martha, varios compañeros de trabajo y algunos huéspedes ocupaban otras mesas, lanzando miradas furtivas hacia los coches de policía.

—Ese guarda es un borde —murmuró Martha, ajustándose las gafas.

—¿Qué está pasando?

—Han bloqueado la zona. La policía hizo salir a todo el mundo del hotel. —Se inclinó sobre la mesa y bajó la voz—. Dicen que alguien ha muerto.

Christian no tuvo tiempo de reaccionar. Desde la ventana, vio a varios policías que metían una camilla con un cuerpo dentro de una bolsa negra.

—Chris, tiene que ser algo serio —susurró Martha.

—Estas horas nos las pagan, ¿no?

Martha se encogió de hombros.

—Supongo.

—Será algún viejo al que le ha dado un infarto. —Se levantó—. Voy a pedir algo. ¿Qué quieres?

Martha levantó su taza vacía.

—Un té. Estoy algo destemplada.

Mientras esperaba en la barra, el camarero lo miró con curiosidad.

—¿Trabajas en el hotel?

—¿Se me nota tanto?

—La gente del hotel no paga. —Suspiró—. Solo espero que la policía nos diga algo pronto para cerrar. Me he pasado el día trabajando como un cabrón.

Christian volvió a la mesa con los tés justo cuando una mujer negra se le acercó. Vestía una blusa blanca ajustada y pantalones oscuros que acentuaban su figura esbelta.

—¿Sois del hotel?

Christian y Martha intercambiaron una mirada.

—Sí —respondió ella.

—Soy Jade Kingston y trabajo para *The Guardian*. Me gustaría haceros unas preguntas —les dijo con voz firme mientras les ofrecía su tarjeta de presentación con su nombre y un lema que decía «La verdad te hará libre»—. ¿Puedo?

Se sentó sin esperar respuesta.

Christian tomó la tarjeta por inercia.

—Creo que hablas con la gente equivocada. No sabemos nada.

—Pero trabajáis en el hotel, ¿no? —insistió ella.

—Sí… —respondió Martha dando un sorbo al té.

—¿Habéis visto prostitutas en el hotel?

Marta se atragantó con el té.

Christian le ofreció una servilleta, conteniendo la risa.

—¿Qué tienen que ver las putas con la muerte de algún anciano?

Jade le sostuvo la mirada.

—El hombre murió durante una práctica sexual.

Christian se giró hacia la ventana. La ambulancia seguía allí, con las luces intermitentes reflejándose en los charcos del asfalto.

—Bueno, al menos murió disfrutando, ¿no?

El guardia de la entrada irrumpió en el café, barriendo el lugar con la mirada. Jade, con un movimiento discreto, escondió su bloc de notas en su regazo.

Christian sonrió.

—Déjame adivinar. Ese tipo no deja entrar a los periodistas.

—Yo creo que no —dijo Martha con tono inocente.

—Qué le jodan. ¿Qué quieres saber?

Jade puso de nuevo el bloc sobre la mesa.

—Gracias. El huésped murió por asfixia autoerótica. ¿Sabéis algo sobre eso?

—He oído hablar de esa práctica.

—¿Y qué sabes?

Christian dejó que el silencio flotara unos segundos antes de responder.

—Básicamente, restringes el suministro de oxígeno al cerebro para intensificar el placer sexual. Es arriesgado, pero algunos lo hacen por la adrenalina. Lo que buscan es una mayor estimulación durante la masturbación.

—¿La masturbación?

—Martha, es una práctica sexual…

Ella retiró la taza de té unos centímetros.

Christian continuó.

—Pero bueno, si decides probarlo, más vale que sepas bien lo que estás haciendo.

—¿Y tú…?

—No, Martha. He probado muchas cosas, pero eso no. ¿Por quién me tomas?

—¿Habéis observado algo extraño durante vuestros turnos de trabajo? Cualquier cosa fuera de lugar.

Ellos volvieron a intercambiar una mirada.

—No —respondió Christian esta vez.

Jade se puso de pie y les dio las gracias.

Poco después, la policía comenzó a despejar la zona. Un oficial entró en el café para informar a los trabajadores y huéspedes que ya podían regresar al hotel.

6

MARTHA SE QUEDÓ FUERA HABLANDO con otros compañeros del hotel mientras esperaba a que su novio viniera a buscarla. Antes de irse, le pidió a Christian que recogiera su chaqueta del cuarto de los trabajadores. Él asintió con desgana y respiró hondo antes de empujar la puerta del hotel.

El ambiente no era el habitual. Dos agentes hablaban junto al ascensor, consultando papeles y tomando notas. Otro, más joven, con cara de sueño y gesto serio, recorría los pasillos con una carpeta en mano, apuntando lo que decía una de las limpiadoras. A cada tanto, los *walkie-talkies* chisporroteaban órdenes y respuestas en un código que parecía mantenerlos a todos en alerta constante.

Se encontró con la mirada de su compañero de recepción. Un hombre robusto, con el rostro cetrino y las ojeras profundas de quien ha pasado demasiadas noches en vela.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Christian.

—Mark y Linda encontraron al muerto al abrir la puerta de la habitación.

Lo dijo sin emoción, como si se tratara de cualquier otro incidente del hotel.

Christian sintió una extraña incomodidad recorrerle la espalda. Sin decir más, continuó hacia el cuarto de los trabajadores. La puerta estaba entreabierta. Olía a ropa de lavandería húmeda. Tocó con los nudillos antes de asomarse.

Linda, la camarera de pisos, estaba sentada con la cabeza gacha y sostenía un vaso de agua entre sus manos.

—Siento mucho lo que ha pasado —murmuró Christian—. ¿Molesto?

—Pasa —respondió ella en un susurro, sin apartar la vista del suelo.

Su uniforme del hotel, que siempre le quedaba un poco grande, parecía ahora demasiado pesado para ella. Christian cogió el abrigo de Martha que colgaba de una silla cercana, pero no pudo marcharse. Se sentó junto a Linda. La cercanía entre ambos se sintió incómoda en el silencio.

—Fue horrible —susurró ella.

Él no supo qué decir. Esperó.

—El cable… las medias… la sangre. Y la televisión.

—¿Qué pasa con la televisión?

Ella lo miró con los ojos enrojecidos.

—Estaba encendida.

—¿Y qué tiene eso de raro?

—Solo que… estaba puesta en un canal estático. Sin señal. Como si alguien la hubiera dejado así a propósito. —El agua en el vaso temblaba ligeramente en sus manos—. ¿Cómo puede alguien hacer algo así?

—Alguien muy desesperado, supongo.

Linda levantó la vista y sus ojos se encontraron.

—Chris… tiene una mujer embarazada que lo esperaba en casa.

—¿Alguien muy infeliz?

Ella apretó los labios.

—No, un desgraciado, un hijo de puta.

—Linda…

—Alguien que le hace algo así a otro ser vivo, no merece vivir.

Aquel comentario sorprendió a Christian.

—Ese hombre se quitó la vida —dijo con cautela.

—No me lo creo.

—Eso es lo que dice la policía. Lo que hizo… se le fue de las manos. Eso es todo.

—Tú no viste lo que yo vi.

—¿Tú crees que fue otra cosa?

Ella asintió. Pero no una, sino varias veces.

Un golpe en la puerta los hizo sobresaltarse.

—Tu padre está en recepción. —Era su compañera Luisa—. ¿Le digo que pase?

Linda se puso de pie de inmediato.

—No, ya voy yo.

Salió sin mirar atrás.

Christian se quedó en el umbral, sintiendo cómo aquella extraña incomodidad se hacía más densa. Miró la silla donde había estado colgada la chaqueta de Martha. Luego a la puerta por la que acababa de salir Linda. Algo no cuadraba. Necesitaba saber en qué habitación había sucedido la tragedia.

Cuando Christian salió a la calle, encontró a Martha parada junto a otro compañero del hotel. Le entregó su abrigo y ella se lo puso lentamente, sin apartar la vista de la conversación. Algo en su expresión pasó de la incredulidad a una preocupación cada vez más palpable.

—Habitación 304 —dijo el compañero—. El huésped que se quitó la vida estaba en la 304.

El tiempo pareció detenerse.

No.

No podía ser.

Un escalofrío le recorrió la nuca. Sintió un pitido sordo en los oídos, como si su cerebro intentara rechazar la información.

Martha abrió los ojos de par en par.

—¿Estás seguro?

El compañero asintió con gravedad.

—Era un asesor político. Alguien importante de los Tories. Trabajaba para un miembro del parlamento.

Christian sintió un golpe seco en el estómago.

Un Ford Fiesta rojo se detuvo junto a la acera. El novio de Martha bajó la ventanilla y le hizo un gesto para que se diera prisa. Ella miró a Christian. Abrió la boca como si estuviera a punto de preguntar algo. Pero no lo hizo. Simplemente dijo:

—Tengo que irme.

Christian sintió la urgencia de hablar con ella. De explicarle. Decir algo. Dio un paso adelante. Luego otro. Pero se detuvo. Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta, y lo único que salió fue un débil.

—Nos vemos mañana.

Martha no respondió. Apenas levantó la mano en un gesto rápido antes de subirse al coche. No miró atrás.

El coche arrancó y se alejó en la penumbra de la calle, y Christian se quedó con un vacío pesado en el pecho.

Instintivamente, alzó la mirada. No al cielo. Si no a la escultura metálica de la mujer desnuda con alas de libélula, suspendida sobre la entrada del hotel. Por un instante, le pareció que lo observaba con una mueca burlona. Como si supiera algo que él aún no entendía.

7

Christian volvió a recepción para empezar su turno. Mark estaba sentado con su expresión de eterno cansancio. Como si la vida lo hubiera aplastado poco a poco.

—Me ha dicho Linda que tú también viste lo que pasó con ese asesor político —pregunto Christian en voz baja.

Mark asintió una vez, lento y sin emoción.

—El señor Pennington —respondió—. Su mujer llamó por la tarde. Estaba preocupada porque no había vuelto a casa ni había ido a la oficina. Pensaron que estaría ocupado, pero cuando no tuvieron noticias, llamaron al hotel.

—¿Y entonces?

—Linda fue a su habitación primero. Tenía el cartel de «no molestar». Tocó. Nada. Me avisó y la esposa insistió en que probáramos otra vez. Así que fui yo. Toqué varias veces, pero nada. Le dije que iba a entrar… y ahí fue cuando lo encontramos.

Christian tragó saliva.

—¿Qué fue lo que visteis?

Mark cruzó los brazos y soltó un resoplido.

—¿Tú qué crees? Era un pez gordo, un asesor político. ¿Sabes lo que hace un asesor político? Les dice a los políticos qué decir, cómo

comportarse, incluso cómo vestirse. Y yo me pregunto: ¿eso quién lo paga? Pues tú y yo, con nuestros impuestos.

—Sí, pero… —Christian buscaba las palabras—. Linda me dijo que no cree que haya sido un suicidio.

Mark se encogió de hombros.

—Puedes ver que la policía lo está investigando. Yo qué sé.

—¿No lo sabes?

Ahora Mark vaciló.

—Me han dicho que no hable mucho del tema. Yo paso.

—Vamos, Mark, somos compañeros. Solo quiero saber qué viste.

Mark hizo una mueca. Finalmente, cedió.

—Pues no sé. Eso es lo que te digo. Que yo no sé. El tipo estaba en pelotas con medias de mujer y el cable del teléfono en el cuello. Si eso es sexo, no es el tipo de sexo que yo he visto antes. Quizás se le fue de las manos lo que fuera que estuviera haciendo. No lo sé. Lo que sea que pasó, fue raro.

Un escalofrío recorrió la espalda de Christian. La descripción encajaba demasiado bien con los rumores, pero escucharla de Mark lo hacía más real, más perturbador. Ese no fue el tipo de sexo que tuvieron esa noche. Mientras Mark hablaba, imágenes borrosas comenzaron a llenar la mente de Christian. El cuerpo de ese hombre. El tacto de su piel. Las luces tenues de la habitación. La sensación de control que había intentado mantener se desmoronaba.

—Quizá no fue un accidente —murmuró, más para sí mismo que para Mark.

Pero Mark lo escuchó.

—Quizá —repitió.

Acto seguido, tomó sus cosas y dejó a Christian solo en recepción, quien retomó su rutina como si todo siguiera igual. Se

puso el uniforme, entró en la oficina y revisó la lista de tareas para la noche. Cada gesto era automático, un intento desesperado de convencerse de que todo seguía igual. De que nada había cambiado. Pero, claro, algo había pasado. Algo que no podía ignorar, por mucho que lo intentara. La muerte del huésped de la habitación 304.

Se obligó a revisar las notas del registro. A hacer cualquier cosa que mantuviera su mente ocupada. Pero los recuerdos regresaron con la insistencia de una corriente subterránea.

No sabía quién era ese hombre. Ni siquiera se preguntaron el nombre. Simplemente surgió. Espontáneo. Lo invitó a su habitación, tuvieron sexo y cuando terminaron, bajó a recepción para cubrir el turno de Martha.

Jugueteaba con el boli en sus dedos mientras reflexionaba sobre qué hacer.

Y la respuesta llegó.

Nada.

No iba a hacer nada porque nada sabía.

El turno nocturno de Christian transcurrió con la monotonía habitual: entradas tardías, rondas de seguridad, tareas administrativas. Nada fuera de lo normal. Afuera, la ciudad empezaba a despertarse. Rellenó el último informe, cerró la carpeta y se permitió un respiro. El reloj marcó las 06:00 y el relevo estaba por llegar. Solo una hora más.

Y entonces, la puerta de la recepción se abrió con brusquedad. Dos policías irrumpieron en el vestíbulo. El más alto y robusto llevaba un bloc de notas y giraba un bolígrafo entre los dedos con una precisión casi mecánica. El otro, de rostro anguloso y cejas pobladas, tenía una mirada fija y escrutadora.

—¿Christian? —dijo el del bolígrafo, dándole un giro más antes de detenerlo en el aire.

—Soy yo…

Sabía por qué estaban allí.

—¿Estuvo en la habitación 304? —preguntó el policía con el bolígrafo suspendido sobre el bloc.

—Sí, claro. Como cualquier empleado del hotel.

—¿Habló con el huésped en algún momento?

—Supongo que sí.

El policía de cejas pobladas ladeó la cabeza.

—¿Supone?

Christian deslizó discretamente las manos por el pantalón para secarse el sudor.

—Hablo con muchos huéspedes durante mi turno, pero sí. Hablé con él.

—¿Recuerda de qué hablaron?

—No me acuerdo. Cosas triviales, supongo.

—Haga memoria.

El otro policía tomó notas mientras mascaba un chicle de menta.

—Si me preguntan si hablamos de medias de mujer y cables de teléfono, la respuesta es no.

El bolígrafo del policía se detuvo en seco sobre el papel. Alzó la mirada como si evaluara cada tic en el rostro de Christian.

—Es decir, no hubo nada que le llamase la atención.

—No, nada.

El aire se volvió denso. Los dos policías no dijeron nada. Solo lo miraron. Fijos. Distantes. Demasiado fríos. Estaban haciendo su trabajo, se repitió Christian en su cabeza. Él no tenía nada que ver con la muerte de ese asesor.

El oficial cerró el bloc de notas con un chasquido seco.

—Porque si recordara algo más… sería mejor que nos lo dijera ahora.

Christian apretó los labios y negó con la cabeza.

—Está bien —dijo el policía—, puede volver a su turno. Que tenga un buen día.

Se dieron la vuelta y salieron por la puerta principal del hotel.

Christian soltó el aire sin darse cuenta de que lo estaba conteniendo. Pero incluso cuando la puerta se cerró tras ellos, aún podía sentir sus miradas sobre él. Cuando el reloj marcó las siete, Christian fue relevado por el recepcionista diurno y salió por la puerta del hotel.

8

El barrio del Soho despertaba. En el Café Boheme, el aroma del café recién hecho se mezclaba con el bullicio de los primeros clientes de la mañana. Christian estaba en su rincón de siempre, junto a la ventana. Lo invadía una energía extraña, como si algo le impidiera volver a casa. Untó mantequilla y mermelada de fresa en el croissant, le dio un bocado y luego bebió un sorbo de té. Con gesto automático, se limpió las migas de la comisura de los labios. Fuera, la ciudad comenzaba a latir. Observaba distraídamente a la gente que pasaba: turistas rezagados, oficinistas con prisa, y jóvenes que desfilaban con chaquetas de cuero y pelos de colores.

Detrás, el murmullo de la tele daba el parte meteorológico.

—Semana de lluvias y descenso de temperaturas.

Christian giró la cabeza.

—Buenos días, son las ocho en punto y estas son las noticias de la mañana. Soy Jackie Thompson y les informo desde nuestro estudio en Londres —anunció la presentadora en un tono formal, corte de pelo estilo *bob* con mechas rubias y una chaqueta azul marino con hombreras prominentes—. Comenzamos con las noticias locales. Nuevas manifestaciones contra el polémico impuesto comunitario, conocido como «Poll Tax», se llevaron a cabo anoche

en Trafalgar Square. Más de 200 personas se reunieron para expresar su descontento con la medida del gobierno de Margaret Thatcher, que ha sido criticada por ser injusta y desproporcionada. La policía informó de algunos arrestos, pero no hubo incidentes mayores.

Las noticias se intercalaban con imágenes de Trafalgar Square.

Christian se quedó embobado viendo la tele mientras jugueteaba con la miga del croissant.

La presentadora continuó ahora con las noticias internacionales:

—La tensión continúa aumentando en el Golfo Pérsico. Las fuerzas de la coalición lideradas por Estados Unidos siguen movilizándose en respuesta a la invasión de Kuwait por parte de Irak. Se teme que un conflicto armado pueda estallar en cualquier momento. Por otra parte, en Alemania, la reunificación sigue avanzando a pasos agigantados. El proceso de integración de la Alemania Oriental y Occidental está en marcha, aunque no sin desafíos. La comunidad internacional observa de cerca cómo se desarrolla este histórico evento.

Christian tomó otro sorbo de té. Y entonces, la imagen en la pantalla cambió. Era una fotografía del hombre, con una sonrisa ensayada y la barbilla ligeramente elevada.

—A continuación, una noticia de última hora que ha conmocionado a la comunidad política. El joven y prometedor asesor político, Alan Pennington, ha sido encontrado muerto en un hotel del barrio del Soho en circunstancias trágicas.

Christian no fue consciente de que se había puesto de pie.

—¿Puede subir el volumen? —pidió al camarero sin despegar la vista de la pantalla.

La imagen cambió a una foto del asesor en eventos políticos, junto a líderes nacionales e internacionales.

—El fallecido era uno de los asesores clave del Partido Conservador.

Siguieron imágenes de la fachada del hotel, los coches de policía y la ambulancia en la entrada.

—Casado y esperando a su primer hijo, su vida personal era tan prometedora como su carrera profesional. Su muerte ha dejado perpleja a la comunidad. La causa de su muerte ha sido determinada como asfixia erótica, una práctica peligrosa al restringir de forma intencionada el suministro de oxígeno al cerebro para intensificar las sensaciones sexuales. Este tipo de actividad es extremadamente arriesgada y, lamentablemente, en este caso resultó fatal.

Christian se volvió a sentar consternado mientras las noticias continuaban.

El camarero paró de limpiar las mesas con la vista pegada a la pantalla. Un cliente dejó la cuchara a medio camino de su taza. El murmullo del café empezó a decaer. Todos miraban la pantalla.

—Las circunstancias exactas de su muerte están siendo investigadas por las autoridades, pero ya ha generado una oleada de especulaciones y reacciones en los círculos políticos. La pregunta que muchos se hacen es cómo un hombre con un futuro tan brillante y con tanto en juego podría haberse visto involucrado en una situación tan peligrosa y, en última instancia, mortal.

Christian apretó más fuerte la taza de té.

—Este incidente ha puesto de relieve los peligros de prácticas sexuales extremas y ha dejado a muchos en el ámbito político reflexionando sobre las presiones y las decisiones personales que enfrentan quienes están en el centro del poder. La vida de este joven asesor político, llena de promesas y expectativas, se ha visto truncada de manera trágica e inesperada. Mientras la investigación

continúa, nuestros pensamientos están con su esposa y su futura familia, quienes ahora deben enfrentar una pérdida inconmensurable. Continuaremos informando sobre cualquier nuevo desarrollo en este caso tan triste y perturbador. Esto ha sido todo por ahora. Soy Jackie Thompson, gracias por acompañarnos y que tengan un excelente día.

Christian estaba rígido en su silla con la taza de té olvidada en la mano. El hombre con quien había tenido sexo esa noche no era un desconocido cualquiera, sino un prominente asesor político y, ahora, todo el país sabía de su muerte. Y aunque Christian sabía que no había tenido nada que ver con lo sucedido, la paranoia y el miedo empezaban a aferrarse a su mente.

El té se había enfriado por completo. Era hora de volver a casa.

9

Cuando Christian despertó, la oscuridad ya se había instalado fuera. Tardó un momento en orientarse. Tenía la boca seca y pastosa y la cabeza pesada, como si hubiera estado bebiendo la noche anterior. Buscó a tientas el interruptor de la lámpara. La luz lo golpeó con fuerza, obligándolo a entrecerrar los ojos mientras intentaba despejarse. Miró el reloj, incrédulo: casi las cinco de la tarde. Había dormido horas, pero seguía agotado. Como si el *jet lag* de su vida nunca desapareciera. Se frotó la cara con ambas manos e intentó sacudirse la pesadez del cuerpo.

Y entonces, una punzada de preocupación lo golpeó. Había olvidado llamar a su madre. Cerraban la línea a las cinco. Se levantó de golpe. Cogió la tarjeta con el número de la clínica y bajó las escaleras a toda prisa.

El salón olía a especias y comida caliente. La familia del casero estaba reunida para cenar.

Christian sintió todas las miradas sobre él.

—¿Te quedas a cenar? —preguntó la casera con una sonrisa cálida mientras servía platos con colores vibrantes y aromas intensos.

Su estómago rugió en respuesta. Miró el teléfono fijo y luego la mesa, donde cada plato parecía más único que el otro.

—Gracias, pero tengo que salir.

No esperó más. Una vez en la calle, una ráfaga de aire frío lo golpeó de lleno, espabilándolo por completo. Aceleró el paso.

La cabina telefónica estaba en la esquina.

Llegó jadeando con las manos heladas por haber olvidado la chaqueta en casa. Sacó las pocas monedas que llevaba, las deslizó en la ranura y marcó el número de la clínica.

Uno, dos, tres, cuatro… Al quinto tono, alguien contestó.

Christian pidió hablar con su madre.

—Las llamadas de familiares terminan a las cinco —dijo una voz monótona. Puede llamar mañana, si quiere.

—No quiero. Quiero hablar con ella ahora, por favor.

Hubo una pausa.

—Espere un momento.

Christian soltó un suspiro de alivio y metió su última moneda. Calculó que tendría unos ocho minutos.

Mientras esperaba, los recuerdos lo arrastraron a otro tiempo. El día en que hicieron las maletas y se escaparon a Londres, semanas después del funeral de Lene. Su madre, llena de energía nerviosa, soñaba con subirse a un escenario en el West End y convertirse en actriz de musicales. Incluso le hablaba en inglés, como si eso hiciera la transición más fácil.

Todo iba a ser una nueva vida. Una aventura. Pero la aventura terminó en tragedia. Su madre fue diagnosticada con un trastorno límite de la personalidad e ingresada en una clínica psiquiátrica. Su padre, incapaz de salvar su matrimonio, se hundió en el trabajo y desapareció. Y Christian fue enviado a un internado lejos de todo.

Era un hijo difícil. Difícil por ser diferente a lo que a su padre le hubiera gustado que fuese.

La voz suave y quebrada de su madre lo sacó de sus pensamientos.

—*Min skat*…? —susurró ella en danés.

—Soy yo, mamá —respondió él—. ¿Cómo estás?

—Creí que te había pasado algo.

—No, no. Tuve que hacer un turno doble —mintió.

—Me alegra tanto escuchar tu voz.

—A mí también me alegra que estés bien, mamá.

El silencio al otro lado pesaba.

—Christian, cariño, ¿has pensado en lo que te dije?

Él cerró los ojos. La misma conversación de siempre. Su madre soñaba con volver a Dinamarca, a las dunas de arena y el mar que nunca dejaba de extrañar. Pero Christian sabía que eso no era posible.

—Tienes que ponerte fuerte primero, mamá.

—Sí… pero echo tanto de menos la playa. Londres no tiene playa.

—No, no tiene playa.

—Echo de menos la playa.

—Dinamarca no tiene playas, tiene dunas de arena.

—Hablas de Dinamarca como si no te importara.

Christian tragó saliva.

—Me importa que tú estés bien.

Hubo otro silencio.

—¿Sabes lo que me apetece comer?

Lo sabía. Siempre lo sabía.

—Lo sé, mamá, *wienerbrød*. —Los pasteles daneses que tanto le gustaban—. Pero aquí no los hacen igual, ¿recuerdas?

—Claro que lo recuerdo… —respondió ella, aunque su tono de voz decía lo contrario—. ¿Me los traerás la próxima vez?

—Claro, mamá. La próxima vez.

Su madre guardó silencio y Christian cerró los ojos un instante.

—*Min skat*, quiero que me traigas algo más.

—¿Sí?

—¿Me traerás una bici?

Christian frunció el ceño.

—¿Una bici? Pensé que querías un pastel.

—Quiero una bici de esas con cesta delante.

—Mamá, no creo que te dejen tener una bici en la clínica.

—Es verdad… ¿Te acuerdas de los paseos que hacíamos con Lene?

El recuerdo de su hermana lo golpeó como una ola helada. Lene en la playa de Bellevue, ajustándose su primer bikini, mientras él hacía castillos de arena. Un recuerdo tan lejano que casi parecía de otra vida.

—Me acuerdo.

—Seguro que está bien.

—Sí, mamá. Está muy bien.

—Tenemos que ir a verla un día juntos —insistió ella, pero él no tenía ningún deseo de visitar la tumba de su hermana—. Todo es más fácil en Dinamarca.

Christian apretó más fuerte el teléfono al pensar que si todo era tan fácil en Dinamarca, aún nadie le había explicado por qué no volvieron a casa.

—Tu padre está en Londres y pasó a verme el otro día. Insistí en que hablarais. ¿Te llamó?

Christian sintió el estómago encogerse. Su madre no se acordaba de que la última vez que hablaron, ella insistió en quedar con él para

cenar juntos.

Christian le siguió el juego.

—Aún no hemos hablado.

—Te llamará.

—No creo que sea una buena idea.

—Sois iguales.

«¿Iguales?» Esa palabra lo golpeó como un insulto. Toda su vida había intentado ser lo contrario de su padre.

Ella continuó hablando.

—Está aquí unos días por trabajo. Le he dicho que necesitas ayuda y que hablarais como personas adultas.

—Yo no necesito ayuda.

Aunque aún tenía el cheque de cinco mil libras que su padre le firmó, no había ido al banco.

—Ya sabes a lo que me refiero. Trabajas y estudias y Londres es una ciudad muy cara.

La madre de Christian no sabía que hacía casi dos años que había dejado los estudios completamente.

Christian respiró hondo.

—Está bien, mamá.

Ella le dio los detalles como lo había hecho unos días atrás. Colgó y volvió a casa. No sintió el frío. Era hora de volver al hotel y no tenía ningunas ganas.

10

El gerente del hotel apareció por la puerta antes de lo habitual. Vestía un traje oscuro ajustado a su delgada figura y, alrededor de su cuello, una corbata de seda verde oliva que contrastaba con su piel pálida. Sus cejas gruesas y arqueadas parecían permanentemente fruncidas en desaprobación.

—Acompáñeme a mi despacho.

Se dio la vuelta sin esperar respuesta. Christian lo siguió en silencio.

La oficina del gerente tenía las paredes adornadas con diplomas enmarcados, la mayoría probablemente más decorativos que útiles.

—Cierre la puerta y siéntese.

Christian obedeció y se sentó en una de las dos sillas de cuero marrón oscuro con tachuelas de bronce, mientras el gerente encendía un cigarrillo y se acomodaba tras su gran escritorio de caoba. El humo ascendía en espirales lentas.

Christian rompió el silencio.

—¿Tiene que ver con el huésped de la habitación 304?

El gerente giró el cigarrillo entre sus dedos con la mirada fija en él.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para nosotros?

—Un año y tres meses.

—¿Y antes?

—La universidad de Cambridge —respondió escueto.

No tenía ganas de que su jefe escarbara en detalles que no estaba interesado en compartir.

—Es usted uno de los mejores recepcionistas que este hotel ha tenido —dijo dándole una calada al cigarrillo y exhalando el humo—. Cae bien a los clientes y es popular entre sus compañeros. Podría promocionarlo, pero… ¿Sabe por qué no lo hago?

Christian no respondió.

Ese gerente llevaba en el puesto tres meses. Lo había heredado de su padre, que se había jubilado, y quien originalmente había contratado a Christian. Y ahora actuaba como si tuviera derecho a juzgarlo.

Al no tener respuesta, el gerente continuó:

—Siempre me he preguntado cómo un joven como usted, con su inteligencia, estudios… incluso, me atrevería a decir, posición económica. Quizás no suya, pero sé quién es su padre. ¿Cómo termina haciendo turnos de recepcionista por las noches?

—¿Tengo que responder?

El gerente mantuvo la mirada inquisidora.

—No. Ya no. —Aplastó el cigarrillo en el cenicero—. Pero sí que me interesa saber qué diablos hacía dentro de la habitación 304.

Christian no parpadeó.

—Es parte de mi trabajo.

El gerente sonrió con frialdad. Abrió un cajón y sacó una pequeña bolsa de papel marrón. La lanzó hacia Christian.

—Esto se le cayó en la habitación 304. Parece que sus prioridades estaban en otro lugar.

Christian sintió el estómago encogerse antes incluso de abrirla. Dentro había una de sus pulseras de colores. Lo habían pillado. Deslizó la pulsera en el bolsillo despacio y tragó saliva antes de levantar la mirada.

El gerente se inclinó hacia delante con los ojos rojos como un volcán a punto de erupcionar.

—¿Se ha dado cuenta de lo que ha hecho? Ha comprometido la reputación del hotel —resopló—. Asfixia erótica. Un accidente, según la policía. Caso cerrado. Pero eso a los tabloides no les importa.

—¿Lo sabe la policía?

—¡Lo sé yo y es suficiente! —dijo golpeando la mesa.

Christian echó la cabeza un milímetro hacia atrás y un latido sordo le golpeó las sienes.

—Fue consensuado. Yo no le obligué a nada. Ni sabía quién era. Solo me invitó a su habitación. No tengo nada que ver con su muerte.

—¿Y se lo lleva a la cama?

—Follamos, pero no fue en la cama.

—No somos un prostíbulo.

—¿Me está llamando chapero?

—Le estoy llamando poco profesional. No me importa si fue consensuado o no. Lo que me importa es la reputación del hotel.

—Se lo voy a poner fácil. ¿Me está despidiendo?

—¿Cómo se le ocurrió semejante acto con uno de nuestros huéspedes? ¿Dónde está su grado de profesionalidad?

—No volverá a pasar.

El gerente cogió un cheque, lo firmó con un trazo seco y lo tiró sobre la mesa.

—Ahí estamos de acuerdo. Recoja sus cosas y lárguese.

Christian se levantó despacio. Miró el cheque. Lo cogió y después, miró al gerente.

—Siempre me he preguntado cómo alguien como usted, con su falta de carisma, visión y, me atrevería a decir, ética…, termina dirigiendo un hotel tan prestigioso. Quizás no por méritos propios, pero a diferencia de usted, yo no tuve que comerle el culo a mi padre para que me diera trabajo.

El gerente se quedó inmóvil. La ceniza de su cigarrillo cayó sobre su chaqueta. Su rostro se crispó de furia contenida.

—No entiendo cómo mi padre le contrató… ¡Lárguese!

—Será un placer.

11

Christian salió del hotel con una mezcla de rabia y frustración acumulada en su pecho. El aire frío de la noche le mordió la piel cuando pisó la acera, pero no fue suficiente para enfriar el ardor que le hervía por dentro. Lo habían despedido. Humillado. Y todo por un encuentro fugaz que, para él, no tenía la menor importancia. ¿Cómo podía haberse complicado tanto las cosas? Se ajustó la chaqueta de cuero negra y tomó una decisión en el momento: no iba a volver a casa a revolcarse en su miseria. No resolvería nada.

El barrio hervía de vida, y eso era exactamente lo que necesitaba. Las luces de neón parpadeaban en Brewer Street, mientras se mezclaba con los noctámbulos del barrio: jóvenes con ropa de diseño, punks con chaquetas de cuero y crestas de colores, artistas con boinas y bufandas, y turistas que miraban a su alrededor con una mezcla de fascinación y recelo.

Las fachadas victorianas se alternaban con paredes cubiertas de grafitis que exigían un cambio de gobierno: «Thatcher Out». O «Poll Tax Riots», refiriéndose a las protestas contra el impuesto comunitario. Otras pintadas luchaban contra el estigma del SIDA: «Fight AIDS, Not Gays» y «Love is Love».

Soho era su hogar. Un refugio donde todo el mundo encajaba precisamente por no encajar en ninguna otra parte.

Al final de Brewer Street, la entrada del Madame Jojo's resplandecía bajo la luz rojiza de sus puertas de terciopelo y era uno de los locales más emblemáticos del barrio, conocido por sus espectáculos de cabaret y *drag shows*. La cola para entrar se alargaba con una multitud. El portero, un hombre con brazos tatuados y gafas oscuras en plena noche, lo evaluó un segundo antes de apartarse y dejarlo pasar.

Dentro, el club emanaba decadencia y glamour a partes iguales. Paredes con papel pintado dorado, cortinas de terciopelo, y candelabros brillantes que titilaban en un juego de sombras y reflejos. El humo flotaba en la atmósfera, denso, y reflejaba la cálida luz del escenario.

Christian se abrió paso hasta el bar y pidió una cerveza. El líquido amargo bajó rápido por su garganta, más por necesidad que por gusto.

En el escenario, una *drag queen* imitaba a Barbra Streisand con una perfección que arrancaba vítores de la multitud.

Pidió otra cerveza y luego una tercera más.

La música y el alcohol empezaban a suavizar los recuerdos del día: la muerte del asesor político, la conversación con su padre, el despido humillante… Nada de eso importaba ahora.

Un hombre se acercó. Quizá mayor que él o quizá simplemente desgastado por la vida nocturna. Tenía una barba incipiente y un pelo desordenado.

—Te invito a una raya en el baño —le dijo guiñándole un ojo.

Su voz era áspera, con un acento que Christian no pudo identificar.

En otro momento, quizá habría dicho que sí. Pero esa noche, no. Esa noche, solo quería seguir bebiendo. Lo despidió con un gesto vago y pidió la cuarta cerveza.

Cuando se levantó del taburete se dio cuenta de lo borracho que estaba. El suelo pareció inclinarse bajo sus pies. Cada paso requería un esfuerzo medido, como si caminara sobre una cuerda floja invisible.

Entró en el baño. Apoyó la mano en la pared fría y se bajó la cremallera. El sonido del agua corriendo en los grifos, la música intensa y el eco de las conversaciones le llegaban distantes, como si su cabeza estuviera sumergida en el agua.

Salió tambaleándose. Entre empujones y disculpas, cruzó la puerta roja de Madame Jojo's y salió a la calle. La brisa fresca de la noche le dio una bofetada, pero no logró despejar del todo la niebla en su cabeza. Caminó sin rumbo fijo.

Las calles del Soho proyectaban luces de neón que bailaban en su visión periférica y los sonidos de la ciudad se mezclaban en un zumbido constante. Su reflejo en los escaparates era un fantasma desdibujado. Se detuvo. Miró su propio rostro y apenas se reconoció. ¿Era eso todo lo que quedaba de él? Una risa seca se le escapó.

Otro día más se le había escurrido entre los dedos.

Se apoyó contra la pared de un edificio, con la frente fría por la piedra, y respiró hondo. Era hora de volver a casa.

Por fin, un taxi negro apareció en la esquina. Levantó la mano con un gesto cansado y el coche se detuvo junto a la acera. Abrió la puerta con más fuerza de la necesaria.

—Lléveme a Camden Town. —Le plantó un billete de veinte libras al taxista y se recostó en el asiento.

El motor rugió y el taxi arrancó. El movimiento del coche acentuó el vértigo mientras el mundo giraba con tal intensidad que tuvo que

mantener los ojos cerrados para no empeorar la sensación. Tragó saliva y respiró hondo. Intentó no pensar en ello. El cansancio lo arrastró y, sin darse cuenta, se hundió en un sueño inquieto.

No supo cuánto tiempo pasó.

—Hemos llegado. —La voz del taxista lo sacudió de golpe.

Al abrir los ojos, todo giraba a su alrededor. Bajó del taxi tambaleándose y apoyó la mano en la puerta para no perder el equilibrio. El aire fresco le golpeó de nuevo, pero esta vez no fue suficiente para disipar la sensación de malestar que se asentaba en su estómago.

Dio unos pasos hacia la verja de la casa y, sin poder evitarlo, se inclinó y vomitó, sintiendo que su cuerpo expulsaba todo el alcohol que había ingerido esa noche. La bilis le quemó la garganta, y por un momento todo se redujo a la convulsión de su propio cuerpo, que echaba fuera la cerveza y el día de mierda que había tenido.

Cuando terminó, jadeaba como si hubiera corrido una maratón.

El frío de la calle le devolvió algo de claridad. Se enderezó, se limpió la boca con la manga y llegó a la puerta de su casa.

El silencio en el interior era absoluto. Todos dormían. Subió las escaleras con pasos pesados y aferrado al pasamanos. Cada peldaño parecía costarle más que el anterior. Abrió la puerta de su habitación y encendió la luz. La claridad lo cegó un instante. Parpadeó varias veces para enfocar la vista, pero cuando finalmente lo hizo, su mente se congeló.

La habitación estaba patas arriba. La cama estaba deshecha, las sábanas y almohadas tiradas por el suelo, como si alguien las hubiera arrancado en medio de una pelea. Los cajones del escritorio estaban abiertos, la ropa esparcida por todos los rincones de la habitación y los libros desperdigados por el suelo. Un viento frío le erizó la piel. Las ventanas estaban completamente abiertas.

Esto no podía estar pasando. Se frotó los ojos varias veces y, al abrirlos de nuevo, nada había cambiado. El desastre seguía ahí, estático, como si un huracán hubiera barrido la habitación en su ausencia.

Se quedó quieto unos segundos, tratando de pensar con claridad a pesar de la borrachera. Estaba seguro de que no había dejado las ventanas abiertas y siempre cerraba la puerta con llave al salir. Aunque las náuseas habían desaparecido, su cabeza seguía dándole vueltas.

Caminó hasta el baño, se inclinó sobre el lavabo y bebió agua del grifo. Se lavó la cara, como si eso pudiera aclararle las ideas, pero cuando levantó la vista y se miró al espejo, lo que vio no le trajo ninguna respuesta. No entendía lo que estaba pasando.

Volvió a la habitación y cerró las ventanas de un golpe. El cansancio lo envolvió con la misma fuerza que la paranoia.

Alguien había estado en su habitación.

Se desplomó en la cama. Su cerebro intentó hilar ideas, pero estaba demasiado agotado para sostenerlas. El cansancio ganó la batalla y cayó en las garras del sueño.

12

El jet privado de John McCabe despegó de la Base Aérea McChord, en el estado de Washington, a las 4:00 de la mañana y aterrizó diez horas más tarde, a las 20:00, hora local, en el aeropuerto de Heathrow, Londres.

Para él, apenas era mediodía. Para Londres, la hora de la cena.

No pegó ojo durante el vuelo. Intentó dormir cuando llegó a su hotel, pero su reloj biológico seguía anclado a otra zona horaria. A las siete de la mañana, incapaz de quedarse quieto, salió a dar un paseo, apoyándose en su bastón y dejó que el aire fresco le despejara la mente.

Octubre en Londres no era tan distinto de octubre en la base aérea de McChord: temperaturas frescas, cielos plomizos y humedad en el ambiente. Había llovido en ambos lugares, pero en Londres, el frío se le metía en los huesos de una forma diferente. Tal vez era el *jet lag*. O tal vez era el peso de la misión que lo traía hasta allí.

Cuando regresó al hotel, su desayuno ya lo esperaba sobre la mesa. Se sentó y estudió el plato con una mezcla de escepticismo y resignación. Estaba en Londres, pero el desayuno inglés que le habían servido parecía, a su juicio, una versión muy reducida y,

francamente, poco atractiva de lo que consideraba un verdadero desayuno.

Pasó el tenedor por el centro del plato. Los huevos fritos no tenían la misma textura reconfortante que los de casa. Las salchichas inglesas, pálidas y más suaves de lo que le gustaría, carecían de ese toque especiado que despertaba el paladar. El beicon era lo peor. No eran las tiras finas y crujientes de las que tanto disfrutaba en Estados Unidos. Aquí, el beicon era grueso, más parecido a lonchas de tocino que a lo que él consideraba beicon de verdad. Encontró un tomate asado en su plato. Frunció el ceño. ¿Por qué demonios alguien pondría un tomate caliente en un desayuno? Y luego, las judías en salsa de tomate. Otra idiosincrasia del desayuno inglés. En su mente, no había ninguna razón por la cual un desayuno necesitara frijoles dulces y pegajosos. Para él, este acompañamiento carecía de la frescura y la ligereza de las frutas frescas que acompañaban un desayuno americano que no aparecían en el plato.

McCabe respiró hondo. Eso no era comida de desayuno. Eso era un castigo. Pero su estómago gruñía y su mente militar lo obligó a cumplir con el deber: comer lo que había en la mesa y dejarse de quejas. Tomó un bocado. Se obligó a tragar. El cuchillo estaba al lado del plato, pero ni lo tocó. Un cuchillo solo se usaba para cortar carne, no para lidiar con un beicon que no crujía. Dejó la mitad del desayuno en el plato y pidió tostadas con mantequilla y mermelada, lo más aceptable que podía encontrar en aquella bandeja.

Cuando la camarera se acercó, su sonrisa entrenada para agradar le hizo sospechar que esperaba la misma respuesta de siempre.

—¿Todo bien con su desayuno, señor?

John le sostuvo la mirada con expresión imperturbable.

—Le diré lo que echo en falta. Fruta fresca. *Pancakes* con sirope de arce. Beicon crujiente.

La sonrisa de la camarera se tensó ligeramente.

—Podemos traerle una manzana, señor.

McCabe negó con la cabeza.

—No se moleste.

Mientras terminaba su tostada, encendieron la televisión en la esquina del comedor. El periodista apareció en pantalla con una expresión seria y controlada, como si midiera cada palabra que estaba a punto de pronunciar.

—El joven y brillante asesor político Alan Pennington, quien trabajaba estrechamente con altos cargos del Partido Conservador, ha sido hallado muerto en un hotel del Soho en circunstancias trágicas y controvertidas. La causa de la muerte ha sido identificada como asfixia erótica, una práctica extremadamente peligrosa que ha llevado a este desenlace fatal. La noticia ya está causando conmoción en los círculos políticos y mediáticos, no solo por la naturaleza de su muerte, sino por el prometedor futuro que este hombre tenía por delante. Nuestra redacción seguirá de cerca todos los desarrollos en torno a esta tragedia, mientras las autoridades continúan con la investigación. Les mantendremos informados con las actualizaciones que vayan surgiendo.

McCabe dejó la tostada en el plato. Lentamente, se puso de pie y se apoyó en el bastón por instinto. Cruzó el comedor sin apurarse, con pasos medidos, hasta llegar al teléfono fijo sobre la barra. Marcó el número de memoria.

El tono sonó una vez. Alguien respondió.

—Han asesinado al chivato —dijo McCabe con frialdad.

Alguien habló al otro lado de la línea y John escuchó atentamente las instrucciones.

—Por supuesto, señora. Así lo haremos.
Colgó. Se ajustó la chaqueta. Había trabajo por hacer.

13

CHRISTIAN SE DESPERTÓ con una punzada aguda en la cabeza, como si un martillo estuviera golpeándole el cráneo desde dentro. La luz del sol se filtraba entre las cortinas mal cerradas y atravesaba sus párpados con intensidad.

Un golpe resonó en la habitación.

—¡Chris! ¿Estás despierto?

Era el casero que aporreaba la puerta.

El sabor amargo en su boca le recordó a una noche de exceso. Giró la cabeza con esfuerzo. El reloj de la mesita marcaba pasadas las diez de la mañana.

—Chris, ¡abre! Hay gente que quiere verte —insistió.

Christian se incorporó con dificultad. El movimiento fue un castigo. Sentía su cuerpo como si lo hubieran pasado por una apisonadora. Seguía con la chaqueta de cuero puesta, la ropa arrugada y el hedor de la noche anterior pegado a la piel. Ni siquiera se había quitado las zapatillas.

—Voy —respondió con la voz áspera.

Se frotó los ojos y entonces lo recordó. Giró la cabeza y observó la habitación. El caos seguía ahí. No había sido un sueño. Alguien

había estado en su cuarto. La habitación parecía que había sido arrasada por un huracán.

Entreabrió la puerta para que nadie viera el desastre.

Dos hombres aguardaban al otro lado. Uno, alto y de mandíbula cuadrada, parecía esculpido por un escultor obsesionado con las líneas rectas; el segundo, más bajo y compacto, tenía la presencia de un perro bulldog.

—¿Eres Christian? —preguntó el alto, con tono de quien ya conoce la respuesta.

—¿Qué pasa? —carraspeó. Tenía la garganta seca como papel de lija.

—Somos de la policía metropolitana. Tenemos que hacerle unas preguntas sobre la muerte del señor Alan Pennington.

Algo se tensó en su pecho.

Su casero, un hombre de origen indio y rostro afable, los observaba desde el pasillo con curiosidad.

Christian mantuvo la puerta medio cerrada.

—Ya hablé con sus compañeros en el hotel.

—Queremos cotejar cierta información. Si es tan amable de acompañarnos.

Él los miró con cautela. Aquellos tipos no iban uniformados, lo que le pareció extraño.

—¿Y su placa o esa tarjeta que llevan? —insistió.

Ambos policías se intercambiaron una mirada y el más bajo metió la mano en el bolsillo.

—Las tenemos en el coche. Vamos con prisa. Nos ordenaron recogerle para llevarlo a la comisaría.

—¿Eso explica también por qué no van uniformados?

Notó cómo su propia mano se cerraba más fuerte sobre el pomo de la puerta. Los dos hombres mantuvieron su expresión neutra. Él

sintió una punzada de alarma.

—Está bien —dijo con calma forzada—. Voy un momento al baño y bajo.

—¿Quieren un té? —intervino el casero—. También les puedo hacer un café si prefieren.

Los hombres lo ignoraron.

—Dese prisa —le dijo el más alto y, sin esperar, empujó la puerta con una mano.

Sus ojos recorrieron la habitación. El desastre era evidente. Los cajones abiertos. La ropa esparcida. Los libros tirados. Examinaron el desorden, pero no dijeron nada.

Christian asintió y se dirigió al baño con calma fingida.

«No corras», se dijo. «No muestres nerviosismo».

Cerró la puerta del baño y se apoyó en el lavabo. Policías sin uniformes ni placas. Pidiéndole que los acompañara sin una orden.

No. No eran policías.

Un sudor frío le recorrió la espalda.

Tocaron a la puerta.

—Vamos, Christian.

El pánico creció en su pecho y la adrenalina se disparó por sus venas. Miró a todos los lados de forma instintiva y clavó la mirada en la ventana del baño. Si alguien había entrado en su habitación la otra noche, él también podría escapar de la misma forma.

—¡Ya voy!

Tiró de la cadena y giró el grifo del agua para hacer ruido. Con movimientos rápidos, abrió la ventana de par en par. La ráfaga de aire le alborotó el pelo. Miró hacia abajo y calculó la distancia: casi tres metros de altura. Subió a la taza del váter y se agarró al marco de la ventana. No era la primera vez que hacía algo así, pero no iba a ser un aterrizaje suave. No tenía otra opción. Se deslizó por el

marco y se aferró al borde exterior hasta que sus pies encontraron apoyo en una pequeña repisa. El viento agitó su chaqueta mientras el corazón le latía en la garganta. Sin mirar abajo, se soltó.

El impacto fue duro. Rodó para absorber el golpe, pero una punzada de dolor recorrió sus piernas. Se puso en pie y comenzó a correr.

—¡¡Eh!!

Los supuestos policías bajaron a la calle. Lo estaban persiguiendo, dándole caza.

Christian corrió más rápido sin mirar atrás.

14

CHRISTIAN SE DETUVO en seco y apoyó las manos en las rodillas mientras recuperaba el aliento. El frío aire de la mañana le quemaba los pulmones, pero su mente corría más rápido que su cuerpo. ¿Lo habían seguido?

Alzó la vista y escaneó la calle.

Transeúntes distraídos, ciclistas abriéndose paso entre el tráfico, una mujer mayor que empujaba un carrito de la compra. Nadie parecía prestarle atención. Pero eso no significaba que estuviera a salvo.

Un nudo de rabia y miedo le oprimió el pecho. Esos hombres no eran policías. ¿Qué demonios querían de él?

Habían entrado en su habitación buscando algo. Algo relacionado con ese asesor político muerto.

No podía volver a su casa. Ni siquiera se había duchado, ni cambiado de ropa. Seguía con la chaqueta de cuero que apestaba a humo, alcohol y sudor. Necesitaba un refugio. Un sitio donde nadie preguntara nada.

Se metió en una cabina telefónica, sacó un papel arrugado con números de teléfono de su cartera y marcó el número de Rhys.

—Soy yo, Christian.

Hubo un breve silencio antes de que la voz de Rhys se escuchara al otro lado de la línea.

—¿Christian? —El tono no era de sorpresa. Era de incredulidad.

Rhys era un joven ambicioso con una carrera prometedora en la City. Dejó su pequeño pueblo en Gales buscando algo más. Y Christian fue de los primeros que conoció al llegar a Londres. Tuvieron un par de citas, hasta que Christian desapareció.

—¿Cómo estás?

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea. Podía imaginarlo, apretando los labios, decidiendo si merecía la pena responder.

Finalmente, la voz de Rhys regresó.

—¿Quieres saber cómo estoy? ¿Desde que me dejaste plantado en aquel restaurante? ¿Desde que dijiste que ibas al baño y nunca volviste?

Christian cerró los ojos.

—Rhys…

—Oh, espera. ¿Te asustó que hubiéramos quedado más de una vez? ¿Que te invitara a Gales un fin de semana?

Rhys valoraba la sinceridad y el compromiso. Y él lo había traicionado.

—Necesitaba tiempo —dijo Christian con voz vacilante.

—Desde luego que te lo tomaste…

—Sé que desaparecí sin explicación, pero ahora necesito tu ayuda. Busco un sitio donde quedarme esta noche y pensé…

El pitido de la línea le cortó la frase. Rhys había colgado.

Se lo merecía.

Miró el teléfono y dudó si intentarlo de nuevo. Sabía que no serviría de nada. Respiró hondo y marcó otro número. Llamó a Daniel. No eran amigos íntimos, pero habían salido juntos de fiesta en más de una ocasión. Además, tampoco le gustaba tanto.

Esta vez contestó una voz de mujer.

—¿Sí?

—¿Podría hablar con Daniel?

—¿Quién lo llama?

—Christian, un amigo. —No hubo respuesta—. ¿Hola?

—¿No te has enterado? —preguntó ella.

—¿Enterarme de qué?

—¿Dices que eres su amigo?

—Daniel Calhang, ¿verdad?

—El mismo, sí.

—¿Podría hablar con él?

La mujer hizo una pausa antes de responder con voz entrecortada.

—No, no puedes. Dan… Daniel nos dejó hace dos semanas.

El estómago de Christian se contrajo.

—Lo siento mucho —murmuró.

La mujer no respondió. Colgó.

Christian apoyó la frente contra el cristal de la cabina. Dos llamadas. Dos golpes directos a la cara. Su vida siempre había estado marcada por un cínico desinterés por las relaciones. Y ahora, cuando realmente necesitaba a alguien, se daba cuenta de lo solo que estaba.

No le quedaban muchas opciones.

Marcó otro número. Samuel. Habían trabajado juntos en un pub. Aunque Samuel ya no era Samuel. Era Samantha o Sam como quería que la llamasen. No tenía teléfono en casa. Ni siquiera sabía si tenía casa. Había estado dando tumbos desde que llegó de Glasgow a Londres para ponerse las tetas.

Christian había compartido cama con Sam. No en el sentido sexual de la palabra, pero esporádicamente mientras encontraba

algo más fijo y sin que el casero lo supiera. No eran amigos íntimos, pero Sam le debía un favor, y Christian necesitaba agotar todas sus opciones. Marcó el número del pub y esperó mientras el teléfono sonaba.

Alguien contestó con una voz ronca.

—¿Sí?

—¿Puedo hablar con Sam?

—¿De parte de quién?

—Christian.

Unos segundos más tarde escuchó la voz familiar de Sam.

—Vaya, vaya… hace tiempo que no pasas por aquí —dijo Sam dándole un tono meloso a las palabras.

—Puedo pasar ahora.

—¿Y a qué debo el honor?

—Te lo cuento cuando te vea.

Colgó el teléfono y miró a su alrededor una vez más antes de dirigirse a la estación de metro. Por fin. Un lugar donde esconderse.

Maldijo su suerte, pero un pensamiento le arrancó una sonrisa amarga. Sabía que un club de travestis en el centro de Londres sería el último lugar donde lo buscarían.

15

JADE, la periodista del periódico *The Guardian*, salió de la estación de metro de Brixton y el barrio la envolvió con su energía vibrante y multicultural. Los carteles pegados en la fachada anunciaban conciertos de reggae, ciclos de cine independiente y eventos comunitarios. Había también grafitis que marcaban el carácter rebelde y artístico del barrio.

Avanzó por Brixton Road con sus tiendas de comestibles con frutas exóticas, carnicerías halal, salones de belleza y una tienda de discos de la que escapaban ritmos de reggae y soul.

Apretó la correa de su bolso y siguió caminando hasta un mercado donde los aromas de especias exóticas, pescado fresco y curri de cabra flotaban en el aire.

Sacó del bolso una tarjeta con la dirección de la clínica y se desvió por una calle más tranquila, flanqueada por casas victorianas de ladrillo rojo. Finalmente, se detuvo ante un edificio discreto con un letrero metálico:

«Clínica de Salud y Planificación Familiar».

Miró su reloj. Había llegado treinta minutos antes de su cita. Encendió un cigarrillo y exhaló el humo lentamente. Observó a una chica joven salir de la clínica junto a una mujer mayor que bien

podría ser su madre. El miedo en su rostro era un reflejo de lo que ella misma había sentido.

Recordó la visita a la farmacia y, en casa, el retortijón en el estómago mientras abría la caja del test. La sorpresa del resultado positivo la golpeó como un puñetazo directo a la realidad. Las emociones la desbordaron: incredulidad, miedo, desesperación. ¿Un bebé? Ahora, en este momento de su vida, cuando lo había dado todo por su carrera.

Después de la sorpresa inicial, vino la calma fría de la lógica. Sabía que no podía permitirse el lujo de convertirse en madre. No era el momento. Su carrera, su independencia… Nada de eso era compatible con pañales, noches en vela y la renuncia a todo lo que había construido con tanto esfuerzo. La maternidad requería amor, sí, pero también estabilidad y seguridad. Y ella no tenía ninguna de esas cosas.

La idea de abortar se solidificó en su mente como la única opción viable. Así que pidió cita urgente con su médica general para que aprobase el proceso y le diera un volante para un especialista. Y ahí estaba. Volvió a mirar la hora. Suspiró, apagó el cigarrillo y empujó la puerta de la clínica.

La recepción era modesta: un escritorio de madera clara, una planta en una maceta y un teléfono. Las paredes estaban pintadas de un rosa pastel que pretendía ser acogedor, pero el ambiente estaba cargado de silencio. La recepcionista la recibió con una sonrisa tranquila y le pidió que tomara asiento. La llamarían en unos minutos.

Jade se sentó junto a una mesa baja repleta de folletos informativos sobre planificación familiar, que hojeó sin mucho interés.

Un hilo musical sonaba de fondo con una melodía instrumental. Lejos de tranquilizarla, la ponía más nerviosa.

No había hablado con nadie sobre la situación. Ni con sus padres, ni con amigos. No quería que nadie intentara influenciar su decisión.

Su vida siempre había estado marcada por la necesidad de probarse a sí misma, de demostrar que podía ser tan buena como cualquier hombre en su profesión, que podía superar las barreras que la sociedad le había impuesto por su origen y género.

Esto no era solo una decisión. Era una afirmación de quién era.

Sabía que la maternidad requería no solo amor y dedicación, sino también estabilidad emocional y financiera, ninguna de las cuales sentía tener en ese momento.

Se preguntó si estaba siendo egoísta al considerar su carrera por encima de una vida que crecía dentro de ella. Pero también se preguntó si era justo traer a un bebé al mundo en un momento de su vida tan complicado.

La recepcionista la llamó, indicándole que ya podía pasar.

Jade sintió un ligero pinchazo en el estómago. Se puso de pie, tomó aire y avanzó por el pasillo. Llegó a la puerta entreabierta de la consulta.

Tocó con los nudillos.

—Adelante —dijo una voz de mujer.

La habitación estaba pintada en el mismo tono rosa pastel que la sala de espera. El ambiente era aséptico. A un lado, un armario metálico con puertas de cristal contenía materiales médicos, y al otro lado había una camilla plegable.

Jade observó a la médica detrás del escritorio, quien la miraba con una expresión que no logró descifrar.

—Siéntese —le dijo con voz calmada—. He revisado el informe de su médica general, pero quiero escucharlo de usted.

Jade se aclaró la garganta y se enderezó en su asiento, intentando proyectar la seguridad que solía mostrar en su trabajo, aunque por dentro estaba muy nerviosa.

—Bueno, como habrá leído en el informe, no tengo una pareja estable en quien apoyarme y mis padres no viven en Londres… Además… eh, culturalmente es algo complicado ser madre soltera—. La médica asintió y la Jade continuó hablando. —No estoy preparada ni financiera ni emocionalmente para traer un niño al mundo. Soy periodista y en estos momentos en mi vida, mi carrera profesional es todo para mí. He trabajado muy duro para llegar donde estoy, y cualquier interrupción ahora podría significar el fin de todo lo que he logrado. —Hizo una pausa y tomó aire—. Simplemente, no puedo permitirme ese lujo.

—Está bien —dijo la médica levantando la mano—, no necesita decir más. Quiero que entienda que el proceso está regulado por la Ley del Aborto de 1967, y requiere la aprobación de dos médicos.

—Mi médica general me remitió a usted porque… me dijo que era más flexible en estos casos.

La doctora levantó una ceja.

—¿Flexible?

—Empática —corrigió—. No sería justo para el bebé.

La médica alzó la mano de nuevo.

—Jade, ya he tomado una decisión. Confío en el criterio de mi colega y en la determinación que me ha mostrado. Es evidente que ha reflexionado mucho sobre esta decisión.

Ella sintió una oleada de tristeza mezclada con culpa.

—¿Entonces?

—Está en la sexta semana de gestación, dentro del plazo. No será necesario un procedimiento quirúrgico. Seguiremos el protocolo de aborto temprano con medicación. Le voy a dar cita para la

semana que viene. Tendrá que pasar la noche en observación y luego venir a consulta para un seguimiento.

—Por supuesto.

Cuando Jade salió de la clínica, lo primero que hizo fue encender un cigarrillo. Aspiró hondo una vez, y luego otra. Dejó que el humo llenara sus pulmones y la nicotina comenzó a calmar el nerviosismo que sentía. No estaba dispuesta a comprometer su vida por una responsabilidad para la que no estaba preparada. Se repetía que eso era lo correcto. Pero algunas decisiones no terminaban en el momento de tomarlas. Algunas se quedaban contigo. Pegadas a la piel. Esperando el momento en que tuviera que enfrentarlas de nuevo.

16

Christian caminaba ligero por Shaftesbury Avenue, con una sensación persistente de ser observado. Su mente jugaba con la idea de pedir ayuda a su padre, pero sabía que era una opción absurda. Tampoco quería que su madre se enterara. En realidad, no quería que nadie supiera dónde estaba.

Giró por una calle más estrecha y llegó a The Velvet Curtain.

La fachada estaba desgastada, con carteles descoloridos de espectáculos pasados de *drag queens* en poses glamorosas. Frente a la entrada, una joven negra de figura rolliza leía una revista *Vogue*, desinteresada por el mundo.

Christian se aclaró la garganta.

—Vengo a ver a Lola Lush.

Ella apenas levantó la vista.

—Pasa.

Él cruzó el vestíbulo, sintiendo el eco de sus propios pasos entre las paredes cubiertas de terciopelo rojo y las fotos enmarcadas de artistas que habían pisado ese escenario.

Samuel o Sam o Samatha o Lola Lush, como se llamaba artísticamente, tenía veintidós años y varias vidas vividas. Creció en Glasgow, en una ciudad industrial marcada por la recesión, donde

las fábricas y las calles grises reflejaban una sociedad profundamente conservadora. En ese entorno, ser diferente era un pecado imperdonable. Las burlas y los insultos en el colegio eran el pan de cada día. A menudo terminaba en peleas que no podía ganar y volvía a casa magullado tanto física como emocionalmente. Su padre, un hombre de manos callosas que trabajaba largas horas en una fábrica, esperaba que su hijo creciera para convertirse en un reflejo de sí mismo: fuerte, silencioso y obediente. Mientras que su madre, que era una mujer devota, rezaba porque la «rareza» de Samuel fuera solo una fase pasajera, pero él sabía que no iba a ser así. Samuel creció prisionero de una ciudad que no eligió y atrapado en un cuerpo que no lo sentía como suyo. No porque no fuera mujer, sino porque el mundo no la dejaba serlo.

Cuando cumplió los dieciocho años, se subió a un autobús rumbo a Londres, buscando libertad y una nueva identidad mientras se curaba un labio partido por la última paliza que le había dado su padre. Aquel viaje sin billete de vuelta fue el camino a su liberación, al seguir el deseo de ser vista, aceptada y amada por lo que realmente era: una mujer.

Cuando bajó del autobús y pisó Londres por primera vez, ya no era Samuel, ahora era Samantha durante el día y Lola Lush durante la noche, sobre el escenario.

Christian la vio asomarse desde un pasillo lateral.

Andaba con la gracia y la convicción de la mujer que estaba destinada a ser.

—¿Y esa pinta? —le preguntó con voz de contralto, impregnada con el inconfundible acento de Glasgow.

Su melena rubia caía sobre unos hombros angulosos. Sus pómulos afilados parecían esculpidos por la adversidad y sus ojos, de un azul grisáceo, conservaban aún restos del maquillaje de la

noche anterior. La feminidad de su cuerpo estaba moldeada a base de hormonas compradas en el mercado negro de Londres.

Christian apenas sonrió.

—¿Podemos hablar?

La recepcionista los miró de reojo.

Sam cogió a Christian de la mano.

—Claro. —Y lo llevó por un pasillo estrecho hasta el camerino.

Las bombillas alrededor del espejo iluminaban el pequeño espacio lleno de pelucas, vestidos de lentejuelas y pinceles de maquillaje cuidadosamente organizados.

Christian se dejó caer en el sofá de terciopelo morado mientras Sam retocaba su sombra de ojos frente al espejo.

—Veo que te va bien —comentó él, jugueteando con una boa que colgaba del perchero.

Sam sonrió a través del reflejo.

—Me han dado un par de *shows* más. No es mucho, pero paga las facturas.

—¿Dónde vives ahora?

—Comparto habitación con otra compañera.

—¿Compartes piso?

—No, el piso lo comparto con más gente. Nosotras compartimos habitación. No hay forma de pagar los alquileres de Soho y una —dijo dándose la vuelta para que Christian pudiera observar su busto —, tiene sus prioridades.

Él observó el pecho de Sam.

—Enhorabuena.

—El tratamiento es carísimo —admitió con una sonrisa pícara—. Pero tú no viniste aquí para hablar de mis tetas, ¿verdad?

Christian dejó la boa y bajó la mirada.

—Conocí a un hombre.

—¿Y? —preguntó ella mientras delineaba sus labios—. Eso no es algo de lo que suelas hablar.

Él respiró hondo y le contó sobre el huésped del hotel.

—Llevaba alianza.

—Uuuh. Un hombre casado. Esos son los peores. ¿Y cómo fue?

—No fue nada especial. Rápido, supongo.

—¿Lo vas a volver a ver?

—No creo. Por eso estoy aquí.

—Oh, Christian. No te hagas el duro. Quizás todo termine en un amor imposible.

—No. No lo creo. —Hizo una pausa, jugueteando de nuevo con la boa entre los dedos—. Ese hombre se suicidó esa misma noche.

Sam se giró lentamente.

—¿Tan mal estaba?

—Yo no lo vi mal.

—¿Y cómo…?

Christian le contó el encuentro con ese hombre y cómo había terminado en tragedia.

—Muerte por asfixia autoerótica —concluyó.

—Vaya. Ese hombre no tuvo suficiente contigo.

—Eso parece.

—Su esposa debe estar destrozada. Qué forma tan dramática de salir del armario.

Él se inclinó hacia delante.

—No lo entiendo, Sam. El muy estúpido se ahorcó mientras se pajeaba al rato de haber tenido sexo con otro hombre.

—Un hombre insaciable.

—No tenía la pinta.

—¿Te dijo algo?

—Me pidió *poppers*.

—Ajá. Así que ese hombre de familia había jugado ya con otros hombres.

—No lo parecía. —Cruzó los brazos—. El nuevo gerente se enteró y me despidió. Y cuando llegué a casa… alguien había entrado en mi habitación. Lo revolvieron todo. Los cajones, la ropa, los libros… Parecía que hubiera pasado un huracán. Estaba muy borracho y me quedé dormido hasta que tocaron a la puerta esta mañana.

Sam tamborileó con las uñas postizas sobre la mesa.

—¿Hablaste con tu casero?

—No me dio tiempo. Una pareja de policías pasó esta mañana por casa. Querían que los acompañase hasta comisaría, pero entré en pánico y me escapé por la ventana.

—¿Qué me estás contando? —La voz de Sam se elevó una octava —. ¿Estás huyendo de la justicia?

—No creo que fuesen policías. No tenían tarjeta de acreditación policial.

Sam entrecerró los ojos.

—¿Debes dinero a alguien?

—No.

—¿Algún exnovio vengativo?

—Sam. Por favor. Yo no tengo novios.

—Entonces esos tíos buscaban algo.

—De verdad que no tengo nada que les pueda ser de interés.

—¿Y tú crees que tiene que ver con ese hombre?

Christian se encogió de hombros.

—Querían revisar mi declaración.

—Chris, tienes que denunciarlo. Saben dónde vives.

Él la miró, cansado.

—Sam, estoy buscando un lugar donde pasar la noche.

Ella cogió su mano.

—Podrías quedarte en mi habitación pero es que no hay sitio.

—No me importa dormir aquí.

—Si me pillan, me echan.

—Solo una noche. Mañana hablaré con la policía.

—Está bien. Una noche. Pero ni una palabra a nadie. Y otra cosa más —añadió—, hay una ducha arriba, por si quieres usarla.

—Vengo con lo puesto…

—Eso tiene fácil solución —dijo Sam y cogió la boa y se la puso alrededor de Christian—. ¿Sabías que eres un rubio nórdico guapísimo? Ganarías mucho dinero si te lo propusieras —añadió guiñándole un ojo.

Él se sintió más aliviado.

—Sabes que no me va eso de ponerme ropa de mujer.

Sam se rió. Acto seguido se levantó y escarbó dentro de un cajón.

—Toma, ropa de mi ex. No creo que vuelva. Ahora, ve a ducharte. Hueles a alcohol y problemas.

Él soltó una risa seca. Colgó su chaqueta de cuero y se dirigió a la ducha. Mientras el agua caliente le recorría la piel, dejó que todo el estrés se deslizara por el desagüe. Cuando volvió, se desplomó en el sofá del camerino. Solo sería una noche, se dijo.

17

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Christian salió de The Velvet Curtain y se dirigió decidido al hotel Nadler. Se detuvo en la entrada, con la mirada fija en la escultura de la mujer desnuda con alas de libélula que se cernía sobre la entrada. La imagen del asesor político volvía una y otra vez, como un eco persistente en su mente.

Todo comenzó de manera casual. Un cruce de miradas en el pasillo del hotel, sonrisas fugaces y boom, una chispa apenas perceptible.

Christian había pasado por el cuarto de los trabajadores para cambiarse, cuando lo vio por primera vez: un hombre alto, vestido con un traje gris oscuro, que forcejeaba con la cerradura de su habitación. A simple vista, parecía un ejecutivo más. Alguien agotado tras un largo día de reuniones. Pero había algo en él que hizo que Christian se detuviera un segundo más de lo necesario. Tal vez fueron los ojos oscuros y perspicaces que se posaron en los suyos con una mezcla de curiosidad y algo más. Algo que no necesitaba ser dicho.

Su corbata de seda azul marino estaba ligeramente floja, y la sombra de barba incipiente endurecía su mandíbula. Cuando el hombre le pidió ayuda para abrir la puerta, sus manos se rozaron.

Un contacto breve. Insignificante. Pero la piel de Christian se erizó de excitación.

Trató de disimular la reacción con una broma.

—Las puertas aquí son viejas —dijo, girando la llave con destreza —. Hay que saber meterla bien.

La sonrisa del hombre se alargó un poco más de lo prudente. Un silencio cargado de electricidad se instaló entre ambos.

El corazón de Christian latió con más fuerza cuando notó que el hombre seguía sosteniendo el pomo de la puerta, sin moverse. Sin apartarse. El aire entre ellos parecía cargado de electricidad.

Se impuso la profesionalidad de Christian.

—Ya está —murmuró, empujando la puerta.

El aroma del perfume masculino le rozó al pasar.

—Chico listo —susurró el hombre.

Y se quedó ahí, en el marco de la puerta. Apenas unos centímetros de distancia. Tenía la mirada clavada en Christian como si estuviera respondiendo al deseo de él de forma telepática.

El corazón bombeó más rápido. La boca se le secó. No hubo más palabras. Christian cruzó el umbral y, antes de que pudiera cuestionarse qué demonios estaba haciendo, el hombre cerró detrás de ellos. Los labios chocaron en un beso voraz. No llegaron a la cama. No hubo más preámbulos. Los pantalones del hombre cayeron al suelo. Se apoyó contra la pared mientras Christian le desabrochaba la camisa como si estuviera desenvolviendo un regalo.

Entre jadeos, el hombre giró la cabeza.

—¿Tienes *poppers*?

La pregunta lo sacó del trance. Christian parpadeó. Metió la mano en su bolsillo sin pensar. Fue entonces cuando lo vio. La alianza en su mano izquierda. El anillo brilló bajo la luz tenue de la habitación. El deseo chocó contra la realidad con la fuerza de una

ola helada. Aquel hombre estaba casado. Encontró el pequeño bote y se lo ofreció. El hombre lo cogió con la facilidad de quien lo ha hecho muchas veces.

Christian desvió la mirada y dejó que la inercia hiciera el resto.

Cuando todo terminó, él se apartó en silencio. Fue al baño, se enjuagó la cara y se vistió rápido. Al salir, el hombre estaba tumbado en la cama, envuelto en el albornoz del hotel. Parecía relajado, demasiado relajado.

—¿Trabajas en el hotel? —preguntó—. ¿Cómo te llamas?

Christian no respondió. Se limitó a forzar una sonrisa. La misma que usaba con los huéspedes cuando le pedían algo fuera de lo común. Se ajustó la camisa y se dirigió a la puerta.

—Espera. —El hombre se incorporó—. Te olvidas esto.

Le tendió el bote de *poppers*.

Christian lo tomó y lo guardó en el bolsillo. Abrió la puerta y salió con el sigilo de quien no quiere ser visto. No lo miró de nuevo.

Ahora, de pie frente al hotel, la escena volvía a su cabeza como una película maldita.

¿Había algo que se le escapó?

La prensa hablaba de suicidio por asfixia erótica. Una práctica peligrosa que, para Christian, siempre había sido sobre la búsqueda del placer, no sobre la muerte.

¿Había señales que pasó por alto?

Intentó recordar su mirada antes de que todo terminara. Pero no vio nada extraño en ese hombre de negocios. No vio desesperación en su rostro. Solo deseo.

Christian apretó los puños. Algo no encajaba. Se acercó al coche de policía estacionado frente al hotel. Era hora de hablar con las autoridades.

18

Frente al hotel, dos agentes se apoyaban en el coche de policía, inmersos en una charla relajada. Uno de ellos, corpulento y con una chaqueta que parecía a punto de reventar por sus hombros, devoraba un sándwich con desinterés. El otro, más delgado, con el uniforme impecablemente ajustado, fumaba un cigarrillo con la mirada perdida en la calle.

Christian respiró hondo y avanzó con paso firme.

—Buenos días, agentes, ¿puedo hablar con su superior?

El policía del sándwich paró de masticar y se limpió con la mano. El otro, aun con el cigarrillo en la boca, lo miró como si evaluara si valía la pena tomarse la molestia de hablar.

—¿Para qué? —le preguntó aplastando la colilla bajo su zapato.

—Necesito hablar con él.

—Con ella —lo corrigió el otro, masticando aún—. El inspector no está. Está la subinspectora.

—Bien.

—¿Sobre qué asunto?

Christian titubeó un segundo.

—Estuve aquí la noche en la que ese asesor político se quitó la vida.

El policía que comía paró de masticar.

—¿Trabaja aquí? —preguntó el otro policía con la boca llena.

—Trabajaba.

Los agentes se miraron, y su lenguaje corporal cambió.

—¿Le tomaron declaración?

—Sí.

—¿Entonces qué más quiere contarnos?

Christian apretó los labios antes de hablar.

—Dos compañeros vuestros pasaron ayer por la mañana por mi casa preguntando por mí.

Omitió que se escapó por la ventana cuando entró en pánico.

Los policías cruzaron las miradas de nuevo.

—No se mueva —dijo el más alto, metiendo la cabeza por la ventanilla del coche para hablar por radio.

A los pocos segundos, una mujer emergió del hotel. Su estatura era modesta, pero su presencia llenaba el espacio con una autoridad incuestionable. El cabello castaño claro, recogido en una coleta tirante, acentuaba sus rasgos afilados y su expresión de severidad contenida.

—Soy la subinspectora Laura —dijo con voz firme—. ¿De qué se trata?

Christian enderezó los hombros.

—Se trata de la muerte de Alan Pennington.

—¿Le hemos tomado ya declaración?

—Sí, pero dos supuestos agentes pasaron por mi casa ayer por la mañana para cotejarla.

La subinspectora lo miró fijamente, como si midiera cada palabra.

—Eso no es posible. En un caso como este, la única visita que habríamos hecho la llevaríamos el inspector a cargo y yo. —Hizo una breve pausa—. Acompáñeme.

Empujó la puerta sin esperar respuesta. Christian la siguió. El recepcionista, al verlo, lo reconoció de inmediato y lo observó con una mezcla de sorpresa y desconfianza.

La subinspectora se acercó al mostrador.

—¿Hay alguna sala de reuniones libre?

Christian se adelantó:

—La sala Kensington suele estar vacía.

—Vamos —ordenó la subinspectora sin más preámbulos. Dentro de la sala, le indicó que tomara asiento—. Hable —dijo ella, abriendo su libreta.

Christian repasó los hechos y le contó su encuentro con el asesor político horas antes de su muerte.

La subinspectora entrecerró los ojos.

—¿Y eso lo sabe el gerente del hotel?

—Por eso me despidió. Creo que todo el hotel lo sabe.

—¿Por que no nos lo ha dicho antes?

—No sé… ¿Apuro?

—Estaba bien. ¿Recuerda la hora exacta en la que vio al asesor político?

—Diez minutos antes de que empezara mi turno, a las doce.

—¿Y en diez minutos le dio tiempo para todo lo que me está contando?

—Llegué tarde. Mi compañera me estuvo esperando para que la reemplazara. Le hacía su turno. Ella tenía un examen al día siguiente… —Paró.

—¿Sabe si el señor Pennington salió de la habitación después?

—No.

—¿Llamó a recepción?

—No.

—¿Notó algo extraño cuando habló con él?

—Como ya dije, no hablamos. ¿Qué hay de los policías que pasaron por mi casa?

Ella cerró la libreta con un chasquido.

—Mire, no sé con quién habló, pero nosotros no enviamos a dos policías a su casa. Entonces, ¿no intercambiaron ninguna conversación usted y el asesor?

—Ya le dije que no. No sabía quién era. Bueno, ahora lo sé por las noticias. Parecía un huésped educado, como los que suelen venir al hotel. Me pidió que le ayudara a abrir la puerta de su habitación, y ahí empezó todo.

Ella lo miró fijamente.

—Muy fácil, ¿no?

—Se llama carisma.

Ella entrelazó los dedos sobre la mesa y fijó su mirada en él.

—¿Sabe lo que es la hipoxia?

Christian arqueó una ceja.

—¿Una receta griega?

—No se pase de listo —replicó ella—. Uno de sus compañeros encontró el cuerpo del señor Pennington vestido parcialmente con medias de mujer. ¿Se vistió así cuando estuvo con usted?

Christian negó con la cabeza, exasperado.

—No.

—Usó un cable de teléfono para hacerse una ligadura alrededor del cuello. Ató un extremo del cable a un punto fijo para ajustar la presión.

—¿Y?

—Se colocó una bolsa de plástico en la cabeza. Esto concuerda con la práctica de asfixia autoerótica. La privación de oxígeno intensifica el placer sexual. —Ella hizo una pausa, evaluando su reacción—. ¿Lo sabía?

Christian negó lentamente.

—No.

—El informe del forense dice que el señor Pennington probablemente adoptó una posición que le permitiera ajustar la tensión del cable mientras controlaba la respiración y el flujo de aire. Es crucial en esta práctica para no perder el control.

—Y lo perdió.

—Parece que nadie estuvo allí para ayudarle. —La subinspectora se puso de pie, acercándose a Christian—. Así que dígame paso por paso cómo entró en su habitación.

—Nos cruzamos en el pasillo y me hizo una seña.

—¿Y luego?

—Entré.

—¿A qué hora?

Christian suspiró resignado.

—Diez minutos antes de las doce de la noche.

—¿No hubo conversación?

—Ya se lo he dicho. No hablamos de nada. Fue algo mecánico.

—¿Lo ha hecho más veces?

—Con él fue la primera vez y no habrá una segunda vez, obviamente.

—Pero de algo debieron hablar.

—Me preguntó si tenía *poppers*.

—¿*Poppers*? Explíquese.

—Es una sustancia inhalada para relajar los músculos. Es legal y se puede comprar en cualquier sex shop. ¿Sabe cómo funciona?

—Dígamelo usted.

Christian sonrió con sarcasmo.

—Dilata el esfínter.

La subinspectora levantó la mano.

—Está bien. Me hago una idea. ¿Y no hablaron de nada más?

—Entré al baño un par de minutos y luego salí de la habitación. Nunca imaginé que tendría ganas de más y que acabaría como terminó. ¿Va a investigar la intrusión en mi habitación y la visita de los dos supuestos polis?

Ella lo escudriñó de arriba a abajo, como si quisiera leer sus pensamientos.

—¿Y qué tiene que ver eso con la muerte del asesor político? —preguntó mientras miraba su reloj.

—No lo sé —admitió Christian—, pero parecía como si alguien hubiera estado buscando algo en mi habitación.

—¿Habló con el casero?

—No me dio tiempo.

—Vaya.

—Llegué a casa de madrugada… borracho.

—¿Y se acuerda de algo?

—Sí que me acuerdo de todo.

Se hizo el silencio. Ella miró de nuevo su reloj y suspiró.

—Puede pasar por comisaría y poner una denuncia. —Su tono cambió—. ¿Sabe qué me interesa de verdad en este momento? Entender si ese asesor político era tan adicto al sexo como para envolverse en cables y medias solo unas horas después de acostarse con usted… o si alguien lo empujó a hacerlo.

Christian cruzó los brazos.

—¿De verdad cree que si hubiera hecho algo así, habría vuelto al hotel para hablar con la policía?

—Yo no creo nada. Me guío por las pruebas. —Se puso de pie—. El inspector está a punto de llegar. Quédese aquí.

Christian metió las manos dentro de su chaqueta de cuero.

—No sé en qué más puedo ayudarles. No sé nada más.

—Déjeme que lo decidamos nosotros.

Acto seguido, la subinspectora salió de la sala.

Christian se quedó mirando la puerta por la que había salido. Había cometido un error. No tendría que haber vuelto. Si se quedaba, lo detendrían. Y si lo detenían, ¿quién le creería? Nadie. Ni siquiera él sabría cómo explicar lo que pasó sin parecer culpable.

19

Christian observó cómo la subinspectora se marchaba, dejándolo solo en la sala de reuniones. El silencio pesaba. Las paredes lo encerraban. No podía quedarse ni un minuto más. La policía no solo lo estaba interrogando: lo estaban acorralando.

Se reclinó en la silla, cruzó los brazos y echó la cabeza hacia atrás. Miró el techo. Lo que al principio había sido una aventura casual se había transformado en una pesadilla. ¿Cómo había pasado todo tan rápido? Había dicho la verdad, pero no bastaba. Christian suspiró y se miró las manos. Las tenía entrelazadas sobre su regazo, tensas. Quizás había sido ingenuo al pensar que hablar con la policía no tendría repercusiones.

El reloj en la pared marcaba el paso de los minutos. Las manecillas parecían moverse más despacio de lo normal, como si el tiempo se hubiera estancado.

Se levantó nervioso.

No quería enfrentarse a más preguntas que podrían meterlo en un lío aún mayor. No podía confiar en la policía. Un golpe de adrenalina lo sacudió y su corazón empezó a latir con fuerza descontrolada. Quería irse.

Caminó hacia la puerta. La empujó con suavidad. Asomó la cabeza. El pasillo estaba vacío. El único camino hacia la salida era la recepción… y la puerta principal. Pero dos policías seguían apostados en la entrada. Si corría, lo delataría. Si intentaba escabullirse, llamaría su atención. Solo le quedaba una opción: actuar como si nada.

Respiró hondo y salió de la sala con paso tranquilo. Avanzó por el pasillo. Mantuvo la vista al frente. Al cruzar la recepción, sintió la mirada de su antiguo compañero sobre él. Levantó la mano con indiferencia y esbozó una media sonrisa. Nada fuera de lo normal. Todo en orden.

Los policías en la entrada dejaron de hablar. Sus ojos se posaron en él.

Christian tragó saliva y, antes de que dijeran nada, soltó con naturalidad:

—Vuestra jefa me ha dicho que ya me puedo ir. Que me deje de dramas.

Los policías lo miraron con una sonrisa burlona, sin sospechar.

Christian continuó caminando, forzándose a no apresurar el paso. Cada zancada lo acercaba a la libertad. Solo unos metros más. Solo tenía que girar la esquina. Justo cuando llegó al final de la acera, la voz cortante de la subinspectora lo atravesó como un disparo:

—¡Alto ahí!

El grito explotó en su espalda.

No pensó.

No dudó.

No miró atrás.

Su cuerpo reaccionó antes que su mente y echó a correr.

Los policías gritaron su nombre. Lo estaban persiguiendo.

Su corazón se desbocó. No podía parar. No podía dejarse atrapar. Sus músculos se tensaron y sus pies golpearon el pavimento con una furia descontrolada.

El Soho se convirtió en un laberinto mientras Christian corría por su vida. Una persona se cruzó en su camino. La esquivó por instinto. Detrás, los gritos de la subinspectora y los pasos de los policías lo acechaban.

No podía parar. Corrió como nunca antes lo había hecho.

Nubes grises y bajas se extendían como un manto sobre el Soho y estrangulaban la luz y hacían que el día fuera más gris.

—¡Detente! —gritaron los policías a su espalda.

Christian giró la esquina a toda velocidad y esquivó varios peatones desprevenidos. Algunos se apartaban a tiempo, otros lo miraban con sorpresa. Un coche tuvo que frenar en seco cuando cruzó la calle sin mirar. El miedo y la adrenalina lo impulsaban hacia adelante.

Una gota cayó en su mejilla, sin saber si era fruto de una lluvia temprana o su propio sudor. Luego cayó otra gota, y luego otra. En segundos, la llovizna se transformó en un aguacero que empapó el asfalto y volvió resbaladizas las aceras. La gente sacaba sus paraguas, apuraba el paso, refugiándose en los pórticos de las tiendas.

Christian dobló otra esquina y siguió corriendo sin una meta fija. Sus pulmones ardían. Detrás de él, los gritos de la policía no cesaban. No había matado a nadie. Pero eso no importaba. No en ese momento.

Un agente lo seguía de cerca.

Christian zigzagueó entre la multitud y se metió en un callejón estrecho que conectaba Lexington Street con Wardour Street.

Un camión de reparto le bloqueaba el paso.

Mierda. No había tiempo para rodearlo. Saltó sobre las cajas apiladas, cayó al otro lado y siguió corriendo sin mirar atrás.

El dolor punzante en sus gemelos aumentaba con cada zancada.

«No pares», se dijo. «No pares». Pero su fuerza empezaba a fallarle.

Al llegar a Leicester Square, las luces brillantes de los cines que rodeaban la plaza se reflejaban en los charcos y las aceras mojadas, creando un efecto caleidoscópico. Había dos películas que se llevaban el protagonismo de la plaza: la nueva película de Martin Scorsese sobre mafia y relaciones personales, *Uno de los nuestros*, y la intrigante y conmovedora historia de amor y fantasmas, *Ghost*, protagonizada por Patrick Swayze y Demi Moore. Un hombre asesinado intentaba advertir a su novia del peligro. Nada más lejos de la realidad.

Atravesó la plaza casi vacía. Los pocos que quedaban se refugiaban bajo las marquesinas, mientras esperaban que la tormenta amainara.

Christian torció hacia Charing Cross Road y descendió a la estación de metro de Leicester Square. La entrada estaba abarrotada de gente que buscaba refugio de la tormenta. Se mezcló entre ellos y bajó las escaleras a toda prisa. En su precipitación, chocó contra una pareja de turistas que se detuvieron en el peor lugar posible.

—*Sorry*! —gruñó, apartándolos sin frenar.

Dentro de la estación, el caos era mayor de lo habitual.

Christian se deslizó entre la multitud, bajó la cabeza y se ocultó detrás de una columna. Dos policías aparecieron en la entrada. Buscándolo. Contuvo el aliento. Bajó la cabeza como si fuera una tortuga que se escondía en su propio caparazón. El ruido de la

estación lo envolvía: anuncios por megafonía, conversaciones, pasos acelerados.

Los agentes se miraron entre sí. Uno habló por el *walkie-talkie*. Segundos después, dieron media vuelta y subieron las escaleras al exterior.

Christian exhaló hondo. Los había despistado.

Se abrió paso entre la gente, pasó las barreras de control y bajó las escaleras mecánicas.

Dos minutos para el próximo metro.

Se sentó en un banco, todavía respirando con dificultad. Gotas de agua y sudor resbalaban por su rostro. No podía confiar en nadie. Ni en la policía, ni en los falsos agentes que habían irrumpido en su casa, ni en los que lo rodeaban.

El metro llegó. Se levantó y entró en el vagón abarrotado. Estaba a salvo… por ahora. Se dejó caer en el asiento con el cuerpo aún tenso y el corazón latiendo con fuerza. Apoyó la cabeza en el cristal y cerró los ojos. Un asesor político había sido encontrado muerto en un hotel y él había sido la última persona en verlo con vida. Había perdido su trabajo. Su casa ya no era segura. Y la policía lo perseguía como a un criminal.

El tren se detuvo en Waterloo. Se puso de pie y salió del vagón. Comenzó a caminar, pero la pregunta seguía ahí, latiendo en su cabeza.

¿Y ahora qué?

20

HABÍA PASADO las doce del mediodía cuando Christian bajó en la estación de Waterloo, una de las más concurridas de Londres. Una marea de gente lo envolvió de inmediato. Siguió la fila de pasajeros que caminaban en la misma dirección como una cola de hormigas. El murmullo de los viajeros que llenaban el aire se mezclaba con el retumbar del metro, alejándose en la profundidad.

Nadie se fijaba en él. Nadie lo miraba. Y, aun así, no podía sacudirse la sensación de que alguien lo seguía.

Su chaqueta de cuero mojada se pegaba a su cuerpo, fría e incómoda. Subió las escaleras mecánicas y, tras recorrer pasillos interminables, emergió en el vestíbulo principal de la estación. Los quioscos y puestos de comida rápida formaban un círculo alrededor del espacio abierto, donde los viajeros revisaban horarios en los paneles electrónicos.

Christian salió de la estación. Afuera, la lluvia había cesado, pero el cielo seguía plomizo. La humedad se aferraba a la ciudad, y cada grieta en el asfalto escupía vapor como un susurro fantasmagórico.

Giró a la izquierda y bordeó Cab Road en dirección al río. Una hilera de taxis negros esperaba en fila. Caminaba sin rumbo fijo.

Parejas paseaban de la mano, deportistas aprovechaban el clima fresco para salir a correr y turistas sacaban fotos del Parlamento y del Big Ben en la distancia.

Pasaron las horas.

Se detuvo junto a la barandilla del paseo y apoyó los antebrazos en el metal. El Támesis se extendía frente a él. Contempló el río con los reflejos de la ciudad, distorsionándose en la corriente. La orilla estaba salpicada de bancos mojados y farolas que proyectaban una luz tenue y cálida. ¿Y ahora qué?

No podía volver a casa. La policía estaría buscándolo. Se habrían puesto en contacto con su casero. Y aunque ya les había dicho que no tenía nada que ver con la muerte del asesor político, ahora que había huido, demostrarlo sería mucho más difícil.

Un pez gordo que decide quitarse la vida, jugando con el cable que se había atado al cuello. No tenía sentido.

Se sentía solo. Había aprendido a estar solo, pero no a sentirse así.

Era ya de noche cuando, un pub apareció en su camino: The Riverside Inn. Las luces cálidas en el interior proyectaban un resplandor acogedor que invitaba a entrar. El pub lo envolvía un aroma a cerveza, tabaco rancio y madera impregnaba el aire. Las vigas del techo y las fotografías antiguas de Londres en las paredes le daban un aire acogedor.

Se sentó en una esquina, donde podía ver la puerta. Pidió una hamburguesa doble con patatas y una cerveza. Afuera había empezado a llover otra vez. En la televisión, las noticias repetían la misma historia de la mañana. Suicidio de un asesor político en un hotel de Londres. Dio un trago a la cerveza. La puerta del pub se abrió y entró una pareja de policías. Christian sintió cómo su cuerpo se tensaba de inmediato.

Los agentes se acercaron a la barra. Saludaron al barman con una inclinación de cabeza. Uno de ellos miró en su dirección.

El corazón de Christian golpeó contra su pecho. Mantuvo la respiración. Pero los policías solo pidieron algo al barman y continuaron hablando entre ellos.

Christian dejó la pinta a medio terminar y se levantó. Necesitaba despejar la mente y sabía cómo y a dónde ir.

Situado en un rincón casi oculto de Villiers Street, bajo los arcos de la estación de Embankment, Heaven era un club nocturno. Un refugio donde Christian podía desaparecer por unas horas.

Eran las diez de la noche y acababan de abrir el club. Al cruzar, el mundo exterior se desvanecía. Heaven, como su nombre sugería, era su puerta al cielo, o al menos, al tipo de paraíso que él buscaba: un lugar donde el tiempo se detenía y la realidad quedaba suspendida.

El club, uno de los más grandes de Europa, era un laberinto de pistas de baile entrelazadas por corredores oscuros y destellos vibrantes.

La música era un pulso primitivo. Un latido colectivo que reverberaba en las paredes y en los cuerpos. En la cabina, los DJs giraban discos de vinilo como alquimistas del sonido, transformando la noche en un hechizo que atrapaba a todos los que se atrevían a entrar.

Christian se abrió paso entre la multitud hasta la barra. Pidió una cerveza. Luego otra. El frío de la botella se filtraba en su mano mientras sus pensamientos se diluían en el caos sensorial del club.

La pista de baile era un mar de cuerpos sudorosos que se movían al ritmo de la música, conectados por una corriente invisible. Las luces estroboscópicas congelaban cada sonrisa, cada mirada furtiva, y creaban un efecto de realidad suspendida.

El miedo al SIDA flotaba en el ambiente. Al principio, la enfermedad era solo un rumor lejano. Un amigo que también tenía un amigo que tenía otro amigo que vivía en California. Una extraña enfermedad que mataba a hombres que tenían sexo con otros hombres. Un castigo divino, decían algunos. Lo llamaban el «cáncer gay». Luego, aquel rumor golpeaba más cerca. La enfermedad se acercaba como la pólvora: se trataba de alguien que conocías, de un amigo, de un ex…

Christian prefería no pensar en ello. No le interesaba la política ni las marchas ni las reivindicaciones. Para él, la vida estaba en esa pista de baile. En ese instante. En el cuerpo que podía sentir junto al suyo. Si la vida era un juego, Christian prefería jugar con sus propias reglas.

Sabía que el hedonismo podía ser una trampa, una forma de llenar el vacío. Pero ¿acaso no todos tenían un vacío que llenar?

La tercera cerveza aflojó la tensión en su pecho. Soltó un suspiro.

Pump Up the Jam retumbó en los altavoces. El ritmo lo arrastró hasta la pista. La multitud lo engulló y, cuando se dio cuenta, estaba rodeado de jóvenes, con el torso desnudo y la piel reluciente por el sudor. Se quitó la camiseta. Se entregó al ritmo. Cada *beat* era una corriente que lo recorría. Cada movimiento suyo encajaba con los demás. Los cuerpos se rozaban y buscaban conexión.

Christian se fundió en la marea de rostros y manos, sintiendo el latido colectivo en su pecho.

Alguien lo rozó al bailar. Christian giró la cabeza y lo estudió con rapidez. Era un hombre con una camisa desabotonada que dejaba entrever una cadena de plata sobre un pecho bronceado y trabajado. Sus ojos, oscuros, tenían una intensidad peligrosa que atrapaba la mirada de Christian, como una promesa de peligro y deseo. Sostuvo la mirada y el hombre le lanzó una media sonrisa.

Christian le devolvió la invitación acercándose más. El contacto se volvió más íntimo. Las luces de neón creaban sombras en sus rostros, volviéndolos irreales. Los labios se buscaron y se encontraron. Se besaron en medio de la pista, rodeados por desconocidos que, como ellos, solo querían vivir el momento.

El hombre le susurró algo al oído. Él asintió y salió apresurado del club, agarrado de la mano de aquel extraño. Le había invitado a pasar la noche en su casa.

Las luces del club se desvanecían a sus espaldas, pero el eco de la música y el calor del contacto seguían grabados en su piel.

El resto fue historia.

21

A POCOS METROS del club Heaven, el hotel Savoy se erguía con su elegancia atemporal en el corazón de Londres. En una de las habitaciones, John McCabe permanecía de pie, inmóvil, con la mirada fija en la maleta abierta sobre la cama, como si dentro encontrara la respuesta que buscaba.

Las paredes estaban vestidas de papel pintado en tonos marfil y oro. Muebles de caoba pulidos, sábanas de algodón egipcio y una vista privilegiada del Támesis. El lujo lo dejaba indiferente; no tenía tiempo para disfrutarlo ni para distraerse con las comodidades que ofrecía. Solo era un lugar donde descansar la cabeza y planificar. Estaba allí para cumplir una misión.

Sobre la cama, su ropa estaba dispuesta con precisión militar: trajes impecablemente hechos a medida, camisas de seda y corbatas en tonos discretos. Un disfraz. Su verdadera identidad estaba en otro lugar, en otro tiempo.

Rozó con los dedos el anillo de graduación en su mano derecha. Lo único de su pasado militar que aún llevaba consigo. El peso del abrigo de campaña, la solidez de las botas, la funcionalidad de cada pieza… Eran parte de él. Pero en Londres, vestirse así solo atraería preguntas. Con un suspiro, eligió una camisa blanca sin adornos y

un traje oscuro que se ajustaba a su cuerpo con la precisión de un uniforme.

Se acercó al escritorio y tomó su bastón. Su mejor amigo desde el accidente. El bastón, de madera oscura con un león tallado en la empuñadura, era su única muestra de extravagancia. Era un bastón muy peculiar. Y mortal. Nadie sospecharía que escondía una hoja automática en su interior. Ya la había usado antes. Quizás tendría que volver a hacerlo.

Se miró en el espejo. Otro hombre de negocios inglés. A menos que abriera la boca para ser reconocido por su acento americano.

«Discreción», se repitió. Esa era la clave de este juego: discreción y equilibrio.

Salió de la habitación y avanzó por el ancho corredor alfombrado en tonos borgoña y dorado. La moqueta amortiguaba el sonido rítmico de su bastón contra el suelo. No le prestó mucha atención a los cuadros que colgaban de las paredes con representaciones de Londres en sus épocas más gloriosas. La soberbia inglesa. El pecado capital más grande de este país.

El ascensor llegó en silencio. Un botones le dedicó una inclinación de cabeza y presionó el botón de la planta baja. Cuando las puertas se abrieron, John caminó con paso decidido por el vestíbulo. Los hombres con trajes a medida, las mujeres envueltas en vestidos refinados. Su mirada escaneó el entorno. Buscaba anomalías. Algo fuera de lugar. Su vida había sido forjada en la disciplina militar, donde las órdenes se obedecían sin preguntas y la rutina era la mejor amiga.

La vida en el ejército había sido un mundo ordenado, donde cada acción tenía un propósito claro, cada decisión era una cuestión de vida o muerte, y donde el caos se enfrentaba con la mente fría y los nervios de acero.

Ahora tenía otro propósito en su vida. Una organización no gubernamental y de ramificaciones internacionales. Una organización que mantenía el equilibrio y evitaba los conflictos que pudieran traer consecuencias desastrosas al mundo. Sonaba bombástico. En la práctica, era algo que ya habían hecho los países entre sí a lo largo de la historia, protegiéndose de amenazas externas. La organización para la que John McCabe trabajaba no tenía país, ni interés político. Y quizás por eso, era más peligrosa. Las misiones no eran tan simples como mantener una posición o eliminar un objetivo. Ahora, cada acción debía calcularse con la meticulosidad de un ajedrecista, anticipando movimientos y contramovimientos en un tablero global donde cada pieza tenía su importancia.

Una joven lo esperaba sentada en una butaca tapizada en color burdeos. Cuando él se acercó, ella levantó la vista y lo saludó con un leve asentimiento. Tenía unos ojos verdes felinos y su cabello oscuro caía en ondas pulidas sobre sus hombros. Vestía una blusa ajustada, de seda negra, que realzaba su figura esbelta, casi etérea.

—Buenas noches, señor.

—Por favor, no se levante —dijo McCabe, haciendo un gesto con la mano.

Apoyó el bastón en la silla y se sentó frente a ella.

—Hemos interceptado nuestro objetivo —dijo con un ligero acento eslavo mostrando una foto de Christian—. Fue la última persona que estuvo con el asesor político. Según el informe policial, tuvo sexo con este joven. A la mañana siguiente, una de las limpiadoras lo encontró muerto con unas medias de mujer y una cuerda de teléfono atada al cuello. Asfixia autoerótica.

McCabe no reaccionó. Ella continuó:

—Según el informe policial, se especula con que fue un suicidio. Un asesor casado, con ideas conservadoras, que trabajaba con los

altos perfiles del gabinete de Margaret Thatcher. Demasiada presión. Se quitó la vida. Ahora buscan al joven para confirmar la teoría.

—Pero nosotros sabemos que ese hombre iba a entregarnos información valiosa. ¿La policía sabe dónde está ese insensato?

Ella negó con la cabeza.

—Se les escapó. Harán un llamamiento en la televisión nacional.

McCabe aferró con más fuerza el pomo de su bastón. No era coincidencia.

—Sea lo que sea que contenga esa información, no puede salir a la luz pública y tampoco ser devuelta al núcleo disidente.

Ella ladeó la cabeza con curiosidad.

—¿Y si ese joven ya entregó los documentos?

—Imposible.

—¿Por qué?

McCabe esbozó una sonrisa fría.

—Ese joven también hubiera aparecido muerto fruto de «otro» suicidio o accidente.

Ella no respondió. Pero la chispa en sus ojos indicaba que entendía la lógica.

—Sigan los pasos de ese joven. Informen de cualquier movimiento. No dejen que haga ninguna tontería.

—¿O?

—O elimínenlo. Sin margen de error.

Ella asintió.

—Lo sé, señor.

McCabe se levantó. Cruzó las puertas del Savoy. Afuera, la brisa nocturna traía consigo el eco del Támesis. Necesitaba caminar. Pensar. Calcular el siguiente movimiento. Para John McCabe, el deber siempre estaba por encima de todo. Aunque eso significara tomar decisiones difíciles. Aunque tuviera que morir gente por el

camino. En el gran esquema de las cosas, eso era simplemente un daño colateral.

22

CHRISTIAN DESPERTÓ con la pesadez de la resaca golpeándole el cráneo. El estómago le ardía con el eco agrio del alcohol de la noche anterior. Abrió un ojo. Luego el otro. El aire estaba cargado de sudor, colonia para hombre, látex y lubricante.

A su derecha, una ventana de marco metálico se ocultaba tras cortinas de terciopelo rojo que bloqueaban la mayor parte de la luz del día. Estaba en algún edificio antiguo cerca de London Bridge, junto al río.

Movió la cabeza lentamente sobre la almohada. A su lado, el cuerpo de un hombre aún dormía. No se molestó en mirarlo de inmediato. Se limitó a inspeccionar la habitación: espaciosa pero desordenada. Un armario de madera oscura con puertas corredizas ocupaba parte de la pared, junto a un espejo alto enmarcado en dorado. Su reflejo era una sombra difusa e irreconocible en la penumbra. En el suelo, ropa esparcida.

No conseguía recordar la cara del hombre con el que había dormido. Otra noche de sexo sin importancia. Otra más. Era hora de irse. Deslizó una pierna fuera de la cama. El pie tocó el suelo frío. Movió la otra pierna con cautela, pero a mitad de camino, un cambio en la respiración detrás de él lo hizo detenerse.

—Llevas un rato despierto.

Aquella voz ronca lo hizo girarse.

Los ojos del hombre lo observaban con una media sonrisa. Canas en las sienes y arrugas alrededor de los ojos y boca hablaban de una vida que había pasado su tiempo de gloria. Seguramente más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. En la oscuridad del club su cuerpo había parecido más firme, más joven.

—Si quieres ducharte, hay toallas limpias colgadas al lado de la ducha.

Christian asintió.

—Gracias.

Se puso de pie y caminó hacia el baño, dejando atrás el desorden y el silencio incómodo que ahora llenaba la habitación. Había ropa esparcida en el suelo y un par de envoltorios de condones y lubricante. Una noche de sexo con un extraño. No era algo de lo que se sintiera particularmente orgulloso, sobre todo al día siguiente.

La puerta se cerró con un clic. El vapor empezó a empañar el espejo en cuanto abrió el agua caliente al máximo. Se metió bajo el chorro sin inmutarse. Necesitaba sentir algo que no fuera la resaca de la noche anterior. Algo que borrara la sensación de asco que se le había instalado en el pecho. Agarró el jabón y se frotó los brazos y el cuello. Restregó con fuerza, como si pudiera borrar el olor, la resaca, la sensación pegajosa de la noche anterior. Pero nada desaparecía. El agua le escaldaba, pero no le importó. Apretó los dientes y frotó más fuerte. Sus manos se movieron más rápido. Se raspó la piel hasta sentir el ardor punzante. El jabón resbaló de sus dedos y cayó al suelo de la ducha con un golpe sordo. No lo recogió. Siguió con las uñas, arañándose los hombros y el pecho. Se detuvo de golpe. El agua seguía cayendo y quemaba su espalda. Cerró el grifo. El vapor

lo envolvía cuando salió. Se secó rápido, sin mirarse al espejo. Ya sabía lo que encontraría: una versión de sí mismo que no quería ver.

Cuando abrió la puerta, el olor a café llenaba la habitación. El hombre estaba sentado junto a la ventana con una taza en la mano.

—¿Te quedas a desayunar? —preguntó con naturalidad.

Christian dudó. No recordaba su nombre. Apenas recordaba la noche. Solo sabía que había terminado allí, porque eso era lo que hacía cuando la vida se volvía demasiado complicada.

Improvisó.

—¿Qué hora es?

—Poco más de las diez.

—¿Domingo?

El hombre asintió, ajustándose el batín.

—Podemos quedar otra vez, si quieres.

Christian se pasó la mano por el pelo húmedo.

—No es un buen momento.

—¿Tienes pareja?

—No.

—¿Estás viendo a alguien?

Christian lo miró directamente.

—Te estoy viendo a ti.

El hombre arqueó una ceja, pero no insistió.

Christian se giró hacia la puerta.

—Mejor me voy.

—Es por el otro lado.

Él siguió la dirección que el otro señaló.

—No te olvides la camiseta.

Fue entonces cuando notó que llevaba puesta la de un desconocido.

—Quédate con ella. Tengo más. —El hombre sonrió con indiferencia—. Tampoco te olvides del *poppers*. Aunque creo que está vacío.

Christian metió el frasco en el bolsillo de su chaqueta y comprobó que tenía la billetera. Caminó hacia la puerta.

El hombre no se movió de su silla.

—Estaré por Heaven el próximo fin de semana, por si acaso…

Christian no respondió. Cerró la puerta tras de sí.

El vacío lo golpeó como un martillo en el pecho.

Afuera, Londres seguía su curso, con el bullicio de la ciudad despertándose lentamente. Para él, era solo otro día. Otro intento de escapar de una vida que cada vez le parecía más lejana. Más irreal.

23

Christian llegó a la estación de Charing Cross. La fachada victoriana de ladrillo rojo y piedra tallada se alzaba imponente, con su icónico reloj marcando un tiempo que a él le parecía más una cuenta atrás.

El aire olía a hierro, humo y café barato. La gente caminaba a paso apresurado, maletas rodando sobre el suelo de mármol, voces que se mezclaban con el eco de los anuncios en los altavoces.

Se detuvo junto a un quiosco. Una fila de periódicos desplegados en el expositor captó su atención de inmediato. Su pulso se aceleró. El mismo rostro en todas las portadas: Alan Pennington. La de un hombre de pelo oscuro, bien peinado y mandíbula marcada. Con una expresión de confianza congelada en la fotografía. Christian tragó saliva y leyó el primer titular.

«Tragedia en el Corazón del Partido Conservador: Asesor político se suicida» (*The Times*).

«Jonathan Pennington, un prometedor asesor político, fue encontrado muerto en un hotel de Soho».

«Muerte Trágica de un Asesor Político: Suicidio de Jonathan Pennington en Soho» (*The Guardian*).

«El suicidio del asesor del Partido Conservador plantea preguntas sobre la presión en la política moderna».

«Asesor de Thatcher Fallece en Circunstancias Desgarradoras» (*Daily Telegraph*).

«La policía ha declarado que se trata de un caso de asfixia autoerótica».

Cada periódico repetía la misma historia. La misma versión. Asfixia autoerótica. Christian sintió un nudo en el estómago. Siguió leyendo.

«La trágica muerte de Pennington ha levantado interrogantes sobre las presiones extremas a las que están sometidos los asesores políticos».

«Una figura central en las operaciones mediáticas del Partido Conservador, Pennington había estado bajo una presión inmensa debido a su trabajo».

El periódico *The Sun* no se contuvo con su sensacionalismo:

«Suicidio Escandaloso: Asesor de Thatcher Muere en Hotel».

«En un giro impactante, Jonathan Pennington, conocido asesor político del gabinete de Margaret Thatcher, fue encontrado muerto en su habitación de hotel. Las autoridades han confirmado que la causa de la muerte fue asfixia autoerótica. Pennington, de treinta y dos años, había sido una figura clave en la estrategia mediática del Partido Conservador. Su muerte deja un vacío significativo en el equipo de comunicación de Thatcher».

Christian dejó el periódico en su sitio. Todos hablaban de suicidio. Nadie mencionaba asesinato. Nadie lo mencionaba a él tampoco. Respiró hondo. No era su problema, pero la inquietud no se disipó. Miró a su alrededor. Su mirada se perdió en la actividad frenética de la estación.

La gente siempre estaba huyendo de algo. Seguro que ese hombre huía de su propia vida. Y de repente, su mente saltó a su padre, que estaría ya fuera del país en alguna cena de negocios con

su nueva secretaria sentada a su lado. La imagen le resultó casi cómica. Era el mismo patrón, repetido generación tras generación. Su padre había huido del matrimonio, de la responsabilidad, del dolor. Tal como él lo estaba haciendo ahora.

Pensó en su madre, recluida en aquella clínica psiquiátrica. Tal vez ya era hora de verla. Tal vez esa era la excusa perfecta para salir de Londres. Alejarse del peligro. Escapar.

24

El tren se puso en marcha rumbo a Royal Tunbridge Wells. Christian apoyó la cabeza en la ventanilla y observó cómo el paisaje urbano de Londres se desvanecía poco a poco: calles atestadas, puentes de acero y piedra, edificios de ladrillo ennegrecido por el tiempo. Afuera, el cielo gris se fundía con los árboles desnudos y marcaba el otoño en Inglaterra. Había hecho ese viaje tantas veces que ya lo conocía de memoria.

El movimiento rítmico del tren lo arrastraba de vuelta a un pasado que nunca conseguía dejar atrás. Cerró los ojos y vio las imágenes con una claridad casi dolorosa. Su infancia en Copenhague. Recordaba las tardes jugando en la playa de Bellevue, las risas con su madre y su tía, las cenas familiares frente a la chimenea cuando se acercaba la Navidad. Hasta que todo cambió. Hasta el día en que escuchó las sirenas. El sonido lo atravesó como un cuchillo, incluso ahora, años después. Christian tenía doce años. Su tía lo cogió fuerte de la mano, llevándolo a su habitación, mientras se secaba las lágrimas sin responder a sus preguntas. Cuando salió, su hermana ya no estaba. Se había suicidado.

El hogar nunca volvió a ser el mismo. Durante meses, la casa se convirtió en un lugar silencioso, vacío, sostenido apenas por las

visitas de su tía y los intentos de su padre por fingir normalidad.

Con el tiempo, la calma pareció regresar. Su madre estaba más estable, su tía regresó a Odense y su padre volvió a viajar por trabajo.

Christian intentó adaptarse. Regresar a la escuela. Seguir adelante. Pero un día, su madre lo llamó a su habitación. Él entró con cautela. La encontró sentada frente al tocador, cepillándose el pelo y maquillándose, algo que no hacía desde la muerte de su hermana.

Sobre la cama descansaban un par de maletas abiertas.

—Prepara la tuya —le dijo con una sonrisa extrañamente despreocupada—. Nos vamos a Londres.

Christian, confundido, preguntó cuánto tiempo estarían fuera.

—No lo sé.

—¿Papá lo sabe?

La mirada de su madre se perdió en el espejo.

No lo sabía. Pero Christian no discutió. Hizo su maleta con torpeza, sin entender del todo qué estaba pasando. Horas después, un taxi los llevó al aeropuerto.

Durante el vuelo, su madre le compró caramelos y chocolatinas. A pesar de las dudas, Christian sintió una emoción inesperada.

Londres.

El caos de la ciudad lo fascinó y lo atrapó desde el primer momento.

Se hospedaron en un hotel modesto en Kennington, luego en un apartamento cerca de la estación de Victoria.

Cuando preguntó por su padre, mamá le sonrió y le dijo que le enviaba recuerdos. Christian supo que mentía, pero no insistió.

Londres era un mundo nuevo. Por primera vez desde la muerte de su hermana, su madre parecía feliz. Llena de energía, de risas, de

planes espontáneos.

Los teatros del West End la deslumbraban. *The Rocky Horror Show*, *Evita*, *The Sound of Music*… Cada noche, un musical distinto.

Christian no la había visto tan entusiasmada en años. No hablaban del pasado. No mencionaban a su hermana. Era como si hubieran entrado en una realidad paralela. Y él se dejó llevar. Porque, por primera vez en mucho tiempo, se sintió a salvo. Como si el destino le hubiera dado la oportunidad de vivir otra vida.

Pero la ilusión no duró. Todo se derrumbó cuando, semanas después, el padre de Christian apareció inesperadamente en el apartamento. La realidad cayó sobre ellos como un telón pesado.

Días después, su madre fue ingresada en una clínica psiquiátrica y Christian fue enviado a un internado. Todo ocurrió muy rápido. Su padre llevaba más de una semana en Londres, preparando todo antes de su llegada.

—Es temporal —le prometió—. Tienes que ser fuerte. Christian, no seas un miedoso.

Él no respondió. Porque ya sabía lo que pasaría. Las promesas de su padre eran como las hojas en otoño: bonitas al principio, pero destinadas a marchitarse y desaparecer.

No regresaron a Dinamarca.

Después de unos meses en la clínica, su madre se estabilizó. Los médicos hablaban con optimismo. Su padre también.

—Termina el curso en el internado. En verano tomaremos una decisión —le dijo.

Christian obedeció.

Las vacaciones llegaron y, por un momento, la familia pareció recuperar su equilibrio. Hasta que todo volvió a romperse. Su madre tuvo una recaída. Se había tomado un bote entero de somníferos. Los médicos lograron salvarla, lavándole el estómago y dejándola en

observación durante unos días. Pero no volvió a casa. Fue internada de nuevo. Su padre, ocupado con un nuevo ascenso, tuvo que viajar otra vez, y Christian volvió al internado.

Meses después, su madre se recuperó de nuevo. Esta vez, sin embargo, el médico fue claro: necesitaba vigilancia permanente. Nunca podría dejar la medicación.

Cuando Christian la vio, supo que algo había cambiado. Su madre ya no estaba. Solo quedaba el cascarón. Se movía con gestos mecánicos. Sonreía en los momentos adecuados, pero sin la chispa de antes. Ya no era la mujer que lo llevaba de la mano por Londres, la que tarareaba canciones de musicales en plena calle. Y Christian tampoco era el mismo. A los trece años, el cinismo había empezado a echar raíces en él. Se preguntó si prefería a su madre cuando estaba «mal», cuando la euforia la hacía vibrar, cuando le ofrecía un escape en un mundo de teatros y luces de neón. Pero el médico le puso un nombre a aquello: trastorno bipolar. Christian no supo qué hacer con esa etiqueta. La única certeza era que su madre nunca volvería a ser la misma. Mientras tanto, él cambiaba. Se convirtió en un adolescente rebelde. Su sexualidad emergía distinta a la de sus compañeros. Contaba los días para cumplir los dieciocho y largarse.

La relación con su padre se deterioró. Incluso llegó a pensar que su padre había internado a su madre no solo por su salud, sino para disfrutar de la libertad que él mismo anhelaba.

Nunca volvieron a Dinamarca.

Creció entre los muros del internado, con visitas esporádicas a la clínica. Entre dos emociones constantes: frustración, por ver a su madre convertida en una sombra de quien había sido. Rabia, hacia un padre que lo trataba con desdén, exigiéndole que fuera fuerte, que fuera «un hombre».

El tercer intento de suicidio fue el último. No porque su madre muriera, sino porque, desde entonces, su vida dejó de pertenecerle. Desde los quince años, Anne vivía en lo que Christian llamaba su «jaula de cristal». Un lugar donde estaba a salvo de sí misma. Pero también prisionera de una vida sin esperanza.

El tren redujo la velocidad al acercarse a Royal Tunbridge Wells. El paisaje cambió. Menos edificios y más campo abierto.

Christian no miró por la ventana. Su mente estaba atrapada en otro tiempo. Recordó aquellos días en Londres, cuando su madre aún irradiaba vida. Cuando él también la tenía.

Uno de los doctores se lo había explicado con voz neutra:

—El trastorno bipolar es una enfermedad crónica. Los episodios depresivos la llevan al borde del suicidio. Los maníacos la impulsan a huir…

Huir.

Christian lo vio de otra manera. La bipolaridad no era su verdadero trastorno. Su verdadera enfermedad era el dolor. El dolor de haber perdido a su hija. La fuga a Londres no había sido un delirio maníaco. Fue su manera desesperada de escapar del sufrimiento. En los momentos más felices de su infancia, Christian la vio huir. Buscar refugio en los teatros, en los musicales, en un Londres que le prometía otra vida. Ella solo era feliz cuando huía.

El tren se detuvo con un chirrido metálico.

Christian bajó al andén. El aire fresco del campo le dio la bienvenida. Caminó hacia la clínica. Sabía que ese viaje siempre lo arrastraba al mismo lugar. Su madre estaba atrapada en su jaula de cristal y él, en una prisión de recuerdos. En el fondo, no eran tan distintos. Ambos eran prisioneros de un pasado del que nunca pudieron escapar.

25

Las calles empedradas de Royal Tunbridge Wells estaban tranquilas aquella tarde de otoño. El viento arrastraba hojas secas por las aceras, enredándolas entre los escaparates de boutiques y las puertas de cafés acogedores.

Christian avanzó con las manos en los bolsillos. Londres ya quedaba atrás. El aire fresco olía a tierra húmeda y a leña quemándose en alguna chimenea cercana.

A las afueras del pueblo, rodeada de jardines meticulosamente cuidados, se alzaba la clínica psiquiátrica. Un edificio con grandes ventanales y un aire de mansión reconvertida. Una cárcel disfrazada de refugio. Aquella clínica debía de costar una fortuna, pero Christian entendió con los años que la libertad de su padre no tenía precio. Él mismo había heredado esa necesidad de huir.

Entró en el amplio vestíbulo. Los suelos de mármol y las obras de arte en las paredes intentaban, sin mucho éxito, darle un aire menos institucional. El personal lo saludó con sonrisas educadas, acostumbrados ya a sus visitas. Tras registrarse, una enfermera de mediana edad, con una sonrisa forzada y ojos cansados, lo guió por un largo pasillo. Las paredes parecían cerrarse más con cada paso.

Christian observó las plantas en sus macetas, las pinturas de artistas locales que intentaban aportar calidez a un sitio donde la esperanza se desvanecía lentamente.

Llegaron a la habitación cuarenta y tres. Respiró hondo y giró el pomo de la puerta.

La habitación era sencilla. Una cama estrecha con sábanas blancas. Una lámpara tenue iluminaba la mesilla. Junto a la ventana, su madre miraba hacia el jardín, absorta en pensamientos que Christian nunca sabría si eran coherentes o producto de su enfermedad. Su belleza nórdica se había vuelto frágil con los años. El cabello rubio ceniza caía en mechones finos alrededor de su cara, como si la vida misma hubiera ido deshilachando cada hebra con el tiempo. Las arrugas profundas alrededor de sus ojos hablaban de una existencia llena de pérdidas. Pero aún quedaba en ella un destello. Algo indomable en sus ojos azulados. Los mismos ojos que Christian había heredado.

Anne giró la cabeza lentamente. Tardó un par de segundos en reconocerlo, pero cuando lo hizo, sonrió.

—*Min skat…* —susurró en danés.

Christian se inclinó y la abrazó. Ojalá pudiera aferrarse a ella con la misma fuerza con la que ella se aferraba a un pasado que ya no existía.

—¿Has comido? —preguntó él.

Su madre asintió, aunque sin mucho entusiasmo.

—¿Quieres dar un paseo?

Ella se puso de pie con dignidad. Se cogió orgullosa del brazo de su hijo y salieron al pasillo. Lo presentó a otros pacientes como si fuera un visitante ilustre. Christian reconocía aquellas caras y aquellos gestos. La rutina se repetía en cada visita.

El jardín los recibió con el crujido de hojas secas bajo sus pies. El viento otoñal agitaba las copas de los árboles y hacía danzar a las flores ya marchitas.

Su madre alzó la vista al horizonte, en silencio.

—¿Tuviste alguna visita? —preguntó Christian.

—Tu padre vino con su secretaria el otro día. —Su tono era indiferente, como si hablara de alguien que apenas conocía—. Pero no era Teresa. Era otra mujer.

Christian se encogió de hombros.

—Papá siempre está ocupado.

Su madre sonrió con un deje de tristeza.

—Ya lo sé. Ambos sois iguales.

—No, mamá. No soy como él.

Ella no discutió. Fijó la mirada en la alambrada que separaba el mundo de la clínica del mundo real.

Christian conocía bien esa expresión. Años atrás, su madre había intentado escapar por un hueco en la cerca. La descubrieron antes de que pudiera cruzar. Repararon la alambrada, pero Christian siempre creyó que, si su madre hubiera querido escapar de verdad, lo habría conseguido.

Ella posó una mano sobre la suya.

—Pareces cansado, hijo. ¿Algo te preocupa?

Christian desvió la mirada.

—He tenido turnos largos, mamá. Descansaré cuando vuelva a casa —mintió.

—¿Cómo fue la cena?

Christian se tomó unos segundos. Esta vez se acordaba de la cena con papá.

—Mejor de lo esperado —volvió a mentir.

Primero, porque ya no tenía su trabajo de recepcionista. Segundo, porque no tenía un hogar al que regresar.

—Me alegro mucho —dijo ella.

Christian se volvió a quedar callado. Pasó su mano por el antebrazo de su madre.

—Mamá, he decidido tomarme un año sabático en la universidad. Quiero aclarar mi cabeza.

Esperaba comprensión, pero su madre no dijo nada. Pasearon en silencio por los senderos del jardín. El crujido de las hojas era lo único que rompía la calma.

—Estoy preparada.

—¿Preparada para qué?

—Para volver a casa.

Él se detuvo.

—Mamá… ya hemos hablado de esto. No tenemos casa. Papá la vendió hace años.

—Dinamarca.

Christian cerró los ojos. No quería tener esta conversación otra vez.

Su madre continuó hablando.

—Quiero volver a Odense. La tía está peor. Ya no sale de casa. Quiero estar con mi hermana.

—Eso no puede ser, mamá.

—Habla con tu padre.

Su voz tenía un deje de esperanza.

Christian suspiró.

—Ya he hablado con él. No me apetece volver a hacerlo.

Su madre lo miró con una tristeza profunda. La misma que Christian había visto tantas veces antes. Años de tratamientos. Años

de visitas. Años de un ciclo sin fin. Años de ella aferrándose a la idea de que, algún día, todo podría volver a ser como antes.

—He soñado con Lene —susurró ella. Christian sintió un nudo en la garganta—. La he visto otra vez. Pero ya no sé si fue un sueño o si realmente sucedió. Me dijo que todo estará bien cuando regrese a casa.

Christian asintió, sin palabras. Sabía que no podía salvarla. Que su madre nunca dejaría de confundir la fantasía con la realidad. Que él solo podía acompañarla en ese limbo, incapaz de ofrecerle lo que tanto anhelaba. Volver a casa.

26

Christian apoyó la cabeza contra el cristal del tren. Los paisajes tranquilos de Royal Tunbridge Wells desaparecían poco a poco, devorados por la expansión gris de Londres.

Su madre había vuelto a insistir en que quería regresar a Dinamarca. Para ella, seguía siendo su hogar. Pero Christian ya no sentía ese país como suyo. Sabía que no había vuelta atrás. Su padre no estaba dispuesto a firmar los papeles que permitirían su salida de la clínica. El médico tampoco lo consideraba prudente. Así que Christian tenía tres opciones: ignorar la petición de su madre, convencer a su padre para que la dejara irse o asumir él mismo la responsabilidad de cuidarla. Sabía que la tercera opción era absurda. Ni siquiera podía manejar su propia vida, mucho menos la de su madre.

Suspiró y cerró los ojos. Intentó no pensar en ello. Entonces, un reflejo en la ventana captó su atención.

Alguien lo observaba.

Christian entreabrió los ojos mientras fingía que no se había dado cuenta. Era un hombre, sentado varios asientos más adelante, con el pelo gris, bien peinado. Llevaba un abrigo negro que colgaba de sus hombros y un bastón apoyado en el asiento. Sostenía un periódico

en las manos, pero no leía. De vez en cuando, levantaba la vista y lo miraba.

Christian sintió un escalofrío. Intentó ignorarlo. Pero cada vez que miraba de reojo, aquellos ojos seguían fijos en él.

El vagón estaba vacío.

Aquel hombre pasó una página del periódico con lentitud. Como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Christian se removió en el asiento, con el pulso acelerado. El instinto le decía que tenía que moverse.

Se levantó. Pero justo cuando estaba a punto de cambiar de vagón, la voz del hombre lo detuvo.

—¿Tiene hora? —preguntó con un acento claramente americano.

Christian no giró la cabeza.

—No.

Siguió caminando.

—Trabaja en el hotel Nadler, ¿no es así?

Se detuvo en seco. Su sangre se heló. El ruido del tren se convirtió en un zumbido lejano. Ese hombre sabía quién era. ¿Quién demonios era él? ¿Un periodista? ¿Policía encubierto? ¿O algo peor? Apretó los puños. Trató de no mirar atrás.

—¿Le puedo hacer unas preguntas?

El tono del hombre era calmado, demasiado casual para no ser una trampa.

Christian aceleró el paso.

—No sé de qué me habla.

El traqueteo del tren vibró en sus piernas. Podía sentir la mirada del hombre perforándole la espalda.

—Solo quiero hablar un momento.

Christian ya no escuchó el resto. Debía llegar a otro vagón. Uno con más gente. Un sitio donde sentirse a salvo.

El tren desaceleraba. Llegaban de vuelta a Charing Cross. Christian aceleró el paso. Y entonces, ocurrió. Todo pasó muy rápido. Antes de llegar al final del vagón, sintió un pinchazo en la nuca. Un dolor repentino lo dejó aturdido, incapaz de procesar lo que acababa de suceder. Giró. Vio al hombre que retiraba una jeringa. El terror lo golpeó como un mazazo. Trató de correr, pero sus piernas fallaron. El líquido se propagaba por su sistema como un reguero de fuego líquido. Agarró el respaldo del asiento, pero sus dedos se resbalaron. Su cuerpo no le obedecía y su visión se empañó. Los colores del vagón se distorsionaron y bailaban en sombras y luces parpadeantes. El mundo entero se inclinó. Su cuerpo se negó a responderle y el pulso se disparó. Sintió un sudor frío en la frente y el corazón martilleando en el pecho.

Dos hombres más aparecieron de la nada. Lo agarraron de los brazos antes de que pudiera desplomarse. Uno era alto, fornido, con barba espesa. El otro, de complexión media, tenía la expresión impasible de un hombre que había hecho esto muchas veces antes.

Christian quiso gritar, pero su garganta se cerró.

—Nos vamos de despedida de soltero —susurró uno de ellos, burlón.

El hombre alto le colocó una corona de plástico en la cabeza y unas gafas de sol sobre los ojos. El otro le ajustó una banda rosa en el pecho.

—Vamos, colega, casi llegamos a casa.

Las voces sonaban lejanas. Christian se tambaleó. Las imágenes se fundieron en sombras difusas mientras el tren se detenía en Charing Cross. Intentó luchar, moverse, algo… pero su cuerpo no respondía. La multitud siguió sin prestar atención a lo que estaba pasando. Abrió la boca para gritar ayuda, pero solo salió aire.

Los hombres lo arrastraron fuera del vagón.

—Menuda despedida, ¿eh? —rio uno de ellos.

La luz de la estación le hirió los ojos. Alguien le presionó la cabeza hacia abajo. Lo metían en un coche. Oyó un portazo y el coche arrancó.

Sintió su mente apagarse. Su cuerpo, pesado como el plomo, se rindió al veneno. La última imagen en su cabeza fue la de su madre.

Volver a casa.

La oscuridad se tragó su visión, pero antes de desvanecerse, vio el brillo de un anillo dorado en una mano firme.

27

Christian despertó sobresaltado, con la sensación de que todo su cuerpo estaba bajo un peso invisible y aplastante. Un olor fuerte y químico, parecido al amoníaco, le quemaba las fosas nasales, y lo obligó a toser. Tragó saliva, pero tenía la boca seca como el desierto. Estaba sentado en una silla y atado de pies y manos con una venda que no dejaba pasar ni una pizca de luz.

¿Dónde demonios estaba?

Recordó el tren, el misterioso americano, la jeringa… después, nada. Oyó el eco de pasos acercarse y el sonido de unas ruedas como un carrito de supermercado o un equipo médico. De repente, unas manos grandes lo sujetaron. Tiraron de su brazo con rudeza. La cuerda se aflojó por un instante solo para volver a apretarse de nuevo.

Un escalofrío recorrió su espalda. Intentó girar la cabeza, pero solo sintió la presión de la venda en su piel.

—¿Qué… qué quieren? ¿Dónde estoy?

—Las preguntas las hacemos nosotros —dijo una voz con acento americano que reconoció como la voz del hombre que se encontró en el tren—. ¿Seguro que tenemos al tipo correcto?

—Sí, jefe —contestó una segunda voz, con acento británico—. Este es el joven que estuvo con Alan Pennington la noche de su muerte.

—¿Un prostituto?

—No, recepcionista del hotel.

—Vaya… la virtud de un joven atractivo.

Christian sintió que le manipulaban el brazo. Algo le rodeó el bíceps y lo apretó como si le estuvieran tomando la tensión.

El americano habló de nuevo.

—Ahora te vamos a hacer unas preguntas y nos vas a contar la verdad.

—No sé nada —balbuceó Christian y sacudió la cabeza e intento quitarse la venda.

El americano chasqueó la lengua.

—Todavía no le he preguntado nada.

De repente, la venda de sus ojos se desprendió y una luz intensa lo cegó. Parpadeó varias veces, tratando de enfocar la vista. Las siluetas a su alrededor eran borrosas al principio, pero poco a poco distinguió estanterías de metal, cajas apiladas y a unos metros, una figura imponente apoyada en un bastón.

Entonces sintió un pinchazo. Algo caliente entró en su torrente sanguíneo. Su mente se despejó de golpe. Era una sensación extraña. Como si el mundo se tornara más nítido, más vívido, más real. Lo habían drogado de nuevo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el americano.

—Chris… Christian —respondió. Las palabras salieron sin filtro.

—¿Qué hiciste la noche del pasado viernes?

—Fui a trabajar al hotel —respondió rápidamente, con una franqueza que lo sorprendió.

¿Qué demonios estaba pasando?

—¿Y qué más?

—Estaba cachondo —dijo, sintiendo un extraño impulso de reír.

—¿Y después?

Christian era incapaz de detener lo que decía.

—Un huésped habló conmigo.

—¿Quién?

—Alan Pennington.

—¿Qué te dijo?

—Me pidió ayuda para abrir la puerta. El cerrojo de las puertas es viejo. El nuevo gerente no las quiere cambiar. Son puertas que…

—¿Qué más?

—Me invitó a pasar.

—¿Tuvisteis sexo?

—Dos veces.

Se escucharon risas contenidas alrededor.

—¿Y después?

—Volví a recepción para hacer mi turno.

—¿Te dijo algo el señor Pennington?

—Me pidió *poppers*.

—¿Algo que no tuviera que ver con el sexo?

Christian pausó un segundo.

—No.

—¿Seguro?

Una presión le atenazó la cabeza. La pregunta lo hacía dudar de su propio recuerdo.

—Jefe, el polígrafo no marca cambios. Dice la verdad.

El americano suspiró, decepcionado.

—Continúa —le ordenó.

Su cerebro se congeló. No podía responder.

—Jefe, tiene que ser más específico con las preguntas.

—Está bien. ¿Te habló de su trabajo?

—No.

—¿Te dio algo?

—No.

—¿Papeles, un mensaje, información?

—No, no y no.

Las cuerdas en sus muñecas y tobillos apretaban cada vez más. El dolor era insoportable.

—No sabe nada, jefe.

Hubo un silencio tenso.

—Ya me he dado cuenta. No entiendo por qué están buscando a este pobre diablo.

Christian no comprendía.

¿Qué estaban buscando?

El americano murmuró algo ininteligible. Uno de los hombres presionó el frío cañón de una pistola contra su sien.

El miedo lo paralizó. Un sudor frío le recorrió la espalda.

—¿Le hacemos desaparecer, jefe?

El corazón de Christian latía en su garganta. Iban a matarlo. Trató de hablar. Suplicar, pero las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta.

El americano suspiró con resignación.

—Ingleses… siempre tan pragmáticos. No, por Dios. No quiero que se derrame sangre. No es nuestro estilo.

Aquel hombre apartó el cañón de su frente.

Christian exhaló de golpe, pero su respiración seguía entrecortada.

—Devuélvanlo al agujero de donde salió —ordenó el americano —. Cuando despierte, si tiene suerte, la policía lo arrestará antes de

que el núcleo disidente lo elimine. No sabe nada, pero es escurridizo como una rata. Me cae bien. Que se vaya.

Christian intentó procesar lo que acababa de ocurrir.

¿Lo iban a liberar?

Entonces sintió un beso en la frente. El contacto lo dejó aún más desconcertado.

—Vamos, chico —dijo el americano dándole una palmada en la mejilla, casi con ternura—. Hoy tienes suerte.

Le pusieron de nuevo la venda mientras lo arrastraban lejos.

28

Christian entró en el camerino de Sam con el cuerpo pesado, el cansancio y los efectos residuales de la droga lo hacían sentir como si el suelo se moviera bajo sus pies.

Lola Lush, como se hacía llamar Sam en el escenario, actuaba esa noche, y el espectáculo se prolongaría hasta la madrugada.

Christian le había pedido quedarse una noche más. La última.

Cada vez que cerraba los ojos, sentía la pistola fría en su sien, el beso en la frente que el americano le había dado como si fuera una cruel despedida. No podía regresar a su habitación. No podía ir al hotel. Tampoco podía ir a la policía. Ya lo había intentado. Nadie creería la historia de un recepcionista en el lugar equivocado a la hora equivocada.

La voz del americano volvía a su cabeza:

«Si tiene suerte, la policía lo arrestará antes de que el núcleo disidente lo elimine».

Era como si una tela de araña se apretara a su alrededor, atrapándolo. Se dejó caer en el sillón del camerino y encendió la televisión para intentar ahogar el caos en su mente. El programa musical Top of the Pops mostraba a artistas del momento. Anunciaron el nuevo video de George Michael, *Freedom* que saldría

el martes treinta de octubre. Subió el volumen. Hacía unas semanas que había asistido a un evento en un club donde mostraron un avance del nuevo video musical. El videoclip *Freedom* había causado revuelo. George se negaba a aparecer en pantalla; en su lugar, supermodelos protagonizaban el video. Quemaba su chaqueta de cuero y se liberaba.

Aquel acto resonaba con él de una manera que no podía explicar. Entonces, su mirada bajó a su propia chaqueta. Era el mismo modelo. Cuero negro mate, diseño clásico, inspirado en las chaquetas de motociclista que se popularizaron en décadas anteriores. La había comprado en una tienda vintage de Camden cuando los días eran más simples. Bolsillos con cremalleras, dos en el pecho, dos en la cintura, y un bolsillo interior oculto.

Por instinto, deslizó la mano en el interior. Sus dedos tocaron algo. Algo sólido, diminuto. Sacó un pequeño frasco de vidrio oscuro y lo miró bajo la luz tenue del camerino.

Poppers.

En la etiqueta se podía leer las palabras *Golden liquid*. En la otra cara de la etiqueta mostraba advertencias de uso y el símbolo de peligro en forma de triángulo de tráfico con los bordes rojos.

El asesor político lo había inhalado y había entrado en esa euforia efímera…

Lo agitó.

Nada. No era posible que ya estuviera vacío.

Frunció el ceño. Lo había comprado en Prowler, en el Soho. Lo recordaba bien. Justo aquella noche.

Volcó el contenido en su mano. Vacío. Pero… no del todo. Había algo dentro. Un papel. Una pequeña nota, cuidadosamente enrollada en su interior. El pulso se le aceleró mientras sacaba la diminuta nota enrollada. La desplegó y apareció un mensaje:

«Princess 35».

Christian se quedó helado. Toda la persecución, toda la paranoia, la policía falsa, el americano y su interrogatorio…

¿Era por esto?

No. No podía ser. No tenía sentido. O sí.

El miedo lo atravesó de golpe.

Apagó la televisión de un manotazo. Guardó la nota y se levantó de golpe. Vio por la ventana que en la calle, la lluvia empezaba a caer, y la ciudad se cubría de un velo gris y mojado. Se colocó una gorra para ocultar su pelo rubio y agarró un paraguas que alguien había olvidado y salió del camerino.

Caminó sin rumbo alerta a cada sombra que pasaba.

Un par de horas más tarde, llegó a la sauna Chariot en Vauxhall. El neón azul parpadeaba sobre la entrada. Un lugar donde nadie hacía preguntas.

Entró y pagó sin levantar la vista. El olor a lejía y humedad lo envolvió. Un escondite imperfecto, pero mejor que nada.

Un hombre pasó a su lado con una toalla enredada en la cintura.

Encontró una cabina pequeña. Cerró la puerta, deslizó el cerrojo y se tumbó en la colchoneta plastificada.

El código seguía en su mano, como si quemara.

«Princess 35».

Se acurrucó en un rincón, abrazándose a sí mismo. ¿Qué significaba? ¿Qué demonios había descubierto? Cerró los ojos. Aquella noche, en la penumbra de la sauna, supo que estaba más solo que nunca.

29

Christian despertó desorientado con una toalla alrededor de la cintura, pegada a su piel por el sudor de una pesadilla que no recordaba. Se frotó los ojos para sacudirse el entumecimiento de sus músculos. El recuerdo del americano, la pistola fría contra su sien y el beso en la frente lo golpeaban de nuevo. Ese beso… tan macabro como inesperado. Lo iban a matar. Y sin embargo, no lo hicieron.

Se incorporó con esfuerzo de la colchoneta plastificada y deslizó el cerrojo de la cabina con un chasquido seco. Era hora de irse.

La luz fluorescente del pasillo lo cegó por un instante. Parpadeó varias veces hasta que su visión se ajustó. A esas horas de la mañana, solo quedaban unos pocos clientes dispersos.

Un hombre mayor, de piel curtida por los años y los excesos, dormía con la boca entreabierta con una toalla que se deslizaba sobre sus caderas. A unos metros, dos jóvenes delgados, demacrados por noches de insomnio y drogas, compartían un cigarrillo, apoyados contra la pared. En la piscina de hidromasaje, dos hombres, uno rubio y otro moreno, intercambiaban miradas cómplices.

Al llegar a las duchas, dejó caer la toalla al suelo. El agua, al principio fría, pronto se tornó tibia, y Christian se paró bajo el chorro

y permitió que la sensación de normalidad lo invadiera. Al menos por unos segundos. Apoyó la frente contra las baldosas húmedas y el agua corrió por su espalda. Su mente no paraba de procesar las últimas horas: el americano, el interrogatorio, la pistola fría, el beso en la frente, el código en el frasco de *poppers*. ¿Qué significaba ese código? «Princess 35».

Se secó con la misma toalla áspera y se vistió. Al meter la mano en el bolsillo de su chaqueta de cuero, sus dedos toparon con la nota. Seguía ahí. Un impulso irracional le hizo apretarla con fuerza. Cruzó la recepción. El hombre tras el mostrador, cincuentón, con la camisa de colores desabotonada y cara de resaca, ni lo miró.

Christian puso la llave de la taquilla sobre el mostrador.

—Buenos días.

El recepcionista no respondió. Estaba absorto en la pequeña televisión de tubo que emitía las noticias de la mañana.

Al principio, no le prestó atención. El murmullo de las noticias era solo ruido de fondo.

Hasta que la vio. Su jodida cara en televisión.

El estómago se le hundió.

No.

No, no, no.

Se quedó paralizado. Era su foto. Su nombre. Su descripción.

El titular, en letras blancas:

«Asesor del gobierno encontrado muerto en extrañas circunstancias».

El presentador, con tono grave, narraba la noticia:

—En un desarrollo inesperado y preocupante, la Policía Metropolitana de Londres ha emitido una orden de búsqueda y captura para un joven recepcionista de hotel de 25 años, en conexión con la reciente muerte del asesor político Alan Pennington.

Christian sintió que el suelo se hundía bajo sus pies.

Las imágenes mostraban la fachada de un edificio gubernamental, luego un cuerpo que los paramédicos trasladaban en una bolsa negra Y entonces apareció. Su foto. Una antigua, la que el gerente del hotel le tomó cuando empezó a trabajar. Junto a ella, su descripción en pantalla.

Edad: 25 años

Estatura: 1,82 metros

Complexión: Atlética

Cabello: Rubio

Ojos: Azules

Última vestimenta conocida: Pantalones vaqueros, camiseta y chaqueta de cuero negro.

El inspector jefe, Philip Harris, quien lidera la investigación, hizo una declaración pública:

—… necesitamos contactar con ese joven para clarificar su posible implicación en este caso.

Christian sintió el pulso en la garganta.

El recepcionista alzó la vista. Su expresión cambió. Christian lo vio dudar. Entonces, cruzó la puerta antes de que pudiera decir palabra y cuando salió a la calle, se puso unas gafas de sol en un día nublado y una gorra.

«Chico listo».

La voz de Alan Pennington volvió a su mente. La sonrisa coqueta del asesor político mientras maniobraba la llave en la cerradura. El eco de aquellas palabras lo hizo detenerse. Necesitaba encontrar una manera de probar su inocencia.

La verdad lo haría libre.

¿Dónde escuchó esa frase?

Entonces supo a dónde tenía que acudir. Ajustó la gorra y se dirigió a la estación de Farringdon.

30

El café Press and Brew ocupaba una discreta esquina en Farringdon Road, a pocos pasos de la entrada principal de *The Guardian*.

A media mañana, la acera bullía con el ir y venir de periodistas, algunos con cigarrillos a medio consumir entre los labios, otros llevaban bolsas con bocadillos y cafés humeantes.

Christian estaba sentado en la terraza, en una de las tres pequeñas mesas de hierro forjado, bajo el toldo de rayas verdes y blancas. Su taza de té se enfriaba frente a él. Llevaba una gorra y gafas de sol para disimular su aspecto.

El frío otoñal mordía el aire, o quizá eran los nervios, lo que hacía que su pierna derecha repiqueteara contra el pavimento sin que se diera cuenta.

Cada vez que la puerta del periódico se abría, bajaba la cabeza y fingía interesarse en la taza de té.

En ese momento, el camarero, un hombre de cuarenta y tantos y con un pendiente en una oreja, salió con otra taza de té.

—¿Seguro que no quieres entrar? Hace un frío de mil demonios.

—Soy danés. Estoy acostumbrado al frío.

Se mordió la lengua. No debería haber dicho eso.

El camarero se encogió de hombros y desapareció en el interior del café.

Christian giraba la tarjeta entre los dedos.

Jade Kingston. Periodista de Investigación. Las letras negras resaltaban sobre el fondo blanco. Justo debajo, el logotipo de *The Guardian* en gris oscuro le daba un aire de autoridad. En el reverso, una frase en cursiva:

«La verdad te hará libre».

Christian la giró entre los dedos. Esas palabras resonaban en su cabeza como una advertencia. Parecía una cita sacada de algún pasaje de la Biblia. O el lema de alguna institución académica. O el prólogo de algún autor sobre ensayos teológicos.

Entonces la vio. Jade Kingston cruzaba la puerta del edificio con una compañera. Christian se irguió en la silla mientras su corazón se aceleraba.

La periodista llevaba un abrigo largo y una bufanda roja y el cabello recogido en una coleta baja. Su piel oscura contrastaba con el gris del día. La mujer que la acompañaba era rubia y vestía una chaqueta con hombreras exageradas y modernas. Pasaron junto a él y entraron en el café.

Christian contuvo el aliento. Se quitó la gorra y las gafas y se quedó mirando a Jade. Sus ojos se encontraron. Ella lo reconoció. Christian levantó una mano en un saludo apenas perceptible. Jade se quedó inmóvil un instante, evaluándolo. Luego sus labios se fruncieron, como si como si dudara entre dos opciones. Su compañera se acercó con un paquete de tabaco. Él reaccionó instintivamente: volvió a encasquetarse la gorra y a ocultarse tras las gafas antes de bajar la cabeza.

Jade le dijo algo a su amiga y salió a la calle con paso seguro.

—¿Quieres hablar conmigo?

Su compañera, ajena al momento, seguía en la barra mientras añadía azúcar a su café.

Él asintió varias veces.

Jade se detuvo en la entrada y se volvió hacia su compañera, que recogía una bolsa con sándwiches que el camarero acababa de entregarle.

—Katy, dile a Darren que me retrasaré.

Katy giró la cabeza hacia Christian, examinándolo.

—No le va a gustar.

—Dile que es un asunto familiar.

—Pues eso le va a gustar aún menos —bufó Katy—. Desde que lo dejó su mujer, está insoportable.

—Déjamelo a mí.

Katy se encogió de hombros y salió del café.

Jade se sentó frente a Christian y encendió un cigarrillo. Sus uñas rojas brillaban contra el filtro blanco.

—Tú dirás.

Exhaló el humo en una fina línea que se desvaneció en el aire frío.

—Aquí no. En algún sitio más tranquilo.

Ella lo estudió a través del humo. Aplastó el cigarrillo en el cenicero y se puso en pie.

—Está bien. ¿Dónde quieres ir?

Ahora era Christian quien estudiaba a Jade. Lo más extraño de todo era que ella no parecía tenerle miedo. O, si lo tenía, sabía disimularlo muy bien.

31

CHRISTIAN ESTABA SENTADO en un banco en Soho Square, inclinado hacia delante con los codos apoyados en las rodillas. Sus dedos tamborileaban contra su muslo con impaciencia. Finalmente, sacó un pequeño frasco de *poppers* del bolsillo y se lo tendió a Jade.

Ella lo tomó y lo giró entre los dedos con aire pensativo.

—¿Qué es esto?

La luz del mediodía se reflejaba en el vidrio, lanzaba destellos intermitentes. Sin esperar respuesta, lo destapó con un chasquido seco. Un pequeño papel enrollado asomó por el borde.

Frunció el ceño y lo extrajo con cuidado.

—«Princess 35». —Lo leyó en voz alta y alzó la vista hacia Christian—. ¿Qué significa esto?

Christian se pasó una mano por el rostro.

—No lo sé. ¿Un código? ¿Una contraseña? Creo que el asesor lo metió dentro la noche en la que estuve con él en su habitación. —Respiró hondo—. Pero yo no tuve nada que ver con su muerte.

Jade no levantó la vista.

—Ya me lo has dicho varias veces.

—Tu periódico lo ha proclamado a bombo y platillo.

—No es «mi» periódico. Publicamos lo que dicen las autoridades o nuestras fuentes. ¿Has hablado con la policía?

—Ya lo hice.

—¿Y?

—No me creen.

Ella lo estudió con una mirada larga.

—¿Por qué tendría que creerte yo?

Christian dejó de mover los dedos.

—La noche en que hablé contigo, cuando volví a casa, encontré mi habitación hecha un desastre. Alguien había estado registrándola. A la mañana siguiente, dos hombres se presentaron como policías y me dijeron que querían «hablar» conmigo. Me escapé y fui al hotel para avisar a la policía, pero solo conseguí incriminarme más. Al día siguiente, me encontraron. Intenté escapar, pero no pude.

Ella levantó la vista.

—¿Quiénes?

—No eran policías. Me raptaron, me drogaron y me interrogaron.

Los ojos de Jade se abrieron como platos.

—¿Los mismos tipos que pasaron por tu casa?

—No lo sé. Creo que no. Quien me interrogó era un americano. Querían sacarme información. —Señaló la nota—. La encontré más tarde por casualidad. Y no sé nada. ¿Lo entiendes? No sé nada.

Ella se quedó mirando la nota una vez más.

—Si lo que dices es verdad, esto podría convertirse en una gran historia.

Christian chasqueó la lengua.

—Solo quiero limpiar mi nombre.

Ella arqueó una ceja.

—¿Por qué yo?

Christian sacó su tarjeta de presentación y la giró lentamente entre los dedos.

—«La verdad te hará libre».

Jade sonrió de lado y volvió a girar el frasco entre los dedos con gesto pensativo. Luego tomó el papel y lo releyó en silencio.

—Si quieres que te ayude, necesito contactos. Tengo que averiguar qué significa este código.

—¿Piensas llevarlo a la policía?

—Ni loca —respondió con firmeza—. Primero quiero saber quién se esconde detrás de esto.

—¿Y quién crees que puede ser?

Jade soltó una leve carcajada.

—¿De verdad no ves las noticias?

—Las noticias son deprimentes. Prefiero el sexo y la fiesta.

—Pues el sexo y la fiesta no te van a sacar del agujero en el que estás metido. —Se puso de pie—. Vamos. Tengo que hacer unas llamadas.

Christian la siguió mientras ella se dirigía hacia una cabina telefónica en la esquina de la calle.

—Pero nada de policía —insistió él.

—Nada de policía —repitió Jade, abriendo la puerta de la cabina —. Serán los últimos que se enteren de esto.

—¿A quién vas a llamar?

—Primero a mi jefe, para decirle que me tomo el día libre. No le contaré nada que no sea estrictamente necesario.

—¿Nada que no sea estrictamente necesario?

—Tranquilo. Ya me inventaré algo.

Jade tomó su mano, pero Christian la apartó con cautela.

—¿Me crees?

—Lo que importa es si te creerá la policía. Cuantas más pruebas tengamos, mayor será la posibilidad de que salgas de esta. —Christian no supo si sentirse aliviado o aún más inquieto. Ella se inclinó un poco más hacia él—. Primero, necesitas mantenerte oculto. Si la policía o quien sea que está detrás de esto te encuentra antes de que podamos descubrir qué es esta clave, estás acabado. Y segundo, necesitamos saber exactamente qué ocultaba Alan. —Se guardó la nota en el bolsillo—. Porque lo que sea, le costó la vida.

Christian se apoyó contra una farola con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta. Sus ojos no se apartaban de Jade. Ella abrió su libreta, insertó unas monedas y giró el disco, marcando un número. Él intentó leer sus labios desde la distancia, pero solo captó palabras sueltas.

—No puedo… más tarde… es importante.

La llamada duró unos cinco minutos. Jade colgó, metió más monedas y marcó otro número sin consultar la libreta. Debía ser un número que conocía bien. Asentía con frecuencia, casi mecánicamente. Alguien de su entorno personal. Quizás alguien de la familia o un amigo. Esa llamada apenas duró un minuto. Luego se quedó un momento inmóvil dentro de la cabina, como si estuviera decidiendo qué hacer a continuación. Sacó más monedas, pero esta vez dudó antes de marcar el número.

Christian vio cómo su expresión cambiaba. Algo era diferente. Durante los ocho minutos siguientes, su rostro pasó de la seriedad a la frustración. Apretaba la mandíbula, se pasaba una mano por la frente, asentía de mala gana.

El frío se colaba por el cuello de la chaqueta de Christian. Se preguntó por qué demonios necesitaba hablar con tanta gente.

Finalmente, Jade colgó el auricular y salió de la cabina, frotándose las manos para calentarlas. Su sonrisa era forzada.

—Todo listo. Vamos.

Él no se movió.

Jade debió notar su incomodidad porque le tomó el brazo con una familiaridad que lo hizo tensarse.

—Tenía que cancelar una cita con el médico y avisar a mi jefe —explicó con naturalidad—. No te preocupes, estoy contigo.

Christian no respondió. La cuestión ya no era si Jade Kingston creía en él. La cuestión era si él podía confiar en Jade Kingston. Podía delatarlo en cualquier momento. Podía ir a la policía y contarles sobre el código. Pero la policía no quería respuestas. Querían un culpable. Y él era la opción perfecta.

Jade era su única oportunidad.

Por ahora.

Christian la observó un instante más. Lo ayudaría, sí. Pero no por él. No por justicia. Porque era una historia. Un golpe para su carrera.

Nada más.

Y nada menos.

—¿A dónde vamos? —preguntó Christian.

Jade echó a andar sin volverse.

—A buscar respuestas.

32

EL TRAYECTO desde Soho Square hasta la Biblioteca Nacional era de media hora a pie. El viento otoñal revolvía las hojas caídas y las alzaba en remolinos sobre las aceras. Llegaron a Oxford Street. Los autobuses rojos de dos pisos y los taxis negros avanzaban a trompicones por el tráfico.

—¿Por qué la Biblioteca Nacional? —preguntó Christian.

Jade mantuvo el ritmo.

—Conozco a alguien que podría ayudarnos a descifrar el código.

—¿Un amigo tuyo?

—Nunca lo he visto en persona.

Christian la miró de reojo.

—Entonces, ¿cómo lo conoces?

—Es un lector fiel. Ganó el jeroglífico del mes.

—¿Me estás diciendo que nuestra mejor oportunidad es un aficionado a los acertijos?

—¿Tienes una mejor opción?

Él no respondió.

El camino se hizo más silencioso en Gower Street, donde los edificios georgianos daban un aire académico a la zona. Finalmente, llegaron a Euston Road. La Biblioteca Nacional apareció ante ellos.

Jade se detuvo en la entrada y giró hacia él.

—¿Me esperas aquí?

—No.

Ella resopló.

—Pues no te quites la gorra. No quiero que te reconozcan.

Acto seguido, empujó las puertas de vidrio y entraron. Se acercaron al mostrador. Jade sacó sus credenciales y las deslizó sobre el escritorio del auxiliar de bibliotecas, un hombre de expresión aburrida que apenas levantó la vista.

—Me gustaría hablar con el señor Edwin Forrester.

—¿Tiene cita?

—Sí —mintió Jade sin vacilar.

El hombre miró a Christian.

—¿Y él?

—Mi ayudante. Está en prácticas.

El auxiliar marcó un número en el teléfono.

—¿Su nombre?

—Kingston. Jade Kingston.

El bibliotecario esperó con el auricular pegado a la oreja.

—No hay ninguna cita programada con el señor Forrester.

Jade se inclinó sobre el mostrador.

—Mire, ya ha visto que soy periodista de *The Guardian*. El señor Forrester ganó recientemente un concurso de jeroglíficos y queremos entrevistarlo. Mi jefe me lo encargó esta mañana y no tuvimos tiempo de avisarle.

Christian contuvo la respiración.

El bibliotecario volvió a marcar, murmuró algo al teléfono y colgó.

—Pasen. Les espera en la oficina al final del pasillo, a la izquierda. —Señaló con la barbilla.

Jade le dedicó una sonrisa de agradecimiento y avanzó sin mirar atrás. Christian la siguió.

El pasillo era largo y silencioso. En el marco de una de las oficinas, un hombre los observaba con ojos agrandados tras unas gafas redondas, como si la vida entera se le hubiera quedado atrapada en esos cristales gruesos. Era bajo, encorvado, con una chaqueta de franela tan antigua como los libros que lo rodeaban. Los parches en los codos estaban gastados y los botones colgaban de un hilo.

Jade carraspeó.

—¿Señor Forrester? Soy Jade Kingston, de *The Guardian*.

El hombre les estrechó la mano con dedos manchados de tinta y los hizo pasar.

—Sé quiénes son. Por favor, tomen asiento.

Su voz tenía un tono emocionado, como si esperara este momento desde hacía mucho tiempo. La oficina era un caos de papeles, libros viejos y documentos desordenados. En el escritorio, una pila de cuadernos amenazaba con derrumbarse.

—¿Habrá foto? —preguntó Forrester con una sonrisa mellada.

—¿Foto?

—Para la entrevista.

Jade improvisó.

—Por supuesto. Hoy no, porque el fotógrafo está enfermo, pero pasará en estos días, si no le importa.

El entusiasmo del bibliotecario se desinfló de inmediato.

—Oh. Bueno… Siéntense. Me alegra que quieran entrevistarme. Soy un fiel lector del *The Guardian*.

Jade forzó una sonrisa mientras apartaba unos papeles de la silla y se sentaba. Christian hizo lo mismo, pero mantuvo la mirada en Forrester.

El entusiasmo del hombre volvió como si lo hubieran encendido con un interruptor.

—¿Necesitan papel?

Jade fingió interés y sacó su bloc de notas.

Forrester se frotó las manos y se inclinó hacia delante.

—El jeroglífico, en su sentido original, es un sistema de escritura usado por los antiguos egipcios. Representaban objetos, sonidos, conceptos…

Christian escondió un bostezo. Jade asentía, fingiendo tomar notas mientras el bibliotecario seguía divagando.

—… Hoy en día, llamamos «jeroglífico» a cualquier enigma visual que combine imágenes, letras o números. Por ejemplo, si ven un ojo, una letra «C» y un reloj, podrían leerlo como *I see time*, «Veo el tiempo». Fascinante, ¿no?

Christian miró a Jade con una mezcla de frustración e impaciencia.

Y entonces, lo escuchó. Un sonido sutil, pero inconfundible. Pasos en el pasillo. No les prestó atención al principio. Otro visitante de la biblioteca, asumió. Pero había algo distinto. Un patrón.

Tac. Paso. Tac. Paso.

El sonido de un bastón apoyándose en el suelo con cada movimiento. El corazón de Christian se aceleró.

Forrester seguía hablando, pero sus palabras se desvanecieron en el fondo.

Tac. Paso. Tac. Paso.

Cada golpe seco contra el suelo resonaba más fuerte. Christian sintió cómo la adrenalina se apoderaba de su cuerpo y una presión en el pecho. Los músculos se tensaron y el latido del corazón se aceleró.

—¿Pasa algo? —preguntó Jade.

Él no respondió. Su pierna derecha empezó a temblar.

—¿Christian?

Tac. Paso. Tac. Paso.

El sonido estaba justo al otro lado de la puerta. Christian giró la cabeza con los puños apretados. Y entonces, la vio. Una mujer mayor que cruzaba el pasillo apoyándose en su bastón, ajena a su presencia. El aire abandonó sus pulmones. Falsa alarma. Simple paranoia. Respiró hondo. Todo volvió a la normalidad.

—Estoy bien —murmuró, pasándose una mano por la cara. Se aclaró la garganta y miró a Forrester—. Continúe.

Jade aprovechó la pausa para cambiar de tema.

—He tomado nota de todo lo que nos ha contado y es sumamente interesante. Tenemos una prueba más.

Deslizó la notapor la mesa.

—¿Le dice algo este nombre?

Forrester ajustó sus gafas y la examinó.

—«Princess 35». ¿Princesa treinta y cinco? ¿Es una broma?

—No. Es un código.

Forrester giró el papel en sus manos, como si buscara la clave oculta.

—Las adivinanzas tienen frases completas, no solo palabras sueltas.

—¿Y esta raya? —insistió Jade.

El bibliotecario fijó la vista.

—No es una raya. Parece más una onda, como si el bolígrafo estuviera fallando y alguien estuviera probándolo. —Se acercó más —. Aunque… la onda se asocia con el agua. Un río, el mar…

Jade lo interrumpió.

—Si fuera el mar, ¿qué podríamos decir de «Princesa» y «35»?

Christian respondió antes de que Forrester pudiera hacerlo.

—Es el modelo de un barco.

Jade y el bibliotecario se giraron hacia él. Forrester ladeó la cabeza, pensativo.

—Podría ser… sí. —Y entonces entrecerró los ojos—. Por cierto, ¿no lo he visto antes en algún sitio?

El cuello de Christian se tensó.

—No —intervino Jade, todavía sorprendida por el hallazgo—, no lo ha visto en ninguna parte.

Christian no esperó a más preguntas. Se levantó y salió de la oficina sin despedirse.

Jade le dedicó una sonrisa rápida al bibliotecario.

—Gracias por su tiempo.

Luego, lo siguió hasta la puerta. Fuera, encendió un cigarrillo y exhaló una bocanada de humo.

—Creo que hemos encontrado algo.

—¿Hemos? —El tono irónico bastó para dejar claro lo que pensaba. No podía ser tan simple—. ¿Por qué demonios un asesor político dejaría escrito el modelo de un barco en un papel dentro de un bote de *poppers*?

—¿Hay una cabina cerca? Necesito hacer algunas llamadas.

—Allí —señaló Christian—. Pero esta vez, yo estaré delante.

Jade puso los ojos en blanco, pero no discutió. Dentro de la cabina, llamó al periódico y habló con un compañero. Escuchó en silencio.

—Repite eso… Vale. Gracias. —Colgó y miró a Christian—. Mi compañero me confirmó que «Princess 35» es, efectivamente, un modelo de un yate de lujo. Nuestro asesor político era un entusiasta de los barcos. Y lo mejor de todo es que tiene uno atracado en St Katharine Docks.

—¿Qué modelo?

—Eso no me lo dijeron.
Jade salió de la cabina y levantó la mano para llamar a un taxi.
—A St Katharine Docks, por favor.
Christian entró detrás de ella.
El taxi arrancó y los sumergió en el tráfico de Londres.
—¿Cómo demonios vamos a entrar ahí? —preguntó Christian.
Jade se quedó pensando.
—Ya se me ocurrirá algo.
Le puso la mano en la pierna en un gesto casual.
—Buen trabajo.
Él no dijo nada.
Ella iba detrás de una historia, pero él iba detrás de su libertad.

33

El taxi se detuvo frente a St Katharine Docks, donde los yates de lujo flotaban sobre el Támesis como joyas relucientes en una exhibición de riqueza. El sonido de *Freedom* de George Michael resonaba en la radio mientras Christian y Jade bajaban del taxi.

Los antiguos almacenes, convertidos en restaurantes y apartamentos, enmarcaban la escena con un aire de exclusividad. El sol de otoño iluminaba las aguas con destellos dorados.

—¿Qué buscamos exactamente? —preguntó Christian.

Jade se encendió un cigarrillo mientras caminaba a su lado.

—El yate de Pennington —respondió con el humo escapándosele de los labios—. Si dejó su nombre antes de morir, tiene que ser por algo importante.

—¿Y cuándo lo encontremos?

—No sé.

Caminaron por el muelle adoquinado hasta detenerse ante una verja de acceso.

Christian la empujó.

—Está cerrada —dijo resignado—. Era de esperar. ¿Saltamos?

—¿En pleno día? Estás loco.

Antes de que pudiera responder, un guardia de seguridad apareció. Era un hombre negro de complexión robusta, con un uniforme azul marino arrugado que parecía haber visto demasiadas noches de turno. La gorra inclinada, hacía que su cara adquiriera una expresión aún más torpe.

—¿Les puedo ayudar en algo? —preguntó con una voz monótona.

Jade sacó sus credenciales con un gesto rápido.

—Jade Kingston, *The Guardian* —dijo con tono autoritario—. Posible entrevista con George Michael. ¿Se va a quedar ahí parado toda la mañana, o nos abre para que entremos?

El guardia dudó.

—¿George Michael está aquí? No he oído nada de eso.

Jade suspiró, fingiendo impaciencia. Bajó la voz como si compartiera un secreto.

—Exacto. Se supone que nadie debe saberlo. Si la noticia se filtra antes de que salga en el periódico, su jefe será el primero en pedir explicaciones.

Tras un corto silencio, abrió la verja con gesto cansado.

Jade avanzó con decisión.

—No pensé que sería tan fácil —susurró Christian.

—La clave es la actitud —contestó ella con una sonrisa altiva.

Se adentraron en el muelle, rodeados de yates de lujo cuyos mástiles se alzaban contra el cielo grisáceo. Los nombres escritos en elegantes letras cursivas resaltaban en las proas: *Seaside Dream*, *Eternal Wanderer*, *Silver Lining*, *Ocean Whisper*.

Christian miró a su alrededor, confuso.

—Esto es como buscar una aguja en un pajar. ¿Tienes idea de qué forma tiene el yate?

Antes de que Jade pudiera responder, el guardia reapareció, observándolos desde la distancia.

Christian improvisó.

—Pura curiosidad —dijo en voz alta, señalando los yates—. ¿El asesor político Alan Pennington también tiene un yate aquí?

El guardia frunció el ceño.

—¿Me puede mostrar de nuevo sus credenciales?

Jade se adelantó.

—Es mi asistente. Aún no tiene sus credenciales —respondió con tono firme—. Si quiere confirmar, llame al periódico.

Sacó una tarjeta de visita y se la tendió.

El guardia la leyó en voz alta:

—«La verdad te hará libre»… —se rascó la barbilla—. Nuevo Testamento, Evangelio de Juan, capítulo 8, versículo 32. ¿Cree en Dios?

—¿Debería? —Jade dio un paso adelante—. Mire, estoy embarazada. Tengo cuentas que pagar. He venido hasta aquí, es decir —dijo señalando a Christian—, hemos venido hasta aquí con la esperanza de conseguir una maldita exclusiva que justifique que llevo horas de pie. Y ya que estamos, me picó la curiosidad sobre el caso de Alan Pennington. Quizás le pueda echar una mano a un compañero que está preparando un reportaje sobre la polémica muerte del asesor. ¿Nos va a ayudar o va a seguir poniéndomelo más difícil?

El guardia la observó, calibrando su respuesta.

—¿Es cierto que lo encontraron vestido con medias de mujer? ¿Asfixiado en un juego raro?

Jade asintió.

El guardia hizo una mueca de asco.

—He visto las noticias. Un hombre casado, de ideología conservadora… y un… un depravado.

—¿Depravado por morir con las medias puestas? —Christian sintió el tacón de Jade aplastando su pie. Se calló de inmediato.

—Un acto contra natura —respondió el guardia.

Ella retomó el control.

—Solo nos llevará diez minutos —dijo con suavidad, atrayendo su atención.

El guardia la miró de arriba a abajo.

—Eres una negra muy linda.

Ella levantó la mano izquierda y le sonrió.

—Padre jamaicano.

—¿De qué parte?

—Kingston, como mi apellido.

—Yo soy de Portmore —dijo el guardia.

—Justo al lado —comentó ella con un tono coqueto.

El guardia vaciló.

—Mira, yo no he visto por aquí a George Michael. Pero los periodistas os ponéis muy pesados.

Jade le guiñó un ojo.

—Eres un encanto.

Él esbozó una sonrisa y levantó la mano para que lo siguieran.

—Vamos. Pero rápido.

Ellos lo siguieron. Jade le hizo un gesto a Christian para que cerrara la boca mientras seguían al guardia. Se detuvieron frente a un yate.

—No sé qué pueden sacar de particular, pero este es —dijo el guardia—. Justo ayer se puso en venta. Su mujer, supongo.

Jade recorrió con la mirada la embarcación.

—¿*Princess 35*?

El guardia negó con la cabeza.

—No. Es un *Sunseeker Portofino 31*. Es un modelo más pequeño que el *Princess 35*. Y más barato, claro. Aunque los dos son deportivos, este modelo está más enfocado en la velocidad y el rendimiento. Ideal para escapadas rápidas y viajes cortos por la costa. —Y le devolvió el guiñó a Jade.

—¿Lo cambió?

—No, que yo sepa. Ha tenido el mismo yate durante varios años. Pennington es… bueno, *era* muy aficionado a los barcos. Le hubiera gustado algo más sofisticado, como un *Princess 35*, quizás. Pero supongo que no se lo podía permitir.

—Ya…

Christian aprovechó la pausa.

—¿Tienen algún *Princess 35* por aquí?

El guardia cruzó los brazos.

—Tienen mucho interés por ese modelo, ¿no?

—Simple curiosidad —intervino Jade.

El guardia miró alrededor y señaló con un gesto.

—Ese de ahí es un *Princess 35*. Tiene una eslora de treinta y cinco pies y un diseño elegante y clásico.

Christian siguió la dirección de su mano. Un yate de casco blanco y líneas aerodinámicas destacaba en el muelle. La cubierta de teca brillaba con reflejos dorados y los detalles cromados relucían bajo el sol de otoño.

—¿Tienen alguna pregunta más?

—No. Ha sido muy amable —respondió Jade.

—Pues entonces, los acompaño hasta la salida.

Christian y Jade intercambiaron miradas. Ella volvió a mostrar su sonrisa coqueta.

—¿Podríamos quedarnos unos minutos más mientras esperamos a la estrella George Michael? Curiosidad profesional.

El guardia suspiró, exasperado.

—Miren, no quiero meterme en líos. Tengo que hacer una ronda antes de terminar mi turno. Vuelvo en quince minutos. Eso es lo que tienen.

—Muchísimas gracias —dijo Jade con su mejor tono de reportera encantadora.

El guardia se alejó.

—¿Vas tú o voy yo? —preguntó Christian.

—Vamos, los dos. Tenemos menos de quince minutos.

Se movieron rápido. Cuando llegaron hasta el *Princess 35*, Jade se detuvo ante la proa y apoyó una mano sobre el casco.

—¿Has estado en un yate alguna vez?

Christian esbozó una sonrisa.

—Que yo recuerde, no. A menos que haya hecho un crucero cuando estaba borracho.

El sol se reflejaba en los ventanales panorámicos y oscurecía el interior como si fuera un espejo. Jade golpeó suavemente el cristal.

—No parece que haya nadie.

Christian miró de reojo. El guardia no estaba a la vista. Su corazón bombeó más rápido.

—Ahora o nunca. —Se impulsó con las manos y saltó a la cubierta. El yate se balanceó bajo sus pies. Le tendió la mano a Jade —. Vamos.

Ella se agarró fuerte.

Asientos acolchados rodeaban la cubierta. La puerta cedió con un leve chirrido.

Christian entró primero, con los sentidos alerta.

—No hay nadie —confirmó.

El interior del yate olía a cuero y a madera pulida. El salón combinaba lujo y funcionalidad: sofás de cuero blanco, una mesa de madera oscura y paredes revestidas con paneles brillantes. Jade pasó junto a él y recorrió la estancia con las manos.

Christian echó un vistazo a la cocina compacta.

—No me importaría vivir en un sitio como este —comentó, observando los controles de navegación.

—¿Ves algo?

—Lujo.

Jade recorrió la estancia con las manos, palpando las superficies como si buscara un pendiente perdido.

—Aquí no hay nada.

Abrieron la puerta del camarote. La cama matrimonial estaba impecablemente hecha con sábanas blancas y cojines en tonos dorados. Ella abrió los armarios empotrados. Nada.

Christian cruzó al baño. Azulejos de mármol. Grifería cromada. Se miró al espejo. Su reflejo le devolvió una imagen cansada, la barba rubia cubría su mandíbula con un rastro más marcado de lo habitual.

—Aquí tampoco.

El golpe de un puño contra el cristal los hizo girarse de golpe.

—¡Salgan de ahí AHORA MISMO! —rugió el guardia desde el muelle.

Christian y Jade intercambiaron una mirada rápida.

—Vamos —susurró él con voz tensa.

Salieron apresurados.

El guardia los esperaba con una expresión severa.

—¿Cómo se atreven? ¡Me pueden meter en un lío!

—Lo sentimos, ya nos vamos —dijo Jade, levantando las manos en señal de disculpa.

—¡Ahora mismo!

Bajaron del yate con rapidez. Caminaron hacia la salida con el guardia pisándoles los talones. Cuando llegaron a la verja, él se cruzó de brazos.

—Antes de que se vayan, quiero revisar sus cosas.

Jade apretó la mandíbula, pero no discutió. Abrió su bolso sin protestar. Christian levantó las manos mientras el guardia lo registraba y señaló el bolso de Jade.

—Vacíelo.

—¿Está de coña?

El guardia no cambió de expresión.

—Está bien.

Volcó el contenido sobre un banco cercano: una agenda de cuero marrón, una billetera negra, un paquete de cigarrillos, su acreditación de *The Guardian*, un bloc de notas y un bolígrafo. Llaves, un paquete de chicles y un folleto informativo del centro de salud.

La mirada de Christian cayó sobre el panfleto. «Procedimientos disponibles, riesgos y efectos secundarios del aborto». Se sintió como si hubiera invadido algo privado.

Jade recogió el folleto con un gesto rápido.

—¿Contento? ¿Nos podemos ir?

Él asintió con expresión seria.

Jade se colgó el bolso sin una palabra más y comenzó a caminar. Christian la siguió. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos, rompió el silencio.

—¿Y ahora qué?

Jade no respondió de inmediato.

—Ya se me ocurrirá algo.

—No quiero policía.

Ella exhaló despacio.

Christian notó la duda en sus ojos o quizás era simplemente paranoia.

34

CHRISTIAN APOYÓ los brazos sobre la baranda de Tower Bridge y contempló el Támesis bajo sus pies. El agua fluía oscura y densa, arrastrando reflejos plateados de las luces del puente. El ir y venir de los ciclistas, los pasos apresurados de los peatones, el murmullo distante del tráfico. Todo se diluía en el ruido blanco de su mente.

Apretó los puños. La frustración bullía en su interior. No tenía nada que ver con la muerte de Pennington, pero todo lo que lo rodeaba parecía conspirar para hundirlo en un abismo sin salida. Cerró los ojos. El viento le trajo el olor acre del metal y el alquitrán.

—¿En qué piensas? —preguntó Jade, rompiendo el silencio mientras encendía otro cigarrillo.

Christian tardó unos segundos en abrir los ojos.

—Que yo no maté a Pennington —dijo en voz baja—, pero él sabía que lo estaban siguiendo.

Jade exhaló el humo y se apoyó en la barandilla, acercándose más a Christian.

—Ese frasco que encontraste… me recuerda a una de esas botellas que lanzan los náufragos al mar —comentó—. Como si Pennington supiera que estaba perdido y solo quedaba esperar a que alguien lo rescatara.

Christian la miró de reojo.

—Si estaba tan desesperado, ¿por qué no intentó escapar?

Ella apagó el cigarrillo contra la baranda.

—Quizás no tenía a dónde ir.

Él respiró hondo y fijó la vista de nuevo en las aguas del río.

—Si el mensaje no hace referencia a su yate ni a ningún *Princess 35*, entonces, ¿qué significa?

Jade reflexionó un instante.

—El guardia dijo que el yate de Pennington se puso a la venta justo después de su muerte. Sabemos que le gustaban los barcos. La única opción que se me ocurre es preguntar a sus compañeros del Parlamento.

Él negó con la cabeza.

—No podemos preguntarles directamente.

—Entonces, ¿qué propones?

Christian alzó la vista al cielo gris de Londres. Algo hizo clic en su mente. Era una posibilidad remota. Pero valía la pena intentarlo.

—Su mujer.

Jade parpadeó.

—¿Su mujer?

—Quizás ella sepa qué significa *Princess 35*. Quizás Pennington le contó algo, o hay alguna conexión que no estamos viendo. ¿Sabemos dónde vive?

Jade meditó un momento antes de asentir.

—No será difícil encontrar la dirección —admitió—. Lo complicado será convencerla de que hable con nosotros.

El viento sopló más fuerte.

—Si me entrego a la policía, es como admitir que tengo algo que ver con la muerte de Pennington. No puedo hacer eso.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire.

Para ella, esto era solo un caso. Para él, era su vida.

Jade rompió el silencio.

—Vamos. Hablaremos con su mujer. Quizás ella sea la clave para todo esto.

Dejaron Tower Bridge atrás y caminaron en silencio hasta un taxi.

El conductor los llevó al barrio donde vivía Jade antes de que tomaran su coche rumbo a Milton Keynes, la residencia de los Pennington.

Christian metió la mano en el bolsillo. Los dedos rozaron el frasco de *poppers*. Lo apretó. La verdad, pensó apretando los dientes, es lo único que lo haría libre. Pero la verdad, hasta ahora, solo lo había llevado más cerca del abismo.

Jade y Christian salieron de Londres en el Ford Sierra azul de ella mientras la ciudad quedaba atrás y el cielo se oscurecía lentamente. La lluvia comenzó como un susurro, que golpeaba el parabrisas con con un ritmo suave. A su alrededor, la ciudad se desvanecía. Primero, los suburbios. Luego, el campo abierto que bordeaba la autopista M1.

Jade encendió la radio. Una voz grave relataba las últimas noticias sobre las tensiones en el Golfo Pérsico y la posible intervención militar.

Después, el tono cambió:

—La primera ministra Margaret Thatcher enfrenta críticas continuas dentro de su propio partido. Las tensiones aumentan mientras se acerca la próxima conferencia del Partido Conservador.

Jade chasqueó la lengua.

—La muerte de uno de sus asesores no le ayuda en nada.

Christian, con la cabeza apoyada en la ventanilla, no respondió. Pero lo sabía. Todo parecía estar conectado de alguna manera con la turbulenta situación política del país.

El ruido del limpiaparabrisas se mezcló con la música cuando comenzó a sonar *Paint It Black* de The Rolling Stones. El ritmo hipnótico de la canción marcó la cadencia del viaje mientras se acercaban a Milton Keynes.

—Estamos cerca —anunció Jade.

Tomó una de las salidas y se internó en el suburbio donde vivía la viuda de Alan Pennington.

Las calles eran limpias y simétricas. Filas de casas adosadas con jardines perfectamente cuidados, donde los setos se alineaban como soldados en formación. Las farolas iluminaban el asfalto mojado, y los reflejos dorados danzaban sobre los charcos de lluvia.

Jade apagó el motor.

—Ahí está.

Se quedaron en silencio un momento. Christian observó la casa de dos plantas de ladrillo blanco y fachada cuidada pero sin ostentación. Las ventanas, con marcos blancos, tenían las cortinas apenas corridas. Una luz cálida escapaba desde el interior, proyectando sombras suaves en el jardín.

—¿No es un poco tarde para llamar a la puerta? —preguntó Christian.

Jade miró la hora.

—Son solo las siete.

El característico sonido de un tren pasando por la estación central de Milton Keynes se filtró en la noche.

Sin decir más, salieron del coche y caminaron hasta la entrada. La puerta principal era de madera azul con una aldaba de bronce

pulido en forma de león. Sobre ellos, una luz amarilla iluminaba el camino de piedra que conducía al umbral.

Jade se detuvo y le lanzó una mirada a Christian.

—Deja que yo hable.

Levantó la aldaba y golpeó.

Esperaron en silencio. Los segundos se estiraron como un chicle. Christian sintió el corazón latir más rápido con cada momento que pasaba. Algo en la incertidumbre de la espera le pesaba en el pecho. Finalmente, la puerta se abrió.

La mujer que apareció en el umbral tenía el rostro demacrado y el suéter de lana beige le colgaba sobre los hombros, dándole una apariencia aún más pequeña y frágil. Bajo el suéter, el leve abultamiento de su vientre apenas era visible, pero bastaba para adivinar que estaba embarazada. Sus ojos azules, vidriosos, perdidos, parecían mirar a través de ellos, sumidos en un recuerdo distante.

—Buenas noches. Soy Jade Kingston de *The Guardian*. Nos gustaría hablar con usted sobre su esposo.

La mujer no parpadeó.

Jade mantuvo el tono tranquilo.

—Queremos hacerle algunas preguntas…

—Se han equivocado de casa.

Y cerró la puerta.

Christian escuchó el sonido metálico de la cadena deslizándose en la cerradura.

—No va a hablar con nosotros —dijo, con un suspiro resignado.

Jade no se movió. No apartó la vista de la puerta cerrada. Inspiró hondo y sacó un cigarrillo. Lo encendió y exhaló lentamente el humo con expresión seria.

—Aún no.

35

La pequeña tienda de *fish and chips* estaba a pocas calles de la casa de la viuda de Alan Pennington. El olor del pescado frito flotaba en el aire, que se fundía con el calor grasiento del local. Detrás del mostrador, el encargado trabajaba en silencio. El aceite crepitaba en las freidoras.

Jade y Christian esperaron su pedido sin hablar demasiado.Cuando salieron, la lluvia había amainado. De vuelta al coche, se acomodaron en los asientos y empezaron a cenar.

—¿Probamos mañana? —comentó Jade mientras masticaba un trozo de pescado.

Christian dejó el envoltorio a un lado.

—¿Mañana? ¿No crees que sería demasiado tarde? La policía me está buscando.

—Lo sé. Pero esa mujer acaba de enterrar a su marido. Un marido que fue encontrado muerto, vestido con unas medias de mujer y asfixiado con un cable de teléfono.

—El mismo hombre que, horas antes de morir, metió un mensaje en mi bote de *poppers*. Y que ahora los periódicos proclaman que posiblemente fue un asesinato.

—La policía aún no ha confirmado que haya sido un asesinato. Lo están investigando.

—Y yo soy el sospechoso número uno. Así que si realmente confirman que lo mataron, yo tengo todas las papeletas para ganar.

El tamborileo de las uñas de Jade sobre el volante se detuvo.

—Está bien —dijo al final—. Tienes razón. Mañana podría ser tarde. Uno de mis profesores de universidad decía que las exclusivas nunca esperan al día siguiente.

Las palabras cayeron frías sobre Christian. Jade no estaba allí por él. Estaba allí por la historia. Y él, por mucho que lo necesitara, solo era el vehículo para conseguirla. Ella lo necesitaba tanto como él a ella. Pero por razones completamente distintas. Él para limpiar su nombre. Ella para la exclusiva que llevaría su carrera al siguiente nivel.

Jade metió los envoltorios en una bolsa de plástico y abrió la puerta del coche.

—Vamos.

Christian no se movió.

—¿Para qué haces esto?

—¿A qué te refieres?

—A esto. No es por mí, ¿verdad?

Jade mantuvo la mirada unos segundos.

—No. No es por ti.

—Eso pensaba.

—Pero si te saco de esta, ¿te importa el motivo?

Christian no dijo nada.

Un hombre mayor avanzaba despacio, apoyado en un bastón.

Paso. Bastón. Paso. Bastón.

A primera vista, no tenía nada de extraño. Pero algo se retorció en el estómago y tuvo ganas de vomitar el pescado. El pulso se

aceleró.

Jade se fijó en él.

—¿Qué pasa?

Christian no contestó. Su mirada seguía fija en la figura que avanzaba con pasos lentos y rítmicos.

Paso. Bastón. Paso. Bastón.

El sonido resonaba en su cabeza. Y de pronto, su mente lo llevó de vuelta a aquel oscuro almacén, donde las cuerdas le cortaban la piel y el cañón frío de una pistola presionaba contra su frente.

—El americano.

El hombre dobló la esquina y desapareció en la oscuridad. Pero el pánico ya se había instalado en su pecho.

—Me pareció… me pareció él.

Ella lo miró con atención.

—¿Estás seguro? ¿Que el hombre que dobló la esquina era el mismo que te interrogó?

Christian intentó responder, pero su garganta estaba seca.

No lo sabía.

O sí.

O quizás todo esto lo estaba volviendo loco.

—No lo sé… No, no lo creo.

Jade exhaló, sin apartar la vista de él.

—¿Quieres quedarte en el coche y yo hablo con la viuda? No hace falta que te expongas más de lo necesario.

—No.

—Si la mujer de Pennington te reconoce, estamos jodidos.

Se puso una gorra.

—Me quedaré callado.

Jade lo observó un momento más. Luego sonrió de lado.

—Eso sería una novedad.

Bajaron del coche y caminaron de nuevo hacia la casa de Alan Pennington, pero Christian no pudo quitarse una sensación de encima. Como si alguien estuviera observándolos.

36

Las luces de la casa seguían encendidas.

Jade se ajustó el abrigo y golpeó la puerta otra vez, esta vez con más firmeza.

—Aléjate de la puerta —le ordenó a Christian.

Dentro, un ruido leve sugirió que alguien se acercaba.

Jade sabía que la viuda los observaba por la mirilla. Esperó.

—Señora Pennington. Soy periodista del *The Guardian*, pero no vengo a hacerle una entrevista.

No hubo respuesta.

Jade deslizó una mano en el bolsillo y sacó la nota.

—Quiero hablar con usted sobre la muerte de su marido. Voy a pasarle algo que escribió él antes de morir.

Se agachó y la deslizó bajo la puerta, junto con su tarjeta de prensa.

—Es su letra.

A través del vidrio esmerilado, Christian y Jade distinguieron la sombra de la viuda inmóvil.

—Fíjese bien.

Hubo otro silencio. Este más corto. Su voz surgió del otro lado:

—¿Por qué no van a la policía?

Christian se adelantó un paso.

—Porque la policía no nos creería.

Hubo un tercer silencio. Más largo e incómodo.

—¿Quién más está con usted?

Jade clavó la mirada en Christian.

—Es mi asistente del periódico. Señora Pennington —insistió—, usted sabe que su marido no se quitó la vida.

La puerta se entreabrió apenas unos centímetros, y apareció un rostro cansado, unos ojos hinchados por el llanto y un temblor leve en la comisura de sus labios.

—Después de las fotos que publicaron los medios… hay tantas cosas que no sé sobre mi marido.

Jade esbozó una sonrisa suave.

—Gracias por abrirnos. ¿Podemos pasar?

La mujer miró a Christian con recelo. Él se ajustó la gorra.

—No tengo mucho tiempo —dijo ella—. La subinspectora de policía me llamará en cualquier momento.

Jade asintió.

—Nos iremos antes de que llegue.

La joven señora Pennington los llevó hasta un salón iluminado con lámparas de mesa con pantallas de seda. El interior olía a madera pulida y a tabaco añejo. El cuadro de un yate grande y colorido en aguas turbulentas dominaba la sala. En una esquina, un pequeño bar exhibía botellas de licor junto a una colección de maquetas de barcos cuidadosamente expuestas en estantes iluminados.

La viuda se sentó un sillón y les hizo un gesto para que tomaran asiento.

—¿Cómo llegó esa nota hasta ustedes?

Jade mantuvo la calma.

—¿Es la letra de su marido?

La viuda tomó el papel de nuevo. Lo miró en silencio. Luego asintió lentamente.

—¿Qué significa «Princess 35»?

—Es el modelo de un yate.

—¿Alguna vez tuvieron ese yate?

—No.

—¿Su marido mencionó ese modelo en particular?

La viuda frunció el ceño.

—No, que yo recuerde.

—¿Por qué cree que lo escribió antes de morir?

—Eso es lo que esperaba que me dijeran. —Clavó los ojos en Christian—. ¿Lo he visto antes?

Él tensó la mandíbula.

—No.

Ella suspiró.

—Llevo días sintiéndome como una anciana olvidadiza.

Christian se inclinó un poco hacia delante.

—Lo entiendo.

La viuda alzó la vista y sus ojos se afilaron.

—¿En serio lo entiende?

Jade se tensó.

—Señora Pennington…

Pero la viuda no se detuvo.

—Mi marido fue encontrado muerto en un hotel. —Su voz se quebró—. Vestido con medias de mujer y un cable telefónico alrededor del cuello. El médico forense lo calificó de asfixia erótica.

—Perdone —titubeó—. No pretendía ser condescendiente.

Ella cerró los ojos un segundo. Cuando habló de nuevo, su voz sonó más baja.

—Conocí a Alan en la Universidad de Cambridge, durante un encuentro de estudiantes. Él estaba en su último año de Ciencias Políticas, y yo acababa de empezar mi carrera. —Sus ojos se perdieron en algún punto del pasado—. Era brillante, siempre tan educado y… siempre con esa sonrisa. Me impresionó desde el primer momento, con su inteligencia y esa pasión por cambiar el mundo. Nos enamoramos aquel verano, navegando en el viejo yate de su padre.

Christian la observó con más atención. No tendría más de treinta años, pero hablaba como si llevara toda una vida cargada a sus hombros.

La viuda acarició su vientre con un gesto ausente, casi instintivo.

—Después de casarnos, Alan se entregó por completo a su carrera. Siempre decía que el verdadero poder no está en la primera fila, sino detrás del escenario. —Cerró las manos en un puño—. Quieren que me crea que Alan murió en un juego erótico, pero no… no puedo. La prensa… la prensa dice que estuvo con otros hombres… Sin embargo, yo… yo no lo creo. Alan no era así. No quiero que lo recuerden de esa manera.

Christian se inclinó hacia delante.

—Su marido fue asesinado.

Ella levantó la mirada. Sus ojos dejaron de ser los de una viuda confundida.

—Yo creo lo mismo.

Jade respiró hondo.

—Por eso estamos aquí. El «Princess 35» tiene que ser la clave. ¿Está segura de que no le suena ese nombre?

La viuda frunció el ceño.

—No sé qué significa.

Christian miró las maquetas en los estantes.

—¿Dónde compraba estos modelos?

—Hay una tienda especializada en Londres. Mi marido compraba las piezas y las construía él mismo. Le relaja… le relajaba —se corrigió.

—¿Podría anotarnos la dirección de esa tienda? —preguntó Jade.

—Claro.

—Dice que los construye él mismo —preguntó Christian mientras pasaba los dedos por una de las embarcaciones.

—Tiene algunos sin terminar en el taller —respondió señalando una ventana que daba al jardín interior.

Él corrió la cortina de terciopelo. En la penumbra, una caseta de madera se alzaba en el jardín.

—¿Podemos verlo?

—Claro. Al final del pasillo, pase por la cocina y salga. El taller está abierto.

Ellos se levantaron. Justo entonces, el teléfono sonó y el corazón de Christian latió más rápido.

La viuda caminó con lentitud hasta el aparato. Respondió al teléfono con un «sí» que repitió tres veces, antes de colgar. Se giró hacia ellos.

—La inspectora está de camino —les dijo.

Jade reaccionó primero.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

La viuda miró el reloj de la pared.

—Quince… tal vez veinte minutos.

Jade asintió con rapidez.

—Gracias.

Salieron al jardín interior de la casa, acompañados por la viuda en silencio.

El sendero de piedras estaba húmedo por el rocío nocturno. La grava crujía bajo sus pies.

Christian le susurró a Jade:

—Me ha mirado demasiado. Sabe quién soy.

Ella siguió caminando. No lo negó.

La noche era densa y sin luna. Apenas unas lámparas de jardín proyectaban su luz en el césped. Christian tomó aire. No tenía otra opción.

37

Christian avanzaba por el jardín, atento a cada detalle: un banco de madera desgastado por el tiempo, un antiguo timón de barco oxidado, una boya vieja atrapada entre la maleza. El aire estaba cargado con el aroma a tierra y hojas húmedas y el leve rastro de humo de una chimenea encendida en la distancia.

—Este lugar parece sacado de otra época —murmuró, más para sí mismo que para Jade.

Ella no respondió. Solo siguió caminando hasta el fondo del jardín.

Un cobertizo de madera se alzaba como un refugio solitario. La puerta estaba entreabierta. Un chasquido eléctrico quebró el silencio cuando la viuda encendió la luz. Los fluorescentes parpadearon antes de cobrar vida, proyectando sombras alargadas sobre el suelo de madera.

—Aquí es —dijo la viuda con voz cargada de nostalgia y dolor.

Christian recorrió el lugar con la mirada. El aire olía a barniz, pegamento seco y madera recién cortada. Estanterías cubrían las paredes, alineadas con herramientas bien organizadas: martillos, destornilladores, botes de pintura. Todo estaba en su sitio. Como si su dueño aún fuera a volver en cualquier momento.

Jade hojeó una libreta. Su expresión se tensó al leer una serie de bocetos y anotaciones que no parecían tener conexión alguna con lo que buscaban.

—Nada —susurró, frustrada y dejó la libreta sobre la mesa—. No hay rastro del «Princess 35».

Christian se acercó al banco de trabajo. Bajo la luz fría de una lámpara ajustable, vio restos de madera balsa, pegamento seco y planos parcialmente desplegados.

—Parece que dejó todo a medias.

Al fondo, en una vitrina de cristal, varias maquetas de yates en miniatura descansaban sobre estantes de madera. Cada una etiquetada con su nombre y año de construcción. Christian se inclinó para observarlas.

—Son impresionantes.

—Sí, lo eran para él —respondió la viuda, cruzándose de brazos.

—¿Ve algún Princess 35? —preguntó Jade sin apartar la vista de las maquetas.

La viuda negó con la cabeza.

—No lo recuerdo. Los últimos meses solo hablaba de una colección de barcos de guerra. Hace demasiado frío. Me quedaré en la casa. Si necesitan algo, avísenme —dijo la viuda antes de marcharse.

Christian intercambió una mirada rápida con Jade. Ahora estaban solos.

—¿Crees que encontraremos algo útil aquí? —preguntó Jade en voz baja, como si no quisiera romper la quietud del lugar.

Él no respondió de inmediato. Su mirada recorrió cada rincón.

—No lo sé. Pero no tenemos muchas más opciones.

Se acercó a un estante y deslizó los dedos sobre las etiquetas de los cajones y se inclinó sobre un pequeño cajón con una etiqueta

que decía «P». Su pulso se aceleró.

—P. 35…

Jade se acercó mientras Christian abría el cajón. Dentro, solo había pequeñas piezas de barco en miniatura. Maldijo entre dientes y volcó el contenido sobre la mesa. Las piezas metálicas tintinearon contra la madera.

—Solo tiene piezas —gruñó.

Entonces, el timbre del teléfono en la casa rompió la calma. Christian se tensó. Salió al jardín y se asomó a la ventana del comedor. Vio a la viuda contestar. Un instante después, ella se giró. Sus miradas se cruzaron. Christian leyó en sus labios: «mi madre», pero no le convenció.

Regresó al taller con una expresión sombría.

—Ella sabe algo más.

Jade asintió lentamente, pero no dijo nada.

Christian volvió al cajón, esta vez sacándolo con más fuerza. Las piezas metálicas llovieron sobre el suelo, tintineando en la madera.

—Me niego a recoger esas piezas otra vez —dijo Jade.

Christian no le prestó atención. Metió la mano en el hueco vacío. Y entonces, lo sintió. Una textura diferente. Sus dedos rozaron algo. Algo distinto. Un tubo de cartón.

—Aquí hay algo —anunció, con una chispa de emoción en su voz.

Lo sacó con cuidado, sintiendo la adrenalina recorrerle el cuerpo.

Era ligero. Casi demasiado ligero para lo que esperaba encontrar.

Jade se acercó.

—Venga, ábrelo —le ordenó ella.

Christian retiró el tapón y sacó un fajo de papeles atados con un lazo rojo.

Ella se acercó tanto que Christian podía oler su perfume mezclado con nicotina.

—¿Qué demonios es esto?

—No lo sé, pero esto no tiene que ver con barcos.

Voces y pasos dentro de la casa los puso en alerta.

Jade le clavó la mirada. Christian sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Apretó el tubo contra su pecho. Salió del taller y se asomó por la ventana. El corazón le dio un vuelco. La viuda tenía la puerta abierta y dejaba pasar a varios policías uniformados. Lo sabía. No había llamado a su madre. Había llamado a la policía. Lo había reconocido. Lo había delatado.

Christian retrocedió del marco de la ventana. Volvió al taller de un salto y agarró a Jade por la muñeca.

—Tenemos que largarnos. La policía está aquí. Esa viuda me delató.

Jade abrió los ojos, sorprendida. No hubo tiempo para preguntas.

Salieron al jardín. El aire nocturno era más gélido ahora, el olor a tierra húmeda impregnaba el ambiente. Las lámparas de jardín apenas iluminaban el sendero entre los arbustos.

—No podemos volver por la casa —jadeó Christian—. Tendremos que saltar la valla.

Jade lo miró incrédula. Pero no dudó.

Christian corrió hacia un banco decorativo junto a un antiguo timón de barco oxidado y una boya envejecida por el tiempo. Subió primero. Le tendió la mano a Jade, y la ayudó a subir, mientras ambos contenían la respiración. Jade saltó al otro lado de la valla.

—¿Estás bien? —preguntó Christian.

—Sí —respondió ella con voz dolorida—. Vamos, rápido.

Era su turno.

—¡ALTO! ¡NO SE MUEVA!

Christian sintió que el suelo se desmoronaba bajo sus pies. Las astillas de la valla se clavaron en sus palmas mientras se impulsaba

con todas sus fuerzas. El dolor no importaba. El terror sí. Con un último esfuerzo, se lanzó al otro lado. Cayó de bruces sobre el suelo húmedo.

Jade se agachó junto a él, tirando de su brazo.

—¿Estás bien?

Christian se tambaleó. Tenía las rodillas raspadas y los pulmones en llamas, pero no había tiempo para lamentarse.

—Tengo el coche aparcado frente a la casa de la viuda —dijo Jade con voz tensa—. ¿Qué hacemos?

Christian le cogió la mano. No había más opción.

—Correr.

38

El vecindario dormía. La policía había quedado atrás. Christian tomó la delantera, guiándola hacia un callejón lateral. Jade lo siguió. Al doblar la esquina, ambos se detuvieron. Él pasó una mano por su cabello desordenado.

—Allí —dijo señalando un parque.

Pasaron la verja y se refugiaron entre los arbustos. El aire frío y húmedo se colaba por la ropa, haciéndoles temblar más de lo que ya lo hacía el miedo. Olía a hierba mojada y hojas secas.

—Esperaremos aquí unas horas hasta que sea seguro volver al coche.

—¿Y si tienen el coche vigilado?

Se sentaron en un banco de madera a pocos pasos del camino. El ulular de un búho rompió la quietud. Ambos se acurrucaron, vencidos por el cansancio. Sin darse cuenta, el sueño los atrapó.

Cuando despertaron, el cielo tenía ese tono gris apagado de las primeras horas del amanecer. Se incorporaron con los músculos entumecidos y comenzaron a caminar con sigilo, deslizándose entre las sombras.

Al doblar la esquina, el viejo Ford Sierra de Jade seguía ahí. Pero algo los detuvo en seco. Un coche de policía estaba aparcado frente

a la casa de la viuda. El corazón de Christian volvió a acelerarse. Sin decir una palabra, comenzaron a caminar con sigilo, esquivando las sombras. Abrieron las puertas con extrema lentitud. Christian apretó los documentos contra su pecho. Jade giró la llave en el contacto. El motor arrancó con un ronroneo suave. Él soltó el aire contenido. Pero entonces, lo vio. Un destello en el parabrisas. Había algo ahí. Entre las sombras de los árboles, una silueta se recortaba contra la negrura. El terror se le clavó en el estómago como un cuchillo helado. Ahora estaba seguro. Era él. El americano que lo había interrogado. De pie, bajo un árbol, lo miraba fijamente. Christian sintió el pánico treparle por la garganta. Jade pisó el acelerador. El coche derrapó levemente antes de tomar velocidad.

El peligro se quedaba atrás. Pero no por mucho tiempo.

—No podemos volver a Londres —dijo Christian procesando lo que acababa de vivir—. No podemos regresar a nuestras vidas.

Jade no apartó la vista de la carretera.

—Lo sé.

El coche se deslizó en la negrura de la madrugada, dejando atrás Milton Keynes. No había vuelta atrás. Lo que tenía en las manos era más valioso que su propia vida. Y alguien más lo sabía. Giró la cabeza. Nada. Solo oscuridad. Pero lo sentía. Lo que habían encontrado no era el final. Era el principio de algo mucho más grande.

Jade apagó el motor del Ford Sierra y el campo desierto los envolvió en un silencio denso. Solo el leve tic-tic del motor enfriándose rompía la quietud de la madrugada. Encendió la luz interior. El tenue resplandor iluminó el tubo de cartón que Christian sujetaba con ambas manos.

—Eso es lo que todo el mundo está buscando —constató Jade sin apartar la vista del objeto.

El tubo era robusto, de un marrón gastado, con tapas de plástico negro bien aseguradas en ambos extremos. Había varias etiquetas pegadas, la mayoría descoloridas o desgarradas, ocultando cualquier pista sobre su contenido.

Christian deslizó los dedos sobre las etiquetas, tratando en vano de descifrar algo. Luego, con un movimiento medido, giró una de las tapas. Un leve chasquido rompió el silencio antes de que extrajera un rollo de papeles, sujeto con una cinta roja desvaída por el tiempo.

Jade observó con una mezcla de tensión y fascinación.

—Déjame ver.

Christian soltó el aliento sin darse cuenta y le pasó el rollo.

Jade desató el lazo con precisión y extendió los documentos sobre su regazo. Algunas hojas eran de papel grueso, como cartas oficiales; otras, simples impresiones de oficina, manchadas con café o té. Sus ojos se movían rápido, absorbiendo la información, saltando de una línea a otra.

—Mira esto. —Le mostró una hoja llena de anotaciones a mano y nombres tachados—. Es una cadena de comunicación.

—¿Una qué?

—Mensajes internos. —Jade pasó varias páginas más—. Hay nombres, fechas… Y estos documentos no son copias, son originales.

Christian tomó algunos y empezó a leer. Las palabras eran densas, plagadas de jerga burocrática y referencias opacas.

—«Consenso estratégico»… «Reevaluación del liderazgo actual»… «Reorganización»… —Frunció el ceño—. Esto es del gobierno.

Jade inclinó la cabeza hacia él mientras sus ojos saltaban de línea en línea.

—Espera. —Pasó las páginas hasta llegar a una hoja cubierta de notas garabateadas, con frases crípticas.

—«Es urgente mover ficha». «Adiós a la vieja». «Es ahora o nunca». «Mamá ha perdido el norte».

Christian levantó la mirada hacia Jade.

—¿Qué significa todo esto?

Ella tragó saliva antes de responder.

—Están hablando de Margaret Thatcher, Christian. Quieren sacarla del poder.

El aire en el coche pareció volverse más denso de golpe.

—¿De qué estás hablando? Thatcher lleva años en el cargo. No parece que tenga intención de irse.

Jade negó con la cabeza.

—No entiendes, Christian. No es que se quiera ir. Esto es una conspiración desde dentro. La están traicionando. Quieren derrocarla y lo tienen todo planeado.

Lo que sostenían en las manos no era solo información confidencial. Era algo más grande. Más peligroso. Pruebas de una traición política al más alto nivel.

Ambos se miraron en silencio, sintiendo el peso de lo que acababan de descubrir.

—Christian… —susurró.

—¿Qué?

—Si Pennington tenía esto… Significa que alguien lo mató… por esto.

Un frío eléctrico recorrió la espina dorsal de Christian. Si Pennington estaba muerto. Ellos podrían ser los siguientes.

Las ruedas del Ford Sierra avanzaban sobre el asfalto mojado. La carretera se estiraba frente a ellos como una lengua negra en medio de la fría madrugada. La ciudad había quedado atrás.

Christian miraba por la ventana con los ojos fijos en la carretera. El silencio en el coche pesaba más que cualquier palabra. Apretó los documentos contra su pecho. Documentos que probaban una traición. Una conspiración que apuntaba directamente al corazón del Partido Conservador y a la mismísima primera ministra, Margaret Thatcher. Ahora, los documentos eran una bomba de relojería en sus manos.

Se pasó una mano por la cara, agotado.

—Ese asesor debía haber estado jugando a dos bandas.

—Si nos encuentran antes de que hagamos algo con esto, no va a importar si Thatcher cae o no.

Giró el volante y se desvió de la carretera principal.

—Conozco un lugar.

La negrura de la madrugada empezaba a ceder paso a un resplandor pálido en el horizonte, pero no traía consuelo.

Las palabras del asesor resonaban en su cabeza.

«Chico listo». Pero ser listo no sería suficiente. Ahora, se trataba de sobrevivir.

39

JADE APARCÓ el Ford Sierra en una gasolinera a las afueras de Milton Keynes. La niebla se alzaba en remolinos sobre los campos y envolvía el lugar en una atmósfera de aislamiento, como si el mundo hubiera sido suspendido en ese rincón desolado.

Apenas había movimiento. Solo dos camiones estacionados en un rincón y la luz del amanecer luchando por abrirse paso entre las nubes grises.

El frío lo envolvió al instante. El olor a gasolina se mezclaba con la humedad de la tierra.

Christian dio un largo bostezo.

—Tengo hambre —dijo, mirando hacia la cafetería al lado de la gasolinera, donde un cartel de neón parpadeante anunciaba «Abierto 24 horas».

Entraron en la cafetería. El interior era cálido pero deslucido, con el inconfundible aroma de comida frita que flotaba en el aire. En la barra, dos camioneros con chaquetas manchadas de aceite y gorros de lana devoraban huevos y beicon.

Christian y Jade se sentaron junto a la ventana. Desde ahí, la niebla engullía lentamente los camiones estacionados afuera.

La camarera, una mujer de cabello rubio y delantal manchado, se acercó para tomarles nota.

—¿Qué os pongo?

Christian pidió un desayuno completo.

Jade, solo un café negro.

—¿Tenéis teléfono? —le preguntó a la camarera.

Ella señaló con la cabeza.

—Al fondo, junto al baño.

Christian arqueó una ceja mientras abría la servilleta.

—¿Solo café?

—No tengo hambre.

El silencio entre ellos se estiró.

La camarera regresó con el desayuno: un plato rebosante de salchichas, beicon, huevos, tomates, champiñones y frijoles.

Christian atacó la comida con ansia.

—¿De verdad no quieres? —insistió con la boca llena.

Jade removió la cucharilla en su café, con la mirada clavada en el líquido oscuro.

—El café me basta para despejarme.

—Fumas mucho y tienes que comer por dos, ¿no?

El gesto de Jade se tensó.

—¿Y eso a qué viene?

Christian se encogió de hombros.

—Pensé que estabas embarazada. Pero no es asunto mío.

—Exacto. No es asunto tuyo. —Aplastó el cigarrillo en el cenicero y se levantó—. Voy a hacer una llamada.

—La hacemos juntos —replicó Christian con la boca llena.

Jade se detuvo. Lo miró por un segundo a punto de decir algo, pero suspiró resignada. Se sentó de nuevo y encendió otro cigarrillo.

Christian terminó de comer y la siguió hasta el teléfono público junto a los baños. Jade sacó una servilleta y cubrió el auricular antes de marcar.

Él la observaba mientras ella introducía las monedas.

—¿Está el periódico abierto a estas horas?

—Lo llamo a su casa.

Al otro lado, una voz cansada respondió. Jade explicó la situación.

—Estoy en una cafetería cerca de Milton Keynes… Sí, sigo viva… ¿Qué crees, que estoy aquí de vacaciones?

Christian tamborileó los dedos sobre el tubo de cartón donde guardaban los documentos.

Jade hablaba rápido.

—No, no es gracioso. Lo sé… no me dio tiempo a llamar a redacción. —Cerró los ojos y dejó que su jefe hablara. Luego sacó un pequeño bloc de notas y un bolígrafo de su bolso y apuntó algo —. Ya te lo contaré cuando nos veamos… Está bien… Sí… No puedes contárselo a nadie. A nadie —enfatizó Jade antes de colgar. Luego se volvió a Christian—. Nos vamos.

—Pero no a Londres.

—No, no vamos a volver a Londres. La policía pasó ayer por la redacción preguntando por mí. Vamos a un lugar seguro.

—¿Y luego?

—¿Luego? Entregamos estos documentos a mi jefe antes de que esta bomba nos explote en la cara. —Se acercó más a Christian—. Tú demostrarás que no tienes nada que ver con este complot y yo tendré mi exclusiva.

Él no dijo nada.

Jade dejó unas monedas sobre la mesa para pagar la cuenta antes de salir de la cafetería, pero Christian no replicó. Tenía que

vigilar cada gasto hasta poder cobrar el cheque de su padre, que aún no había llevado al banco, y sabía que en esas circunstancias, ya era demasiado tarde.

40

Christian se pasó las manos por la cara. Despertaba de un sueño intranquilo y, por un instante, no supo dónde estaba. Su cuello le dolía por haber dormido torcido contra la ventana. Afuera, el amanecer teñía de gris y oro un campo inglés cubierto de bruma.

Jade lo observaba de reojo.

—¿Quién es Lene?

Él se giró hacia ella, aún aturdido por el sueño.

—¿Lene?

—La mencionaste varias veces mientras dormías —aclaró Jade, sin apartar la vista del camino.

Christian se incorporó en el asiento.

Su hermana Lene. Nunca pudo entender por qué tuvo que marcharse, por qué decidió quitarse la vida. Poco después de su muerte, todo cambió. La familia se desmoronó. Se mudaron a Londres, pero la ciudad no ofreció consuelo. Su madre terminó en una clínica de salud mental. Su padre construyó un muro de indiferencia. Y él se quedó atrapado en medio de las ruinas.

—Era mi hermana mayor. Murió antes de que nos mudáramos a Londres.

—Lo siento.

Él no respondió. Jade tampoco insistió. El silencio volvió a instalarse entre ellos hasta que ella giró el volante y tomó un desvío. Los árboles se cerraban a su alrededor, filtrando la luz del amanecer en haces dorados. El sonido de la grava crujió bajo los neumáticos cuando finalmente se detuvo.

Jade apagó el motor y abrió la puerta.

—Hemos llegado.

Christian miró a su alrededor.

—¿Dónde estamos?

Ella señaló una construcción rústica, semioculta entre los árboles.

—En The Chiltern Hills. Esa es la cabaña de mi jefe.

Él siguió su mirada hasta una estructura rústica en el centro del claro. La cabaña era sencilla, construida con madera y con un techo de paja cubierto parcialmente de musgo. Tenía un aire descuidado, como si nadie hubiera estado allí en mucho tiempo.

—¿Has estado aquí antes?

Jade asintió, pero su expresión se endureció un instante, como si un recuerdo no deseado asomara en su mente. Esta vez, fue ella quien evitó los detalles.

Caminaron hasta la puerta de la cabaña.

Jade se agachó y tanteó el suelo.

—¿Qué buscas? —le preguntó él.

—Una piedra con una mancha roja.

Christian la vio antes que ella.

—Ahí.

Ella levantó la piedra y extrajo una llave oxidada. La introdujo en la cerradura y la giró con dificultad hasta que se oyó un suave clic.

—Muy original —comentó Christian.

Al entrar, el aire denso y las paredes de madera sin tratar exudaban el abandono de los meses. El suelo crujía con cada paso.

—No hay luz —observó Christian, recorriendo el lugar con la vista —. Si no nos encuentran, se nos puede caer el techo encima.

En el centro, una mesa robusta se erguía rodeada de cuatro sillas. En un rincón, dos colchones individuales descansaban sobre el suelo desnudo. Había una pequeña repisa con unas linternas y algunas latas de comida alineadas con descuido.

Christian cogió una y miró la fecha de caducidad.

—Latas en conserva. ¡Qué festín! ¿No sería mejor pasar por algún pueblo y comprar comida de verdad?

Jade negó con la cabeza.

—No después de que tu cara haya salido en todos los periódicos del país. Mi jefe dijo que aquí había suficiente para aguantar hasta que él llegase.

Christian resopló y pasó la mano sobre la mesa cubierta de polvo.

Jade sacó un cigarrillo y lo encendió. Exhaló el humo en un gesto pausado y la mirada fija en los documentos que habían sacado del cilindro de cartón.

Christian tanteó el hornillo de gas.

—¿Funciona?

—Supongo.

—¿Tenemos té en este palacio de verano?

—En ese cajón.

—Voy a hacer té.

Jade le lanzó una caja de cerillas.

El silencio se llenó con el chasquido de la cerilla encendiéndose y el leve siseo del gas.

Christian se dejó caer en una de las sillas, sintiendo el peso del cansancio hundirse en sus hombros.

—¿Y el baño?

Jade sonrió por primera vez desde que llegaron.

—Tienes todo el bosque para ti. ¿O es la primera vez que la sacas en un lugar público?

Él esbozó una mueca.

Cuando regresó, dos tazas de metal humeaban sobre la mesa. Jade lo esperaba con la mirada fija en los papeles dispersos sobre la mesa. Su cigarrillo se consumía lentamente entre sus dedos y el humo ascendía en una espiral perezosa hacia el techo ennegrecido.

—Toma, tu té —dijo sin levantar la vista.

Christian se sentó y rodeó la taza con las manos, dejando que el calor se filtrara entre sus dedos.

—¿Qué pasará cuando tu jefe llegue?

—Dependerá de lo que encontremos aquí. Si esto es tan grande como parece, tendrá que coordinarse con más gente.

Él bebió un sorbo de té con expresión preocupada y triste.

Jade apagó el cigarrillo en un cenicero de lata.

—No tenemos otra opción, Christian. Si queremos salir de esto, hay que hacer pública la noticia.

Él apretó los labios. Sus pensamientos daban vueltas como engranajes mal engrasados.

—Tu maldita exclusiva… —murmuró, mirando la nada.

Jade puso su mano sobre su brazo.

Él no la miró. Dio otro sorbo de té. Jade retiró la mano despacio y volvió a los papeles, como si la conversación nunca hubiera ocurrido.

Las horas pasaron. Dos latas de conserva y tres tés más tarde llegó la oscuridad. El viento soplaba entre los árboles y las hojas secas crujían con un murmullo constante. El bosque pareció hacerse más denso, como si la oscuridad misma estuviera tomando forma

entre los troncos. El frío de la noche se colaba en la cabaña, trayendo consigo un aire húmedo y penetrante.

Christian cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Cuándo dices que vendría tu jefe? —preguntó, con la vista clavada en el sendero oscuro.

—No me dio una hora exacta —respondió ella sin levantar la vista del documento que hojeaba—. Pensé que saldría de Londres después de sus reuniones en la redacción. Así no levantaría sospechas.

Christian miró su reloj.

—Tarda dos horas en llegar hasta aquí, como mucho tres horas con tráfico… Son más de las siete de la tarde. ¿Cómo sabes que no ha llamado a la policía?

Jade alzó la vista.

—Lo conozco. No lo haría.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Ella sostuvo su mirada un segundo antes de responder.

—Porque es demasiado ambicioso para dejar que una historia como esta se le escape. Además…

—¿Además?

—Es el padre de mi hijo.

La frase quedó suspendida en el aire.

—¿Y él lo sabe?

—No. —Negó con la cabeza—. Y quiero que siga sin saberlo. Él es feliz con su esposa y sus hijas mellizas. Es lo mejor.

—Pero no es justo.

—Es justo para mí.

—Pero no para tu futuro hijo.

—Eso también lo sé.

Christian recordó el folleto que había visto en su bolso, el de una clínica de abortos.

Jade siguió revisando los documentos con precisión metódica. Los papeles estaban esparcidos en un orden meticuloso: cartas con membretes oficiales, telegramas, notas manuscritas. A su lado, una taza de té a medio beber y una lámpara de aceite que arrojaba una luz cálida pero insuficiente.

Con el paso de las horas, el cansancio empezó a reflejarse en ella. Se frotó los ojos y se inclinó sobre la mesa, como si el peso de la noche y de sus propios pensamientos la aplastara.

Pasaron las horas y la cabaña se sumió en un silencio inquietante.

Jade se había quedado dormida con la cabeza apoyada en la mesa, rodeada por los documentos que había estado revisando.

41

Christian se acercó a Jade y deslizó un brazo bajo sus hombros y otro bajo sus rodillas. La levantó con cuidado para no despertarla. Ella murmuró algo en sueños. La llevó hacia el colchón improvisado en el suelo, tratando de acomodarla lo mejor posible. El crujir de las tablas bajo sus pies fue el único sonido que acompañó sus movimientos.

Afuera, el ulular de un búho rompía el silencio, recordándole lo aislados que estaban.

Christian se dirigió a la cocina. Sobre la encimera había un hornillo de gas portátil que habían utilizado para calentar las latas de alubias que cenaron y un par de platos sucios junto a una taza vacía que aún tenía rastros de té seco en el fondo. Enjuagó los platos y la taza de té bajo el débil chorro de agua fría. Había algo en tanta quietud que lo ponía aún más nervioso. Como si el mismo silencio estuviera cargado con una presencia invisible.

Se acercó a la puerta y comprobó que estaba bien cerrada. Se preparó un té y se sentó al lado de la mesa contemplando aquellos documentos. No podía dormir. Simplemente, no quería. Apagó la lámpara y observó la oscuridad de la noche a través de la ventana, mientras sus pensamientos vagaban en silencio.

Margaret Thatcher, la Dama de Hierro.

Su propia gente planeaba sacarla del poder, costara lo que costase. Incluidas vidas. Alguien dentro del partido no quería que esos papeles saliesen a la luz pública. Había dos razones que le venían a la cabeza.

La primera razón era puramente mediática. Aquella información sería una bomba para el propio partido y para el país. La segunda, más inquietante: el plan ya estaba en marcha.

Christian se preguntó de qué lado estaba el asesor político. ¿Quería que los documentos vieran la luz para debilitar al partido conservador, o simplemente para detener la conspiración contra Thatcher?

La Dama de Hierro. Le daba exactamente igual la política. Toda esa cháchara sobre economía y privatizaciones… Le daba exactamente igual. Thatcher, el Parlamento, los tories… Parecía una comedia de mal gusto de alguno de los teatros de West End. El poder corrompía. Siempre. Y los que no lo veían eran ingenuos.

El destino lo había puesto en medio de una conspiración política más grande de lo que jamás hubiera imaginado.

Toda su vida había huido. De la opresión de su padre. De la enfermedad de su madre. De los fantasmas de su hermana. Y ahora, huía de algo que ni siquiera entendía del todo. Pero por absurdo que pareciese se sentía más vivo que nunca.

Si Thatcher caía, vendría otro igual. Algunos en su partido ya creían que había ido demasiado lejos. Todas esas medidas sólo contribuían a la explotación de las clases trabajadoras, a la erosión del bienestar social. Pero, sinceramente, a él, le daba igual.

Quizás el asesor político empezó a sospechar que lo estaban utilizando. Tal vez por eso escondió el mensaje en el frasco, por si algo le ocurría. Para que Christian, al encontrarlo, fuera a la policía.

De repente, un ruido distante lo arrancó de sus pensamientos. Se irguió lentamente con los sentidos en alerta. Dejó la taza de té sobre la mesa y se dirigió hacia la ventana.

Al principio, solo era un murmullo sordo en la lejanía, un rumor apenas perceptible entre el viento y el bosque. Pero pronto se hizo más claro: el ronroneo de un motor avanzando por el camino.

El pulso de Christian se aceleró. Cada latido resonaba en su pecho con fuerza, acompasado con el sonido del vehículo que se acercaba.

A través de los árboles, las luces del coche parpadeaban entre las ramas y proyectaban destellos irregulares sobre la cabaña. Un resplandor blanquecino rozó la pared de madera y se deslizó como un espectro a través del interior. El vehículo aminoró la marcha y finalmente se detuvo justo frente a la cabaña.

Jade seguía dormida en el colchón improvisado, ajena a la tensión que comenzaba a llenar la cabaña.

Christian se acercó a ella con sigilo, inclinándose para colocar una mano sobre su hombro.

—Jade —susurró, dándole un suave empujón—. Despierta.

Ella se movió ligeramente. El cansancio de los últimos días la tenía agotada, pero Christian insistió.

—Jade, despierta.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras se frotaba los ojos.

—Hay alguien fuera.

El rostro de Jade se tensó al instante.

Entonces, el crujido agudo de una puerta abriéndose cortó el aire. Se oyeron pasos sobre la grava.

La expresión de Jade cambió, relajándose un poco, y antes de que él pudiera detenerla, caminó hacia la puerta y la abrió lentamente.

Un hombre de mediana edad entró en la cabaña con el rostro tenso y una calvicie, que disimulaba torpemente con mechones peinados hacia un lado. Vestía una chaqueta gastada, con las mangas ligeramente arrugadas, y una corbata torcida que había visto mejores días.

Al cruzar la mirada con Christian, su expresión se endureció con una mezcla de desconfianza y fastidio, como si estuviera enfrentándose a una noticia incómoda en la redacción.

Jade cruzó los brazos.

—Llegas tarde —dijo, sin molestarse en ocultar su irritación.

—Jade, tengo una vida —replicó él sin dejar de mirar a Christian —. No todo gira en torno a ti y tus… aventuras.

—Sí, eso me quedó claro hace tiempo.

—Jade, no empieces —suspiró él, pasándose una mano por la cara—. Sabes que he hecho mucho por ti. No podía dejarlo todo y salir corriendo. Karen está con las niñas. Le dije que tenía una urgencia de última hora en la redacción.

—Siempre le cuentas lo mismo. No sé cómo se lo sigue creyendo. O quizás ya no se lo crea.

El hombre tensó la mandíbula, pero no respondió.

—¿Has hablado con alguien después de que te llamara? —preguntó Jade.

—No.

—Dime la verdad —insistió ella.

—Te estoy diciendo que no —espetó él con un tono seco—. Espero que tengas una buena explicación para todo este circo. Y tú… —dijo, señalándolo a Christian con el mentón—. La policía te está buscando. Tu cara está en todas las televisiones y en los periódicos del país. —Hizo una pausa, observando a Jade con

incredulidad—. Jade, ¿te has vuelto loca? Si la policía descubre que estás escondiendo a un fugitivo…

Ella levantó la mano.

—Antes de que sigas hablando, te sugiero que te sientes y te tomes un té. Quiero enseñarte algo. —Luego se dirigió a Christian—. ¿Puedes poner el agua a calentar?

Sin decir nada, él se dirigió al hornillo de gas portátil.

El jefe de redacción se sentó en la silla con un suspiro cansado.

Jade se inclinó sobre la mesa y le señaló el montón de documentos apilados en un orden meticuloso.

—Aquí tienes —dijo, sin apartar la vista de su rostro—. Léelos.

El hombre tomó la primera página, hojeándola sin demasiado interés. Pasó la vista por los primeros párrafos con la inercia de quien está acostumbrado a recibir material de dudosa relevancia. Pero, a medida que avanzaba, sus cejas se fruncieron ligeramente.

Pasó otra página.

Christian lo observaba con atención.

El silbido de la tetera rompió el silencio.

El hombre hizo un ruido casi imperceptible con la garganta, como si algo en el texto le hubiese dado un ligero golpe en la conciencia. Enderezó la espalda y deslizó los dedos por los márgenes del papel, como si tocándolo pudiera confirmar que era real. Unos segundos después, apartó el documento y tomó otro, hojeándolo con rapidez.

Jade cruzó los brazos.

—¿Sigues creyendo que es una tontería?

Él no respondió de inmediato. Miró un punto fijo en la mesa mientras pasaba la lengua por el interior de su mejilla, pensativo. Su pulgar tamborileó sobre la mesa antes de que soltara un largo suspiro.

—¿De dónde habéis sacado esto? —preguntó finalmente, sin despegar la vista de los papeles.

Su tono había cambiado. Ya no sonaba escéptico. Ahora, sonaba serio.

—Estaban escondidos en el taller de Alan Pennington —explicó Jade, deslizándole una taza de té caliente.

Él no la tocó. Seguía pasando las hojas con dedos tensos. Christian observó cómo su expresión se endurecía aún más con cada documento.

—¿Cómo los conseguisteis?

—El asesor me dejó un mensaje —respondió Christian.

El jefe de redacción alzó la vista, escudriñándolo con escepticismo.

—¿A ti? —arqueó una ceja—. ¿De qué lo conocías?

Christian tragó saliva.

—No lo conocía de nada. Tuvimos sexo —soltó de golpe—. Metió una nota con un código dentro del bote de *poppers* mientras yo estaba en el baño. —Las palabras flotaron entre ellos antes de añadir—: Yo no lo maté.

El jefe de redacción no se inmutó. Su mirada permaneció fija en los documentos, como si las palabras de Christian fueran un dato irrelevante en comparación con lo que tenía frente a él.

—La policía lo sigue investigando.

Christian sintió un nudo en el estómago.

—La policía está equivocada.

Jade dio un paso hacia él, pero Christian se apartó.

El jefe de redacción ignoró la tensión entre ellos. Cerró la carpeta y la dejó sobre la mesa con un gesto calculado.

—Por cierto, dos agentes pasaron por la redacción preguntando por ti después de que me llamaras —soltó sin rodeos.

Jade se puso rígida.

—¿Qué les dijiste?

—Que estabas fuera por asuntos familiares —dijo—. Les ofrecí pasarte el mensaje.

—¿Y?

—Insistí, pero no dijeron nada sobre por qué te buscaban.

La habitación se quedó en silencio. Fuera, el viento movió las ramas, proyectando sombras inquietantes en las paredes de la cabaña. Y, por primera vez desde que el redactor jefe había llegado, Christian sintió que no eran solo ellos tres los que estaban en peligro.

42

Christian preparaba el cuarto té de la noche, de espaldas a Jade y al jefe de redacción, pero su mente estaba en otra parte. Podía sentir que hablaban de él. La incomodidad se convirtió en desconfianza, y esa sensación le subió por la columna como un frío que no podía sacudirse. Apretó las manos contra la tetera, dejando que el calor casi doloroso del metal disipara sus dudas. Literalmente estaban tramando algo a sus espaldas. Se giró. El silencio fue inmediato.

Jade y el jefe de redacción lo miraban.

—Gracias, Christian —dijo ella con voz neutra.

Él dejó la tetera sobre la mesa sin apartar la mirada de ellos.

—¿Qué va a pasar ahora?

Jade lanzó una rápida mirada al jefe de redacción antes de responder.

—Eso es lo que tenemos que planificar.

Christian frunció el ceño.

—Pensé que todo estaba claro. Publicar los documentos.

El jefe de redacción resopló.

—No es tan simple. Tú no sabes cómo funciona un periódico. Los artículos no se publican de un día para otro. Primero se aprueban, luego se editan, y se planea la publicación.

—Y no podemos arriesgarnos a que el enfoque del periódico no sea el adecuado —añadió Jade.

Christian apretó la mandíbula, pero no dijo nada. Se alejó de la mesa, observándolos desde la distancia.

—Quiero publicar los documentos —dijo Jade con firmeza.

El jefe de redacción arqueó una ceja.

—Tendremos que esperar. No podemos precipitarnos.

Christian intervino antes de que Jade pudiera responder.

—No podemos esperar. La policía me está buscando y yo no maté al asesor político.

—Sí, ya lo has mencionado antes —dijo el jefe de redacción con tono seco—. Pero mi periódico tiene una reputación. ¿Cómo sabéis que los documentos son auténticos?

Jade levantó los brazos.

—Por favor…

—Déjame que mueva algunos hilos primero. Necesitamos cotejar la información, asegurarnos de que todo esté en orden. No puedo publicar cualquier cosa que aparece en mi mesa.

Jade puso el dedo índice sobre la pila de documentos.

—Sabes perfectamente que estos documentos son auténticos. Mientras esperaba a que llegase, escribí un borrador del artículo para mañana.

El jefe de redacción negó con la cabeza.

—Mañana es imposible.

En medio de la acalorada conversación, Christian captó un ruido y se tensó. Un sonido, leve pero persistente. Un zumbido bajo y rítmico. Se acercó a la ventana. El sonido creció. Un motor.

—¿Habéis oído eso? —susurró sin apartar la vista de la negrura tras la ventana.

Afuera, la oscuridad lo cubría todo, pero entonces, en la distancia, una luz rompió la negrura. Un faro solitario, moviéndose lento hacia ellos. Christian forzó la vista. El perfil bajo, el rugido grave del motor y la silueta afilada eran inconfundibles.

—Es un Ford Sierra Sapphire —murmuró—. Modelo con potencia de sobra… y pinta de no estar aquí por casualidad.

El pulso se le aceleró.

—Alguien sabía que vendrías —soltó, girándose hacia el jefe de redacción.

El hombre, que hasta hacía un momento parecía seguro de sí mismo, balbuceó sin despegar los ojos de la ventana.

—Tomé precauciones…

—Pues no fueron suficientes —replicó Christian.

Afuera, el vehículo se detuvo. Un sudor frío resbaló por su frente.

—Tenemos que hacer algo —dijo Jade.

El pánico subió por la garganta de Christian.

—Un coche me siguió antes —confesó el jefe de redacción—, pero pensé que lo había despistado.

Christian miró de nuevo por la ventana. La noche, que hasta ese momento parecía solo oscuridad, cobró una presencia amenazante. Sintió el golpe de adrenalina en su cuerpo. La luz de los faros penetraba la densa negrura del bosque. No tenían tiempo.

—¡Cógelo todo y vámonos!

Jade recogió los papeles esparcidos en la mesa, la cinta roja y el tubo con manos temblorosas.

Christian cruzó la cabaña y forzó la ventana trasera hasta abrirla. Colocó una silla bajo el marco. El aire frío de la noche entró de golpe en la cabaña. Luego echó un vistazo hacia la parte delantera de la cabaña, donde el coche de Jade estaba aparcado, parcialmente oculto por unos arbustos.

—¿Y tu coche? —preguntó.

—Demasiado pequeño —susurró Jade—. Apenas tiene potencia para subir una cuesta.

Christian asintió.

—Cogemos el tuyo —le dijo al jefe de redacción—. Es un Rover 800. Si nos persiguen, vamos a necesitar algo más potente. ¿Tienes las llaves del coche?

El hombre, paralizado, tardó en reaccionar.

Christian no esperó. Lo agarró del brazo y lo obligó a levantarse.

—Si no salimos ahora, no habrá artículo que publicar. ¡Muévete!

El redactor jefe asintió. Su rostro estaba pálido como el de un cadáver.

Christian lo ayudó a subir por la ventana y deslizarse al exterior. Luego fue el turno de Jade que apagó la lámpara y todo quedó a oscuras. El redactor jefe, que ya estaba fuera, extendió los brazos para ayudarla a bajar. Christian fue el último. Se impulsó con las manos, pero resbaló y se golpeó el costado contra el marco. Ahogó una maldición. Jade lo agarró del brazo y tiró de él. Cayó sobre hojas secas y ramas que crujieron bajo su peso.

El motor se apagó, pero las luces siguieron encendidas. Los tres se quedaron inmóviles entre los arbustos. Christian levantó el dedo en señal de silencio. Dos hombres bajaron del coche. Vestían de negro y llevaban pasamontañas. Sus armas reflejaban la poca luz de la luna. El más alto hizo un gesto con la mano y se acercaron.

—Por aquí —susurró Jade.

Bordearon la cabaña en silencio. Christian sintió escuchó el sonido de la cerradura cediendo. Los hombres entraron. Christian apretó el brazo de Jade. Era el momento. Se movieron rápido hasta el coche del redactor jefe, aparcado a unos metros.

Christian llegó primero. Abrió la puerta con cuidado, entró y se colocó en la parte trasera. Jade se sentó delante como copiloto con el tubo, los documentos y la agenda apretados contra su pecho. El redactor jefe se subió al volante. Sus manos temblaban sobre las llaves.

Christian sintió la sangre bombearle en los oídos.

—Arranca —susurró—. Arranca ahora, o nos matan.

El redactor giró la llave.

Todo pasó muy rápido. El motor rugió. Los hombres dentro de la cabaña reaccionaron al instante. Los disparos rompieron la noche. Las balas impactaron contra el suelo y los troncos.

Christian se encogió instintivamente.

—Acelera, o nos van a cazar.

Jade aferró el tubo, los documentos y su agenda contra su pecho. El redactor jefe se inclinó sobre el volante y pisó el acelerador. El coche derrapó antes de tomar velocidad.

Christian miró por la luneta trasera.

—Mierda… —dijo entre dientes—. El Sapphire nos está pisando los talones.

Las sombras se desdibujaban mientras el vehículo avanzaba por una carretera de tierra y grava. El peligro estaba lejos de haber terminado. El coche se deslizaba por el camino como una bala nocturna. El rugido del motor era lo único que rompía el silencio.

Christian miró por la ventana. Los árboles pasaban rápido, proyectando sombras deformes. Se dio la vuelta. Los faros enemigos estaban cada vez más cerca.

—No frenes. Sigue recto.

El redactor jefe apretó el volante con los nudillos blancos. El coche perdía velocidad en el terreno irregular. Los ojos de Jade iban del reflejo de los faros en la ventanilla al tubo.

—Nos están alcanzando.

El coche negro que los seguía se acercaba rápido.

—¡Ahí! —gritó Christian, señalando un desvío apenas visible—. Métete ahí.

El redactor jefe giró bruscamente. Las ruedas derraparon y la grava saltó bajo el chasis. El coche se sacudió antes de recuperar estabilidad. El camino era estrecho y lleno de baches. Cada piedra sacudía el vehículo con violencia.

Las luces de los perseguidores desaparecieron por un instante.

—Mantén el control —dijo Christian, sujetándose a la puerta.

Las ruedas patinaron, pero el coche se mantuvo en la ruta.

Jade cerró los ojos un segundo.

—¿Crees que esto funcionará?

—Tal vez. Su coche es más grande, podrían tener problemas aquí.

Un bache los hizo saltar en sus asientos.

El redactor rio nervioso.

—No soy un maldito piloto de *rally*.

—Ahora tienes que serlo.

El coche rebotaba violentamente. De repente, apareció un destello en el espejo retrovisor. Christian sintió un vuelco en el estómago.

—¡Nos han encontrado! —gritó Jade.

Christian maldijo en voz baja. No tenían otra salida.

—Si seguimos así, nos alcanzarán.

El redactor lo miró desesperado.

—¿Y qué sugieres?

Christian buscó algo, cualquier opción. Entonces lo vio.

—Desvíate al bosque. Apaga las luces cuando entremos.

El redactor lo miró por el retrovisor.

—¡¿Estás loco?! No puedo conducir a ciegas.

—Hazlo, o nos matan.

El redactor jefe no tuvo tiempo de dudar. Apagó las luces y giró el volante con fuerza. El coche se precipitó hacia la espesura. Los tres se aferraron a sus asientos mientras el coche avanzaba disparado entre los árboles. Las ramas azotaban el coche mientras avanzaban a trompicones. La oscuridad los envolvió. Las luces de los perseguidores pasaron de largo.

Jade exhaló, sorprendida.

—Funciona.

Christian no aflojó la tensión en los hombros.

—Todavía no hemos salido de esta.

43

Si alguien le hubiera dicho a Christian una semana atrás que estaría huyendo con el redactor jefe de *The Guardian* y una periodista dispuesta a exponer un complot contra el gobierno de Margaret Thatcher, se habría reído en su cara.

Si además le hubieran dicho que sería el principal sospechoso de la muerte de un asesor político, se habría reído aún más.

Pero aquí estaba. Con el corazón latiendo en su garganta mientras el coche vibraba bajo sus pies con cada bache y el motor rugía como un león con gripe.

Los árboles se alzaban como muros a cada lado del camino, cerrándose sobre ellos como si quisieran devorarlos.

Cada vez que una rama golpeaba las ventanas, Christian se tensaba. Miró a Jade. Apretaba el cilindro de documentos contra su pecho. Esto era real. Y podían morir en cualquier momento. Un bache los lanzó hacia arriba.

Christian se aferró al asiento con el estómago encogiéndosele con cada tumbo.

—¡Písale más fuerte! —gritó Jade.

—¡Le estoy pisando a fondo!

Christian giró la cabeza. Las luces de los perseguidores se perdieron un instante entre los árboles. Pero enseguida reaparecieron. Más cerca. Más agresivas.

Un nudo le cerró el pecho.

—¿Cuánto falta para la carretera principal?

No hubo respuesta. El coche golpeó otro bache. El impacto los lanzó contra las puertas. Las ruedas derraparon, peleando por recuperar tracción. Los matones estaban demasiado cerca.

Un disparo retumbó. Luego otro. Las balas silbaron entre los árboles.

—¡Agachaos! —gritó el redactor jefe.

Christian se cubrió la cabeza.

Un golpe seco sacudió la carrocería, como un puño de acero golpeando el chasis.

El coche enemigo estaba encima. Se les pegó tanto que Christian sintió en la nuca el aliento de la muerte. En segundos, los alcanzarían.

—No llegaremos a la carretera. Baja el terraplén. Baja el terraplén hasta el camino paralelo. ¡Ahora!

—¿Estás loco? —gritó el redactor jefe.

—¡Ahora o nos matarán!

No hubo más discusión.

El redactor jefe giró el volante y el coche se precipitó por el terraplén. Las ruedas rebotaron sobre la tierra húmeda. Las ramas arañaban el coche al pasar mientras avanzaban a trompicones. Todos gritaron al unísono mientras el vehículo se tambaleaba peligrosamente, chocando contra las irregularidades del terreno. El coche botó al pisar una raíz oculta. Christian se golpeó contra la puerta con el cinturón que le oprimía el pecho. La velocidad aumentó aún más. El coche se inclinó peligrosamente hacia un lado.

El redactor jefe intentó corregir la trayectoria, pero era tarde. El coche se estrelló con un impacto ensordecedor. El parabrisas explotó y los cristales volaron como metralla y el mundo se oscureció.

Christian sintió el tirón del cinturón que le arrancó el aire de los pulmones. El dolor en el pecho se mezcló con la confusión. Todo se detuvo. Parpadeó, aturdido, con el sonido de su propia respiración resonando en sus oídos. Una sensación de humedad le recorrió la frente, pero no sabía si era sudor o sangre.

El coche había quedado encajado contra un árbol. El motor soltó un último quejido y murió. El aire olía a gasolina.

Christian intentó moverse, pero un dolor en las costillas lo dejó sin aliento al desabrocharse el cinturón de seguridad.

El parabrisas colgaba de un lado como un trozo de piel muerta, y el frío aire nocturno entraba a raudales, mezclándose con un humo gris.

Tosió.

Jade gimió a su lado. Tenía un corte en la sien y la sangre se deslizaba, formando un delgado rastro que manchaba su mejilla. Sus ojos estaban abiertos, pero su rostro estaba pálido.

—Jade, tenemos que salir pitando —le dijo, con el aliento entrecortado.

Ella levantó una mano temblorosa, buscando algo. Christian siguió su mirada. El redactor jefe estaba inclinado contra la ventanilla, la cabeza ladeada y el pelo pegajoso de sangre. Sus manos seguían aferradas al volante, como si incluso inconsciente se negara a soltarlo.

Christian apoyó los dedos en su cuello y notó que tenía pulso.

—Está vivo.

Jade lo miró con desesperación.

—No lo puedo dejar solo.

El olor a gasolina se intensificó. Christian recorrió el coche con la mirada. No quedaba mucho tiempo. Si no salían ya, morirían.

—Jade, tenemos que irnos.

Ella negó con la cabeza. Con manos temblorosas, le tendió el cilindro, los documentos y la agenda.

—Vete tú. Toma esto. Si vienen, no encontrarán nada.

Christian no lo aceptó.

—Si vienen, os matarán.

Jade esbozó una sonrisa débil que desapareció en una mueca de dolor.

—Eso no lo sabemos. Serían demasiadas muertes que tapar. —Tosió varias veces—. Pase lo que pase, tú sabes la verdad.

Christian no podía dejarla.

—Jade.

Ella lo agarró del brazo desesperada.

—Escúchame. Ve a la redacción. Pregunta por Thomas. Alto. Pelirrojo. Él sabrá qué hacer.

—Jade…

—¡Vete!

Christian tragó saliva, asintió y tomó los documentos, el cilindro y la agenda. Salió corriendo. Cada bocanada de aire le ardía en la garganta. El latido en su pecho retumbaba como un tambor de guerra. El bosque lo envolvió.

Entonces, dos disparos rompieron la noche y su estómago se encogió. El pánico lo empujó hacia delante. Más rápido. Más lejos.

44

CHRISTIAN CAMINABA DESORIENTADO por el arcén de una carretera estrecha. A cada lado, altos setos formaban un pasillo de maleza que ocultaba los campos. El agotamiento pesaba en sus piernas, pero el miedo lo mantenía en movimiento. No podía detenerse. Había dejado atrás a Jade y al redactor jefe, malheridos.

O quizás… muertos.

Apretaba el cilindro y los documentos en una mano y la agenda de Jade en la otra. Era todo lo que quedaba. Solo dependía de él. ¿Había hecho lo correcto?

Tropezó con una raíz y casi cayó.

El bosque parecía no tener fin. Necesitaba encontrar una carretera, un pueblo, cualquier cosa. Pero la vegetación seguía cerrándose a su alrededor. Respiró hondo e intentó escuchar más allá de su propio pulso desbocado.

Silencio.

No había rastro de los perseguidores ni de los disparos. ¿Se habían rendido? ¿O habían encontrado a Jade y al redactor jefe?

El cielo clareaba poco a poco. Estaba amaneciendo. Los primeros destellos de luz se filtraban entre los árboles. No podía quedarse aquí. Recordó las palabras de Jade:

«Pregunta por Thomas. Alto. Pelirrojo. Él sabrá qué hacer».

Finalmente, tras lo que pareció una eternidad, divisó un claro entre los árboles. Emergió del bosque y divisó una carretera angosta, apenas iluminada por el amanecer.

Se dejó caer de rodillas en el borde del camino, jadeando.

El cielo se teñía de tonos dorados. La luz filtrándose entre las ramas creaba sombras largas sobre el pavimento húmedo.

Hacía apenas una semana, su mayor preocupación era encontrar un taxi tras una noche de juerga en el Soho. Ahora, su mundo se reducía a esto.

Pasó frente a una casa de campo con techos de paja, pero se detuvo antes de acercarse. No podía arriesgarse a alarmar a nadie.

Un coche pasó. Levantó la mano, pero siguió de largo.

Un pequeño camión cargado de ovejas redujo la velocidad y se detuvo junto a él. El fuerte olor a ganado lo envolvió.

Christian se acercó con cautela.

—¿Londres? —preguntó.

El conductor, un hombre robusto con una gorra de lana gris manchada de tierra, lo observó con curiosidad. Luego asintió y le hizo un gesto para que subiera.

Christian se encogió en el asiento, el cilindro apoyado en sus rodillas y los documentos y agenda escondidos debajo de la camiseta.

—Gracias.

El granjero lo observaba de reojo mientras conducía.

—¿Mala noche?

Christian intentó sonreír.

—Despedida de soltero.

El granjero soltó una carcajada.

—Sí, esas son las peores —murmuró con un deje de complicidad. Luego, sin mirarlo directamente, preguntó—: ¿Novia?

—Más o menos.

—A tu edad, ya estaba casado y con dos hijos.

Christian apenas escuchaba. Su mente seguía atrapada en el bosque. Jade. El redactor jefe. Los disparos. El coche destrozado. El sudor le perlaba la frente. Cada sacudida del camión lo traía de vuelta al presente, pero la ansiedad no se disipaba.

El granjero habló de nuevo:

—Tengo que desviarme aquí.

Christian parpadeó, volviendo al presente.

—Gracias.

—Ahora, a dormir —se despidió el granjero con una sonrisa tranquila.

Christian bajó del camión. Miró a su alrededor. Estaba en Enfield. Solo importaba llegar a la redacción, entregar los documentos y hacerlo antes de que lo encontraran.

45

Un taxi y un par de cambios de metro después, Christian salió de la estación de Farringdon.

Eran casi las diez de la mañana.

El sonido de las campanas de una iglesia cercana se mezclaba con el rugido del tráfico matutino. A su alrededor, un río de gente se movía con prisa. Algunos con bufandas cubriéndoles media cara, otros aferrándose a sus periódicos doblados. El cielo, cubierto de nubes bajas y grises, prometía otro día apagado de otoño.

Christian se detuvo frente a la sede del periódico *The Guardian*. Sus piernas pesaban. Se ajustó la chaqueta.

«Pregunta por Thomas. Alto. Pelirrojo. Él sabrá qué hacer».

Las palabras de Jade le daban vueltas en la cabeza.

Levantó la vista. En el reflejo del cristal vio su chaqueta sucia y su pelo cubierto de barro seco. Un temblor ligero recorría sus manos. Cansancio, adrenalina y miedo se combinaban a partes iguales.

Si cruzaba esas puertas, no habría vuelta atrás. Pero estaba hambriento y hecho un desastre. Necesitaba despejarse antes de enfrentarse a lo que venía. Comer algo y refrescarse un poco. Solo serían unos minutos.

Cruzó la calle y entró en el Press and Brew. Entró, dejando atrás el bullicio del tráfico. Los pocos clientes estaban sumidos en sus periódicos o en conversaciones apagadas. Nadie se fijó en él.

Se acercó a la barra con la cabeza gacha.

—Un té y un sándwich de queso —pidió.

El camarero asintió y se giró.

Christian aprovechó para ir al baño. En el espejo, su reflejo confirmaba lo que sentía: ojos rojos, barba descuidada, la tensión marcada en el rostro.

Se mojó la cara con agua fría. Subió la cremallera de la chaqueta para ocultar las manchas de su camiseta y volvió a la barra.

No fue consciente del hambre que tenía hasta que devoró el sándwich y se bebió el té de un trago. Fueron los minutos más placenteros de las últimas veinticuatro horas. Hasta que sonó la campanita de la puerta. Y su momento de paz se hizo añicos.

La voz con acento americano le heló la sangre.

—Vaya, vaya, vaya… Nos volvemos a encontrar.

El corazón de Christian se detuvo un instante antes de acelerarse. Bajó la taza sin girarse, tratando de controlar el temblor en sus piernas.

El hombre se acercó apoyado en su bastón y le rozó el brazo. Era alto, de complexión delgada y con el pelo de color sal y pimienta. Rondaba los cuarenta y vestía un traje oscuro, perfectamente ajustado a su cuerpo como si estuviera hecho a medida y, en el bolsillo del abrigo, un bolígrafo dorado con el logo del hotel Savoy.

—Un café para mí —le pidió al camarero y, acto seguido, extendió la mano hacia Christian—. Me llamo John McCabe.

Christian no le devolvió el gesto. Buscó una salida con la mirada.

McCabe estiró una sonrisa.

—No se moleste. Mi gente está afuera.

Christian sintió un nudo en el estómago y su espalda se cubrió de sudor frío. El siseo de la máquina de café le pareció lejano. Recordó la venda en los ojos. Las ataduras. El cañón frío contra su sien.

—¿Va a matarme? —logró decir finalmente.

McCabe sonrió antes de soltar una carcajada breve.

—Si quisiera matarle, ya lo hubiera hecho. A mí me da igual. Pero hay gente a la que no le da igual. ¿Me explico?

Le señaló una mesa cercana. Dos hombres en la puerta bloqueaban cualquier intento de huida.

Christian se sentó frente a McCabe, que lo observaba con una media sonrisa.

—¿Sabe? El café en Estados Unidos es mucho más aguado que el de aquí en Europa. Aunque depende de dónde vaya. ¿Usted cómo lo prefiere?

—Tomo té.

—Hm… Como la reina.

—Nunca me he tomado un té con la reina.

—Yo sí. Varias veces. Tiene un humor mordaz y seco.

—¿Ha venido a hablarme de la reina?

McCabe apoyó su bastón sobre la mesa. Christian lo miró con cautela.

—Hace años —comenzó el americano—, trabajé en una operación en un lugar que, a estas alturas, ya nadie recuerda. Un país pequeño, sin importancia geopolítica, pero vital para ciertos intereses. Teníamos que asegurarnos de que un líder rebelde no cayera en las manos equivocadas. No era ni bueno ni malo, simplemente era necesario que su vida siguiera su curso natural. Quiero dejar claro que no soy de ninguna ideología política. —Bebió otro sorbo de café antes de continuar—. Nos dijeron que un grupo paramilitar había tomado una escuela en las afueras. Nuestro

contacto local juró ayudarnos a encontrar al líder antes que ellos. Pero fue una trampa. Nos emboscaron. No nos dimos cuenta hasta que fue demasiado tarde. —Se quedó en silencio un segundo, como atrapado en un recuerdo distante—. Una granada explotó a unos metros de mí. Me lanzó contra una pared. Cuando intenté levantarme, descubrí que algo no iba bien. —Señaló su pierna con un leve gesto—. Desde entonces, esta pierna nunca volvió a ser la misma. Perdimos a casi todo el equipo. Y al líder también. Todo por un maldito error de cálculo.

Christian no apartaba los ojos del bastón. Algo en su diseño le llamó la atención. McCabe giró el extremo con calma, revelando una hoja oculta.

La expresión afable del americano se transformó en una sonrisa afilada como la de un lobo.

—Lo que intento decirle es que un error de cálculo puede costarle la vida. ¿Tiene algo para mí?

Christian se echó hacia atrás.

El tono de McCabe no dejaba lugar a dudas. No era una pregunta. Era una advertencia.

—Mientras hablamos, alguien ya planea cómo hacerse con esos documentos —añadió el americano con una tranquilidad inquietante —. Ya sabe por qué, ¿verdad?

Christian negó lentamente.

—Claro que lo sabe —dijo McCabe—. Esos documentos detallan un plan que no puede ver la luz.

—Yo no maté al asesor político.

—Lo sé. Pero ya se lo he dicho, no me importa. No soy de ninguna ideología política. Simplemente, tengo una misión que cumplir y usted se ha puesto en mi camino. Así que hágase un favor y quítese del medio. No cometa un error de cálculo.

Christian sintió el peso de esas palabras. Apretó el cilindro con fuerza, pero McCabe no parecía alguien que aceptara un «no» como respuesta.

El bastón sobre la mesa no era una amenaza. Era una certeza.

Aflojó los dedos, sacó el cilindro de su chaqueta y lo dejó sobre la mesa. Lo empujó hacia McCabe con lentitud.

McCabe mantuvo fija la mirada en Christian como si fueran dos jugadores de ajedrez. Lo giró entre los dedos, como un trofeo.

Christian se puso de pie. Mantuvo las manos en los bolsillos, cerradas en puños. Su corazón no bajaba de las ciento cuarenta pulsaciones por minuto.

McCabe hizo un leve gesto y los hombres en la puerta se apartaron.

Christian salió del café sin mirar atrás. Y corrió. Corrió sin pensar, sin detenerse, sin respirar. Se perdió entre la multitud de Londres. Porque esto aún no había terminado.

46

John McCabe acariciaba el bastón de cabeza de león plateado mientras se acomodaba en el asiento trasero del sedán negro. El coche avanzaba con suavidad sobre el adoquinado de Londres, amortiguando el traqueteo con una suspensión impecable. El interior del vehículo estaba forrado en cuero negro y decorado con madera pulida. Los cristales tintados lo separaban del mundo exterior.

Las nubes colgaban bajas y pesadas sobre Londres, como si en cualquier momento fueran a desgarrarse en un torrente que lavaría las calles de la ciudad. Finalmente, tenía el cilindro con los documentos confidenciales en su poder. Se inclinó hacia delante y habló en tono sereno:

—Es pronto para volver. Dé una vuelta por el Támesis.

El chófer, un hombre de mediana edad con una compostura impecable, asintió sin apartar los ojos del camino. Sus manos, grandes y curtidas, sujetaban el volante con precisión.

—¿Preocupado, jefe?

—¿Por qué lo dice?

—Siempre damos una vuelta por el Támesis cuando necesita pensar.

John McCabe sonrió.

—Me conoce demasiado bien.

Apoyó el codo en el reposabrazos y observó el río a través de la ventanilla. La quietud del Támesis, inmutable ante el bullicio de la ciudad, le recordaba la naturaleza de Londres: una ciudad antigua, implacable, que había visto imperios alzarse y caer. Londres seguiría allí, mucho después de que él y sus secretos se convirtieran en polvo.

Europa, la vieja, siempre le había fascinado. Había algo en este continente que no podía encontrarse en ningún otro lugar del mundo.

La primera vez que puso un pie en el suelo londinense, lo recibió una fría ráfaga de viento que lo hizo estremecerse bajo su abrigo ligero. Era invierno entonces, y la ciudad estaba envuelta en un frío cortante, con el cielo gris perpetuamente encapotado, filtrando una luz pálida y sin vida sobre las calles empedradas. Pero el bullicio de la ciudad seguía imparable.

Pasó unas semanas familiarizándose con la ciudad. Caminó por las calles del centro y observó monumentos que solo había visto en libros y películas. El Big Ben, la Abadía de Westminster, el Palacio de Buckingham, pero fue el Támesis, con su imponente presencia, lo que realmente capturó su imaginación. Había algo en la energía de la ciudad, una mezcla de historia, poder y constante movimiento, que lo atrajo y lo inquietó al mismo tiempo. Conoció a hombres y mujeres que parecían hechos de la misma piedra que los edificios que ocupaban, endurecidos por décadas de política, espionaje y maniobras en las sombras.

El coche se detuvo en un semáforo.

McCabe observó las hojas arremolinándose en el aire. Al igual que esas hojas, el equilibrio en el que trabajaba era frágil, susceptible a los vientos cambiantes de la política y el poder. Pero él

estaba allí para asegurarse de que ninguna ráfaga inesperada derrumbaría el árbol.

El sedán retomó su marcha.

Sus pensamientos derivaron hacia Christian. Había algo en los ojos de ese muchacho que le recordaba a sí mismo cuando era joven. Esa arrogancia e impaciencia. La creencia de que el mundo podía moldearse con sus propias manos. Si tiene suerte y consigue un buen abogado, quizás pueda alegar indicios circunstanciales y evitar que sea sentenciado por la muerte del asesor político.

Acarició su bastón. No había llegado a los treinta cuando aquella explosión le arrebató su brillante carrera militar. Una herida que no solo marcó su cuerpo, sino también su destino. Pero eso le abrió las puertas a proyectos más grandes.

Con un gesto relajado, desenroscó la tapa del cilindro. Tendría que evaluar los próximos movimientos estratégicos. Las llamadas que haría. El equilibrio que mantendría con esos documentos en su poder, pero en el instante en que miró dentro del cilindro, su mundo se detuvo.

Estaba vacío.

La incredulidad lo congeló primero. Luego, la realidad se filtró lentamente, como veneno. La máscara de control en su rostro se agrietó.

—Maldito danés. Lo subestimé —murmuró entre dientes.

El chófer captó su expresión de incredulidad y furia en el retrovisor. Aminoró la marcha.

—Jefe, ¿volvemos a la cafetería? Puedo llegar en pocos minutos.

McCabe cerró los ojos un instante, dejando que la ola de rabia se disipara.

No. Era demasiado tarde.

—Se nos ha escapado. —Hubo una pausa—. Le darán caza y lo eliminarán.

El sedán seguía su recorrido por la orilla del Támesis.

McCabe exhaló lentamente. Su mente trabajaba con precisión quirúrgica mientras anticipaba los próximos movimientos de Christian, pero ese joven era una bomba de relojería que podía estallar en cualquier momento.

47

CHRISTIAN SUBIÓ los escalones de la entrada principal de *The Guardian*. La fachada de ladrillo oscuro y los ventanales reflejaban el cielo gris de Londres.

Empujó la puerta giratoria y entró a recepción. El vestíbulo era sobrio, con lámparas colgantes y paredes decoradas con fotografías en blanco y negro: protestas, guerras, líderes derrocados. En el centro, un mostrador de madera oscura. Sobre él, un reloj de bronce con una inscripción en latín: *Tempus Fugit.* El tiempo vuela.

Se acercó a la recepcionista, una mujer de cabello oscuro recogido en un moño impecable. Levantó la vista apenas antes de atender una llamada.

—Vengo de parte de Jade Kingston. Necesito hablar con Thomas. Alto, pelirrojo.

—¿Y usted es?

Christian se inclinó sobre el mostrador.

—Dígale que soy la razón por la que Jade Kingston ha estado ausente.

Ella se quedó con el teléfono en la mano y expresión intrigada.

—Tome asiento, por favor.

Christian se dejó caer en una silla de cuero gastado.

Sobre la mesa de cristal, varios periódicos del día anterior. Uno tenía su foto en portada. Se veía diferente en la imagen: el pelo más corto, sin la barba rubia que ahora intentaba ocultarlo.

Echó un vistazo a su alrededor. Nadie parecía prestarle atención, pero su paranoia ya estaba instalada. Con un gesto rápido, giró el periódico boca abajo.

El guardia de seguridad recorría la recepción con pasos lentos.

Christian sintió su mirada sobre él.

«No te delates. No te muevas. No respires más rápido», se repetía.

Un hombre alto y pelirrojo apareció al otro lado de la sala. Llevaba una camisa arrugada bajo una chaqueta de *tweed* que había visto mejores días. Su barba descuidada sugería varias noches sin dormir.

Se acercó y le tendió la mano.

—Soy Thomas —se presentó. Christian la estrechó sin dar su nombre—. ¿Dónde está Jade? ¿Por qué no ha llamado?

—No quiero policía —susurró—. ¿Podemos hablar en privado?

El periodista lo observó con más atención y lo reconoció.

Él se tensó y se preparó para salir corriendo de nuevo, pero después de un instante, Thomas suspiró y relajó la postura.

—Esto es un periódico, no una comisaría —dijo—. Si vienes de parte de Jade, aquí estarás a salvo. Ven conmigo.

Christian se ajustó la gorra y lo siguió a través de la redacción. El sonido de las máquinas de escribir y los teléfonos llenaba el ambiente. Periodistas iban de un lado a otro, algunos discutiendo titulares, otros tecleando sin descanso.

Cruzaron un pasillo estrecho.

—Iremos a mi oficina. Por aquí.

El bullicio quedó atrás. Thomas abrió una puerta y dejó pasar a Christian. Era un espacio pequeño y ordenado. Antes de cerrar, el periodista colgó un cartel en la manilla: «No molestar». Libros sobre política, periodismo y economía abarrotaban las estanterías. Un gran ventanal dejaba entrar la luz. Sobre el escritorio, una máquina de escribir, pilas de papeles y un cenicero con colillas apagadas daban testimonio de largas noches de trabajo.

Thomas se quitó la chaqueta y la lanzó sobre una silla.

—Siéntate. ¿Té o café?

—Agua está bien, gracias —respondió Christian con la garganta seca.

Le sirvió un vaso y luego levantó el teléfono.

—Tania, desvía todas mis llamadas. Solo interrúmpeme si es el redactor jefe o Jade. Nadie más. —Colgó y se giró hacia Christian—. Sé que el redactor jefe se reunió con Jade. ¿Qué pasó después?

Él se bebió el agua de un trago, luego sacó el rollo de papeles atado con la cinta roja y la agenda de Jade y los puso sobre el escritorio.

—Tuvimos un accidente —explicó Christian—. Jade me pidió que te los entregara antes de… antes de que todo se complicara.

Thomas deshizo el lazo y hojeó los documentos. Su expresión se endureció a medida que avanzaba en la lectura.

—En la agenda de Jade hay un borrador del artículo que quería publicar —explicó Christian.

—Esto es una bomba —dijo Thomas sin apartar los ojos de los papeles.

—El redactor jefe dio luz verde antes de que intentaran atraparnos.

El periodista entrelazó los dedos sobre la mesa.

—Eso no cambia nada. Sigue siendo una bomba.

—Soy inocente. No tengo nada que ver ni con esto ni con la muerte del asesor.

Thomas se reclinó en su silla, pensativo. El silencio pesó en la habitación. Christian se puso de pie y extendió la mano hacia los documentos.

—Si no publicáis esto, me los llevaré a otro periódico.

Thomas puso la mano sobre los papeles antes de que pudiera cogerlos.

—No. Estos documentos se quedan aquí.

Christian apretó la mandíbula.

—Yo. Soy. Inocente.

—Lo sé. —Su tono no era de duda. Era de certeza—. No salgas de esta oficina. Es fácil reconocerte. Si necesitas algo, usa el baño de aquí, pero no te muevas hasta que vuelva.

—¿Cuál es el plan?

Thomas ya estaba en la puerta.

—Publicar el artículo de Jade.

Salió y cerró tras de sí.

Christian se desplomó en la silla. Había cumplido. Los documentos estaban en manos del periódico. Respiró hondo y por primera vez en días, sintió que tenía una oportunidad, un atisbo de esperanza. Hasta que sonó el teléfono y cortó el silencio como un disparo.

48

El teléfono sonó de nuevo. La luz roja del aparato parpadeó con insistencia. Thomas había sido claro: solo debía responder si la llamada era de Jade o del redactor jefe. ¿Y si era uno de ellos? ¿Y si estaban vivos? Sonó una tercera vez. Esta vez más fuerte, o al menos así le pareció a Christian. Con la mirada fija en la luz intermitente, inspiró hondo, exhaló y levantó el auricular.

—¿Jade?

—¿Hablo con Christian? —respondió una voz de hombre al otro lado de la línea.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Quién es?

—Yo hago las preguntas. ¿Está solo?

Christian apretó los dientes.

—¿Qué quiere?

—Sabe perfectamente lo que quiero.

La voz era una voz grave y afilada como una navaja.

—Sea quien sea, lo que busca saldrá a la luz pública mañana. No puede evitarlo.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea. Luego una risa. Seca. Vacía.

—No. Eso no va a suceder. Vas a hacer exactamente lo que te diga.

Christian sintió la rabia subirle a la garganta.

—Váyase a la mierda. Me han metido en esto y…

—Alguien quiere hablar con usted —le interrumpió aquella voz.

Christian tardó una milésima de segundo en entender las palabras y entonces escuchó una voz que le congeló hasta la médula.

—¿Christian?

Todo su mundo se detuvo. El aire en la habitación se volvió espeso, irrespirable. Su corazón dio un vuelco brutal, como si alguien hubiera tirado de él con violencia.

—¿Mamá?

—*Min skat*… Hijo, ¿qué está pasando? ¿Quiénes son estos señores?

Apretó el teléfono con fuerza.

—Mamá, ¿estás bien?

La voz del hombre volvió con una burla venenosa.

—Su encantadora madre está perfectamente. Siempre he tenido debilidad por los acentos escandinavos. Y debo decir que su madre debió de ser muy guapa en su juventud.

—Si le hace algo a mi madre, le mato.

—Oh, por favor. Sabes que la policía te está buscando por ser sospechoso de la muerte de nuestro querido Alan Pennington. Una rata traidora.

—Déjela ir. No tiene nada que ver con esto.

—Eso depende de usted.

El sudor frío le bajó por la espalda.

—¿Qué quiere?

—Escuche bien. No voy a repetírselo.

Y entonces, la voz comenzó a dictar instrucciones.

Christian apenas podía procesar lo que acababa de escuchar. Cuando colgó, el golpe en su pecho fue tan fuerte como si le hubieran arrancado el corazón de un tirón.

Habían raptado a su madre. Lo tenían acorralado.

Sabían dónde estaba, qué hacía. No le quedaba margen de maniobra. Si los documentos se publicaban, su madre moriría. Si no lo hacían, nunca demostraría su inocencia.

Pasó una mano por su cara, tratando de pensar. No había salida.

La puerta se abrió de golpe. Christian se tensó.

Era Thomas.

—Tengo buenas noticias —anunció—. El redactor jefe está en el hospital. Jade viene en camino. Tenemos que movernos rápido.

—¿Qué… qué le pasó exactamente?

—No me lo dijo. Llegará en un par de horas y nos lo contará. —Thomas sonrió, aliviado—. Me ha pedido que cuide de ti.

Christian intentó devolverle la sonrisa, pero su rostro no obedecía. Su madre estaba en peligro. No podía quedarse allí.

—Alguien ha preguntado por ti —soltó, con voz tensa.

Thomas frunció el ceño.

—¿Quién?

—Creo que una de las chicas de recepción. No estoy seguro. Pero decía que era urgente. Muy urgente.

El periodista suspiró, molesto.

—Voy a ver qué pasa. Quédate aquí.

Tan pronto como la puerta se cerró, Christian enrolló los documentos con la cinta roja. Sus manos temblaban al escribir en un post-it. Lo pegó sobre la agenda de Jade.

«Lo siento. Christian».

Sujetó los documentos contra su pecho y se dirigió al baño contiguo. Abrió la ventana, respiró hondo y se deslizó al exterior. La ventana daba a la calle, apenas a metro y medio del suelo. Cayó con un golpe seco sobre el asfalto mojado.

El tráfico avanzaba lento. Taxis y autobuses llenaban la calle. La multitud se movía a su alrededor, indiferente, ajena a su desesperación. Había vuelto a huir. Había mentido. Y ahora estaba más solo que nunca. Un taxi se acercó y él levantó la mano sin pensar. El coche se detuvo.

—¿A dónde, jefe?

Christian vaciló.

«Piensa. Piensa», se repetía en su cabeza.

—Soho —respondió al fin.

Se hundió en el asiento trasero y cerró los ojos por un segundo. Su madre estaba en peligro. Todo por su culpa.

—¿Qué hago ahora? —murmuró.

49

CHRISTIAN BAJÓ del taxi y caminó por el Soho con la sensación de que cada paso lo hundía más en el suelo.

Londres seguía su curso, indiferente a su caos interno. Las luces de neón parpadeaban sobre los escaparates, la multitud llenaba las calles, los pubs y clubes rebosaban de vida. Pero nada de eso importaba. Tenían a su madre. Todo por su culpa.

El peso de los documentos lo hacía caminar más despacio, como si llevara una bomba atada a la cintura a punto de estallar.

Pasó junto a un quiosco de esquina. Un cartel desvencijado colgaba sobre la entrada: *Daily News & Mags*. Los ganchos sostenían los periódicos y revistas. Su rostro ya no estaba en las portadas del día.

Un problema menos.

Las revistas apiladas en los estantes metálicos mostraban de todo: tabloides, cómics, publicaciones especializadas. Detrás del mostrador, el vendedor se acomodaba en una silla gastada.

La policía lo buscaba como sospechoso de la muerte de un asesor político del gabinete de Thatcher. Los conspiradores no querían que los documentos salieran a la luz. Y ahora, su madre era la moneda de cambio.

Si no entregaba los documentos, la mataban. Si los destruía, él seguiría siendo un fugitivo. No había salida.

Christian pasó la mano por las revistas expuestas, hojeando sin ver.

Sus dedos se detuvieron en un cómic de *Walt Disney*. Mickey, Donald, Goofy, Minnie. Sonrisas en un pícnic soleado. Por un instante, todo lo demás desapareció. Recordó a su padre que solía traerle la versión danesa del cómic, *Anders And*, cada vez que viajaba por trabajo. Christian los devoraba página por página, dejando que las viñetas lo transportaran a un mundo donde todo tenía sentido, donde los problemas siempre se resolvían.

Pasó las páginas y leyó con nostalgia los diálogos.

BOOM! ZAP! KRAK!

Sintió el impulso de comprarlo.

—Un final feliz —murmuró.

Miró el cómic por última vez y de repente se le ocurrió una idea. La más absurda de todas. Y la única que, quizás y solo quizás, funcionara… si sabía cómo controlar su miedo.

Cruzó la calle y entró en la ferretería de la esquina. El tintineo de la campanilla anunció su llegada. El aire olía a serrín y metal. Estantes de madera alineaban el espacio, repletos de herramientas: martillos, destornilladores, sierras, cajas de clavos. Detrás del mostrador, un anciano con gafas gruesas repasaba un viejo cuaderno de tapas de cuero.

Alzó la vista.

—Buenas, joven. ¿Qué necesita?

Christian recorrió las herramientas colgadas en la pared. Pidió consejo. Hizo preguntas. Enumeró lo que necesitaba. El anciano se dio la vuelta para entrar en el almacén.

Él aprovechó la oportunidad para arrancar las hojas gastadas del viejo cuaderno y las escondió en la chaqueta. Era parte del plan.

Minutos más tarde, el anciano volvió al mostrador y dejó los objetos encima.

—¿Algo más?

—Con esto será suficiente.

Pagó y salió de la tienda con la bolsa en la mano.

Luego pasó por una pequeña filatelia a pocos minutos andando. Esperó a que el encargado se distrajera con unos turistas, y entonces deslizó la mano hasta un expositor tras el mostrador.

Cuando salió, tenía en el bolsillo algo más que le serviría para terminar su plan.

No tardó en llegar a una cafetería con baño en el sótano. Se encerró en el cubículo más alejado y lo preparó todo. Cuando terminó, levantó la mirada. El plan era una locura. Posiblemente suicida. Pero era la única forma de salvar a su madre. La única forma de asegurarse de que la verdad viera la luz. Ahora le tocaba a él mover ficha. No había más alternativas. No más huidas. Era el momento de sacrificarse. Y, sobre todo, de demostrar que el verdadero cobarde en la familia nunca había sido él.

50

Christian se dejó caer en el asiento del tren que lo llevaba de Charing Cross a Royal Tunbridge Wells. A su alrededor, empleados agotados regresaban a casa con abrigos pesados y maletines sobre las rodillas. El vagón vibraba con el traqueteo del tren. A través de la ventana, las luces de Londres se desdibujaban poco a poco. El Támesis reflejaba destellos lejanos mientras cruzaban el río. Las siluetas de los rascacielos se disolvían en la distancia, engullidas por la niebla nocturna.

Christian mantuvo la mirada en el paisaje. No había plan B. Si algo salía mal, no habría escapatoria. No era miedo. No esta vez. Esta vez no iba a huir.

Después de casi una hora, el tren llegó a Royal Tunbridge Wells. La estación, con su estructura victoriana, estaba iluminada por luces amarillas que resaltaban la piedra envejecida.

Christian bajó con el estómago agarrotado. Tomó un taxi hasta la clínica psiquiátrica.

—Espere veinte minutos —le dijo al taxista, deslizando un billete con una propina generosa.

El conductor arqueó una ceja, pero asintió sin hacer preguntas.

Christian rodeó la parte trasera de la clínica que daba al jardín. Sus dedos tantearon hasta encontrar el hueco entre los ladrillos sueltos. Levantó la alambrada lo justo para colarse. Se movió rápido, pegado a la pared, evitando la recepción.

Nadie lo vio.

Llegó hasta la sala de visitas privada y asomó la cabeza por la puerta entreabierta. Su madre estaba allí. Pero no estaba sola. Dos hombres la flanqueaban. Los reconoció al instante. Eran los mismos que habían irrumpido en su casa fingiendo ser policías. Uno más alto y corpulento, con una mandíbula dura como piedra, y el otro más bajo, con hombros anchos y expresión imperturbable. Iban vestidos con bata de médicos. Ella estaba sentada en una silla, con la mirada perdida y los párpados pesados. Sedada.

El corazón de Christian golpeaba el pecho con fuerza, pero se obligó a respirar hondo.

Los hombres se giraron al notar su presencia. Lo estaban esperando. El más alto sonrió complacido y miró el cilindro sellado en las manos de Christian y un destello de codicia brilló en sus ojos.

—Démelo.

Christian no se movió.

—Suelte a mi madre primero.

Los hombres se miraron. El más bajo encogió los hombros y el otro hizo un gesto con la cabeza.

—Que se largue la vieja. Sabemos en qué habitación está, por si tuviéramos que volver —dijo jugueteando con una navaja.

Christian se giró hacia su madre.

—Mor, Gå ud gennem haven til hegnet. Der er en taxa der venter på os. Sørg for, at ingen kan se dig. INGEN. Jeg kommer nu —le dio instrucciones para que saliera por el hueco de la alambrada y se metiera en el taxi que los esperaba.

Su madre parpadeó, pero no reaccionó de inmediato. Se quedó quieta, con la mirada perdida, como un maniquí roto.

Christian contuvo el aliento cuando ella comenzó a moverse. Los tranquilizantes la mantenían en un estado casi letárgico. Pasó junto a él sin decir nada y cruzó la puerta.

Estuvo a punto de insistir cuando el matón más alto dio un paso adelante.

—En inglés, para que nos entendamos todos.

—Le dije que volviera a su habitación, que ahora paso yo —mintió.

Le pedía al cielo que su madre hiciera lo que le había dicho.

El matón más bajo le arrancó el cilindro de los brazos y lo examinó.

—Está cerrado —comentó con sorpresa.

—Nunca lo abrieron.

El otro sonrió con burla.

—¿Me toma por gilipollas? ¿Y cómo sabían que eran documentos sensibles?

Christian sostuvo la mirada, eligiendo cada palabra con cuidado.

—Primero porque están sellados por el gobierno. Segundo, porque me lo dijo el asesor político la noche en que… —hizo una pausa breve—, la noche en que ustedes lo mataron.

El matón lo estudió con mirada fría.

—Ya… bueno. Una rata menos. ¿Y espera que esa historia nos la creamos?

Christian se encogió de hombros.

—Da igual. No iba a entregárselos al periódico ni a la policía sin garantías de que limpiarían mi nombre.

El mafioso soltó una carcajada seca.

—Esto es Londres, no una película, chaval.

El otro hombre ya estaba cortando el precinto con la navaja.

Christian siguió cada uno de sus movimientos. Su espalda estaba empapada de sudor frío.

El matón desenroscó el cilindro y sacó los documentos, atados con una cinta roja. Observó las hojas viejas y manchadas de tinta. Levantó una ceja. Dudó.

Christian sintió el pulso en las sienes. Si el miedo fuera una piedra, en ese momento estaba cargando el peso de un cementerio entero.

Finalmente, el matón volvió a meter los papeles en el cilindro.

—Esto que lo lea algún burócrata de los nuestros que están de camino.

El aire regresó a los pulmones de Christian, pero no se atrevió a exhalar del todo.

—Se puede ir a hacer compañía a su madre —le dijo el matón—, pero que sepa que la policía le está buscando. No les hagas perder más tiempo.

Christian se dio la vuelta sin responder.

El más bajo se apartó con indiferencia.

—No se lo tome como algo personal. Ha sido un daño colateral. Es joven y, con suerte, antes de los cuarenta estará en la calle.

El tono casi paternal le revolvió el estómago. Apretó los dientes y siguió caminando por el pasillo hasta que se desvió para salir al jardín. La oscuridad lo cubrió. Ahora solo quedaba reunirse con su madre. Volver a su habitación era un suicidio. Una vez que abrieran el lazo se darían cuenta de la estafa. Tenía que confiar en que ella había seguido sus instrucciones y estaba en el taxi. Conocía el recinto de memoria.

Se movió rápido y llegó hasta la alambrada. Se agachó y pasó por el hueco hasta la calle. Aceleró el paso, pero al llegar, el asiento

trasero estaba vacío. El mundo se detuvo un instante. Un golpe de pánico le atravesó el pecho. Su respiración se atascó en la garganta y sus piernas, endurecidas por la adrenalina, comenzaron a temblarle.

No. No podía ser.

Se asomó al interior del coche. Con manos torpes, abrió la puerta. Ahí estaba ella. Encogida en el asiento trasero con la cabeza gacha como una niña jugando al escondite.

Christian soltó el aire de golpe. El alivio casi le dobló las rodillas. Se inclinó y la abrazó. Su propio cuerpo aún vibraba con la tensión.

—Sh… no me pueden ver —susurró su madre arrastrando las palabras.

Christian cerró los ojos y apoyó la frente contra la suya. Ahora solo quedaba salir de allí.

—A Londres —le dijo al taxista—. Y vaya por carretera local, no por la autopista.

El conductor lo miró por el retrovisor, frunciendo el ceño.

—Tardaremos más y es más caro.

—Haga como le pido, por favor.

El taxista suspiró y arrancó. A su lado, su madre se removió en el asiento.

—¿A dónde vamos? —preguntó con la mirada perdida.

Christian le tomó la mano con suavidad.

—Es una sorpresa y espero que te guste.

—Vamos al musical, ¿verdad?

Christian sonrió cansado.

—Es una sorpresa, mamá —susurró—. Una sorpresa para todos.

51

El taxi frenó frente al hotel Savoy en Charing Cross. Christian salió antes de que el vehículo terminara de detenerse y cerró la puerta de un portazo. Su madre esperaría dentro.

Bajo el gran toldo de la entrada, un botones con el uniforme ligeramente holgado le sonrió con cortesía. Christian no perdió el tiempo. Sacó el último billete de diez libras y lo deslizó con disimulo en la mano del chico.

—Busco a un huésped. Un americano. Alto, con bastón.

Los ojos del botones se abrieron de par en par al ver el dinero. Se guardó el billete y señaló hacia el interior.

—Está en el bar. ¿Eres policía?

Christian ya había cruzado la entrada sin responder. El vestíbulo lo recibió con suelos de mármol impecables, lámparas de araña y un murmullo discreto de conversaciones refinadas. No se detuvo. Sus pasos lo llevaron directo al bar. Y ahí estaba. John McCabe, sentado en una mesa apartada, con una copa en la mano y la mirada fija en la entrada. La sorpresa en su rostro duró un segundo. Luego, su expresión recuperó la calma calculada.

Christian se detuvo frente a él.

—¿Cómo supo que estaba aquí? —preguntó McCabe, apoyando ambas manos sobre el bastón.

Christian mantuvo la compostura, aunque su pulso golpeaba con fuerza en su cuello.

—Le pregunté al botones.

McCabe arqueó una ceja, incrédulo. Christian continuó hablando.

—El día que me encontró en la cafetería llevaba un bolígrafo de este hotel. He sido recepcionista. Supuse que se hospedaba aquí. —Christian señaló el bolígrafo dorado que sobresalía del bolsillo de su abrigo.

McCabe dejó escapar una breve sonrisa.

—Muy observador. —Se inclinó ligeramente hacia delante—. Pero sabe que esta vez no le voy a dejar salir corriendo. ¿Por qué se ha metido voluntariamente en la guarida del león?

Christian respiró hondo.

—Saque a mi madre del país y le entregaré los documentos.

Él lo miró con una mezcla de diversión e incredulidad. Bebió un sorbo de su copa sin apurarse.

—No está en posición de negociar.

Christian sintió la sangre latirle en las sienes. Sus puños se cerraron con fuerza. Se obligó a mantener la calma.

—Si no salgo de aquí en cinco minutos, un sobre estará en camino a la redacción de uno de los periódicos más importantes del país. Saque a mi madre del país y YO le daré los documentos.

McCabe no respondió de inmediato. Lo observó con ojos de ajedrecista calculando el próximo movimiento.

Christian dio media vuelta, dispuesto a marcharse.

—¡Alto ahí!

Se detuvo, pero no se giró.

Dos hombres en trajes oscuros aparecieron a ambos lados de la puerta le bloqueaban la salida. Altos, corpulentos, con miradas frías.

El sudor le recorrió la espalda de nuevo.

—No sé si es su juventud o su ignorancia —dijo McCabe sin moverse desde la mesa—, pero está jugando con fuego.

Christian se giró con cautela y sostuvo su mirada.

—No tengo nada que perder. Tengo en mi poder documentos que harían tambalear el país si vieran la luz pública. Ya me da igual que me acusen de un asesinato que no cometí o que me encuentren muerto en un contenedor. —Hizo una pausa, dejando que sus palabras flotaran en el aire como un cuchillo suspendido—. En tres minutos, esos documentos estarán camino a un periódico de tirada nacional. Tiene dos opciones: sacar a mi madre del país o dejar que todo esto salga a la luz.

El silencio que siguió fue tenso. McCabe giró lentamente su anillo de graduación, sin apartar los ojos de Christian. Finalmente, golpeó dos veces el suelo con su bastón. Uno de sus hombres se inclinó hacia él, esperando órdenes.

—Preparen el avión para esta noche. ¿Destino?

Christian no titubeó.

—Copenhague.

McCabe asintió.

—Ya lo han oído.

Los guardias abandonaron el bar sin hacer ruido. McCabe extendió la mano.

—Ahora quiero los documentos. Falta menos de un minuto.

Christian se desabrochó la chaqueta con calma. Pegados a su pecho con cinta adhesiva, estaban los documentos como si fuera un hombre bomba.

McCabe lo observó con curiosidad.

—Me acaba de decir que no los tenía consigo.

—Nunca dije eso. Solo dije que si no volvía en cinco minutos, alguien los enviaría. Ese alguien soy yo.

—¿Cómo sé que no ha hecho copias?

Christian no apartó la mirada.

—Por la misma razón que sé que esta noche aterrizaremos en Copenhague.

—¿Tengo que confiar en su palabra?

—Igual que yo tengo que confiar en la suya.

McCabe suspiró y bebió un sorbo de su copa.

—Bien jugado, muchacho.

—¿Qué va a pasar ahora con esos documentos?

—Nada —dijo con tono más relajado mientras giraba la copa entre los dedos—. Todo caerá por su propio peso. Estoy seguro de que Margaret Thatcher dimitirá pronto. —Sonrió con esa expresión de zorro que nunca terminaba de desvelar sus cartas—. Un pajarito me ha dicho que Sir Geoffrey Howe dimitirá en cuestión de semanas o días. Howe fue el viceprimer ministro de Thatcher y su principal aliado… hasta que dejó de serlo. Las malas lenguas dicen que fue uno de los responsables de tapar un caso de corrupción masiva dentro del ministerio en los años ochenta. Fondos destinados a programas de defensa, en realidad usados para sobornos internacionales. —Tomó otro sorbo, disfrutando el momento—. El pobre Howe está recibiendo presión de un antiguo oficial del MI5 para que abandone el gobierno… Pero eso no es de su incumbencia. Ya se lo dije: soy apolítico.

52

El sedán negro avanzaba por las calles de Londres, dejando atrás Charing Cross. Las luces de la ciudad parpadeaban en el reflejo de las ventanas mientras el coche tomaba rumbo a Heathrow.

Christian iba en el asiento trasero junto a su madre. Ella miraba por la ventanilla, observando el resplandor de las farolas en los cristales, aunque su mente parecía estar en otro lugar. En el asiento delantero, junto al conductor, John McCabe permanecía en silencio.

Su madre habló en danés con voz suave pero clara:

—*Hvor skal vi hen?*

Christian le tomó la mano con suavidad.

—Volamos a Copenhague.

Ella tardó unos segundos en reaccionar. Luego, una leve sonrisa apareció en sus labios y una chispa de emoción brilló en su mirada.

—¿De verdad?

—Hace tiempo que querías volver a casa.

El coche cruzó el puente de Hammersmith. Abajo, el Támesis reflejaba las luces de los faros y los postes. El río, oscuro y sereno, parecía una frontera silenciosa entre el caos que dejaban atrás y la promesa incierta de lo que les esperaba en Copenhague. La

autopista M4 estaba despejada. Los carteles de Heathrow aparecían con más frecuencia, anunciando el final del trayecto.

A su lado, su madre se había quedado dormida. Christian observó un instante el ritmo pausado de su respiración. La imagen de la mujer que había sido y de la que quedaba ahora se superponían en su mente.

Las luces del aeropuerto surgieron en la distancia. El sedán tomó el desvío hacia una terminal privada. En la pista iluminada, un jet de fuselaje plateado esperaba.

El chofer tocó su auricular.

—Está todo listo, señor —informó a McCabe.

Este abrió la puerta y bajó del coche. Christian lo siguió, dejando a su madre dormida en el asiento trasero. El aire frío de la madrugada le golpeó el rostro.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Christian.

McCabe se tomó un momento antes de responder, como si midiera sus palabras.

—Deje que la historia siga su curso. Todo caerá por su propio peso. Thatcher no aguantará mucho más.

—¿Y yo?

McCabe lo miró en silencio y apoyó la mano en su hombro.

—Desaparezca. Por un tiempo. Llévese a su madre, deje que las aguas se calmen. A nadie le interesa que el asesinato de ese asesor se convierta en algo más que un suicidio.

Christian se giró hacia el coche. Ella seguía dormida, ajena al peligro, a la tormenta que aún no terminaba de disiparse.

—¿Me va a contar cómo lo hizo? —preguntó McCabe, rompiendo el breve silencio.

Christian bajó la mirada.

—Tenía que ser rápido. Pero, sobre todo, tenía que ser convincente. —El murmullo de los motores y el viento helado de la pista se mezclaban con los recuerdos—. La idea me vino en un quiosco del Soho, cuando hojeé unos cómics viejos del Pato Donald. Algo tan simple… pero se me ocurrió que podría funcionar.

McCabe lo observó con incredulidad.

—¿Cómics?

—Sí. Y unas hojas viejas llenas de garabatos y tinta. Lo envolví todo con el lazo en papel opaco para que nadie pudiera ver a través. Luego, pasé por una tienda de filatelia en Soho y me hice con unos sellos oficiales antiguos de coleccionista. Bueno, los robé cuando el viejo dependiente estaba distraído. Los mojé un poco, los arrugué, los envejecí lo suficiente para que parecieran documentos olvidados en un archivo polvoriento.

McCabe no dijo nada. Sus dedos, que habían estado jugueteando con su anillo de graduación, se detuvieron.

Christian continuó:

—En una ferretería compré un cilindro y un cinta de seguridad, de esas que se rompen si alguien intenta abrirlas sin cuidado. Lo empaqueté todo de manera que hasta el más experimentado burócrata lo creería. La clave era la presentación. Sabía que me pillarían si hacían una inspección detallada. —Sintió la boca seca—. Cuando llegué al intercambio, no había margen de error. Ellos querían los documentos. Yo quería a mi madre. Así que les entregué un cilindro precintado. Tal y como esperaba, rompieron la cinta, echaron un vistazo rápido a la primera página y lo volvieron a cerrar. Querían creer que tenían los documentos. Así que lo creyeron.

McCabe inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Y cómo se aseguraba de que no descubrieran la trampa más tarde?

Christian se encogió de hombros.

—Eso no lo pensé. No hacía falta. Sabía que, una vez cerraran el cilindro y pensaran que todo estaba en orden, yo tenía que desaparecer. También sabía que estaban bajo presión, y eso jugó a mi favor. Funcionó.

Por primera vez, McCabe sonrió.

—Tiene agallas, muchacho y eso me gusta. Es el tipo de gente con la que me gusta trabajar.

Se quedó observando a Christian. Su boca se abrió a punto de decir algo más, pero guardó silencio.

Christian se giró, abrió la puerta del coche y tocó el brazo de su madre con suavidad.

—Despierta. Hemos llegado —susurró.

Ella parpadeó lentamente, aún atrapada en el letargo de los tranquilizantes.

—Estoy… tan cansada —murmuró, apoyándose en su hijo para mantenerse firme.

McCabe los observaba desde la distancia. Por un instante, su expresión pareció menos severa, pero no dijo nada. Simplemente se apartó, dejando que avanzaran hacia el avión.

La madre de Christian lo miró con curiosidad, como si intentara ubicarlo en algún recuerdo difuso. Quizás pensaba que era un jefe de su hijo en algún trabajo importante. Quizás por eso se permitió dedicarle una sonrisa educada antes de aferrarse al brazo de Christian y empezar a subir las escaleras.

La rampa estaba desplegada y las luces del jet proyectaban sombras alargadas sobre la pista.

—*Min Chris…* volvemos a casa —dijo su madre con un deje de alivio.

Christian apretó los labios, sin responder. En la puerta del avión, una azafata apareció con una elegancia casi espectral. Él sintió una fascinación instantánea, inexplicable. Ella inclinó la cabeza en un saludo discreto y les indicó que todo estaba listo para el despegue.

El interior del jet era una combinación de lujo y sobriedad. Paneles de madera oscura, luces tenues, alfombra gris claro. Los asientos de cuero crema parecían demasiado cómodos para alguien que había pasado los últimos días huyendo. Sobre una de las mesas de madera pulida había botellas de agua mineral y un bol con frutos secos.

La azafata cerró la puerta con un suave clic. El mundo exterior desapareció.

Christian ayudó a su madre a acomodarse y le abrochó el cinturón con cuidado.

—Estoy tan cansada —repitió, apoyando la cabeza en el respaldo.

—Duerme un poco.

—No tengo mi medicación.

—Mejor así —respondió él y le tomó la mano—. En Copenhague veremos a un médico.

Ella asintió con un leve movimiento y cerró los ojos.

Christian se levantó y observó con asombro el interior. Recorrió la cabina con pasos lentos. Cruzó hasta el baño, un pequeño compartimento con lavabo de acero inoxidable y toallas de lino blanco. Más atrás, vio la zona de cocina, equipada con lo esencial para preparar bebidas calientes y aperitivos.

Cuando volvió a su asiento, su madre ya dormía.

La azafata apareció en silencio.

—Si necesita algo, estaré en la cabina, al lado del piloto. Solo toque este botón —dijo señalando el panel de control junto al asiento.

Echó un vistazo rápido a la madre de Christian. Tomó una manta y la cubrió antes de retirarse.

Los motores rugieron y el avión comenzó a rodar por la pista. Christian se recostó en su asiento y miró por la ventana. El jet se elevó en el cielo. Londres quedó atrás. Las luces de la ciudad se difuminaron en la distancia, engullidas por un manto de nubes. Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Su cuerpo aún temblaba con la adrenalina, pero por primera vez en mucho tiempo, sintió que tenía el control. Había salvado a su madre. Y aunque no sabía qué pasaría después, empezaba a creer que tenía un propósito.

El avión ascendió más allá de las nubes. Y, con él, la certeza de que nada volvería a ser igual.

53

Una semana después, Jade volvió a la clínica de salud y planificación familiar en Brixton. Se sentó en la misma silla de plástico gris, rodeada por la misma música suave y las paredes pintadas en tono de rosa pastel.

Todo lucía igual que la semana anterior, pero ella no.

Pasó la mano por la frente y rozó con los dedos la herida que había sufrido la noche del accidente. La cicatriz aún estaba allí, una fina línea con forma de exclamación.

Habían sobrevivido. Por poco.

Era ya el alba cuando el coche derrapó en un coto privado y se estrelló contra un árbol al bajar por el terraplén. Un grupo de cazadores, que disparaban en plena caza, corrió a socorrerlos, los sacó del vehículo y llamó a una ambulancia.

El coche que los perseguía nunca apareció. Tal vez, pensó Jade, habían decidido que era demasiado arriesgado enfrentarse a tanta gente.

Pensó en Christian también, y lo que había dejado atrás, pero esa historia no le pertenecía ya. Era su momento de tomar una nueva dirección.

Pasó varios días en el hospital bajo observación. Durante ese tiempo, más de una vez consideró pasar por la habitación del redactor jefe. Quería saber cómo estaba. Pero cuando vio a su esposa sentada a su lado, sosteniéndole la mano con una devoción incuestionable, decidió no entrar. No quería inventar una historia ni justificar su presencia. Mejor dejar que él contara la versión que quisiera. El padre del hijo que había concebido por accidente era un buen contador de historias, después de todo. Sarcasmo aparte, le deseaba felicidad. A él, a su esposa y a sus mellizas.

Cuando le dieron el alta, regresó a la redacción. Thomas le informó que el joven Christian había desaparecido, llevándose consigo los documentos. Su enfado duró lo que tardaron en aparecer las noticias. Sir Geoffrey Howe había presentado su dimisión pública y todos los medios ya especulaban sobre la inminente caída de Margaret Thatcher.

El caso del asesor político Alan Pennington se cerró oficialmente tras una segunda autopsia que confirmó la versión del suicidio. A pesar de los rumores y la sombra de la duda que seguía rondando el caso, estaba claro que nadie en el poder tenía interés en seguir escarbando en un asunto tan mediático. Para muchos, era más conveniente aceptar la historia y dejar que el escándalo se extinguiera. Pero Jade sabía la verdad. Alan Pennington no se había quitado la vida.

Ahora, con Christian desaparecido y la renuncia de Howe sacudiendo los cimientos del gobierno, cualquier posibilidad de lanzar una exclusiva que la catapultara al estrellato periodístico se había desvanecido.

Se sorprendió al darse cuenta de que no le importaba tanto como habría pensado. Tal vez Christian, al desaparecer, le había hecho un

favor. Tal vez no era el momento. Tal vez había cosas más importantes que la fama.

Sus dedos jugaron nerviosamente con el paquete de cigarrillos que llevaba en el bolsillo de su chaqueta. Las ganas de fumar el último antes de la intervención eran insoportables.

Había trabajado demasiado para llegar hasta donde estaba. Había roto barreras, superado expectativas y construido su lugar en un mundo que no siempre dejaba espacio para mujeres como ella.

Pero, aun así… Se preguntó si habría sido un niño o una niña. Se preguntó qué clase de madre habría sido.

Imágenes de su infancia se mezclaron con los recuerdos de todas las batallas que había librado para construir su vida profesional.

Podría ser posible.

Tal vez, con sacrificios. Tal vez, si estuviera dispuesta a cambiar prioridades, encontrar un equilibrio. Pero no. No había dudado hasta ese momento y no lo haría ahora. Ya había tomado su decisión.

Levantó la mirada hacia la puerta de la consulta, esperando escuchar su nombre en cualquier momento.

—¿Tengo que esperar mucho más? —preguntó sin moverse de su asiento.

La enfermera, una mujer en los cincuenta con una expresión tranquila, revisó el reloj en su muñeca.

—Voy a preguntar —dijo con una sonrisa amable antes de desaparecer por el pasillo.

Jade la siguió con la mirada. La vio tocar suavemente la puerta de la consulta, entrar, y luego dejar la puerta entreabierta.

En ese instante, un nudo se formó en su garganta. Una lágrima silenciosa rodó por su mejilla. Con el índice, la atrapó antes de que cayera. Miró la humedad en la yema de su dedo, como si en esa diminuta gota pudiera contenerse la respuesta que había estado

evitando. Y entonces, algo dentro de ella se aquietó. Por primera vez en días, sintió paz. Se levantó de la silla, tiró el paquete de cigarrillos en la papelera y salió de la clínica.

Era una mañana luminosa de noviembre. El cielo estaba despejado, el aire fresco. Mientras caminaba por la calle, una verdad se fue asentando en su interior: no se podía tener todo en la vida, pero quizás, y solo quizás, podía tener más de lo que alguna vez había imaginado. Había llegado el momento de pensar en el bebé que iba a traer al mundo.

Y en todo lo que aún le quedaba por descubrir.

Y esa verdad… la hizo libre.

54

Dos semanas después, Christian regresó a Londres. Al llegar a Camden, sintió una desconexión con el lugar que antes llamaba hogar. Londres seguía siendo Londres: ruidosa, gris, acelerada.

Pero él ya no era el mismo. No estaba allí para quedarse. Solo pasaría a recoger sus cosas, guardarlas en un depósito, cenar con su padre para intentar aclarar la situación y regresar con su madre.

Dos semanas en Dinamarca le habían parecido una eternidad.

Cuando aterrizaron, su madre, aún frágil pero decidida, insistió en que visitaran a su hermana Kirsten en Odense. Kirsten, que había pasado de los sesenta y acumulaba más enfermedades que recuerdos felices, les comunicó la triste noticia de que le habían diagnosticado cáncer.

Para Anne, cuidar de su hermana mayor se convirtió en una forma de redención. La muerte de su hija había sido una sombra que nunca la abandonó, pero ahora tenía un propósito.

Christian sabía que no podía dejarla sola, pero también entendía que, por primera vez en mucho tiempo, su madre estaba encontrando su propia forma de luchar contra su enfermedad. Concertaron una consulta con una psiquiatra, quien ajustó su

medicación. Los efectos tardarían en notarse, pero esta vez su madre parecía estar al mando. Y eso, por ahora, era suficiente.

Cuando llegó a la casa en Camden, tocó la puerta por costumbre. Sabía que nadie estaría en casa a esas horas, salvo la anciana medio sorda que pasaba las horas pegada a la televisión.

Subió las escaleras de dos en dos. Iba con prisa. Al llegar a su habitación, encontró un paquete del tamaño de una maleta de mano. Encima, una nota del casero:

«Llegó hace unos días. Por favor, recoge todas tus cosas y desaparece lo antes posible*».*

Christian sonrió con ironía. Había pagado un mes extra para compensar su ausencia repentina, pero el casero seguía molesto por el estado en que había dejado la habitación.

Cogió la caja y notó que pesaba menos de lo que su tamaño sugería. Sacó la llave y la giró en la cerradura. El desorden de su huida seguía allí, congelado en el tiempo: sábanas arrugadas, ropa esparcida, libros caídos, una vida interrumpida en medio del caos.

Comenzó a empaquetar sin pensar demasiado, cerrando cajas una tras otra. Como quien cierra capítulos sin saber si alguna vez querrá volver a leerlos.

Cuando todo estuvo listo, llamó a una compañía de mudanza para que las guardaran en un depósito.

Solo quedaba la misteriosa caja sobre la cama.

Se sentó en el borde y la apoyó en su regazo antes de abrirla. Dentro, encontró un uniforme de tripulante de cabina, perfectamente doblado. El material relucía bajo la tenue luz de la habitación. Frunció el ceño. Revisó la chaqueta y encontró un sobre escondido en el forro. Dentro, un grueso fajo de billetes. Contó rápido: diez mil libras. El equivalente a dos años de sueldo en la recepción del hotel. Y entre los billetes, una nota:

«Quiero que trabaje para mí».

Debajo, un número de teléfono con prefijo de Estados Unidos.

Christian lo leyó dos veces: McCabe.

Miró el uniforme, luego su reflejo en el espejo.

Se lo puso y ajustó cada detalle. La chaqueta se ceñía a sus hombros con una precisión impecable. El color oscuro contrastaba con su piel clara. Rozó los botones, que brillaban bajo la luz de la habitación como medallas al mérito. Se enderezó, clavando la mirada en su reflejo. Sus ojos azules brillaban con más intensidad. Sus mechones rubios, siempre rebeldes, caían sobre su frente con despreocupación, pero ahora parecían más una declaración de intenciones que un signo de caos.

Recordó la escena en el Savoy. Recordó a John McCabe. Recordó cómo había negociado la seguridad de su madre con documentos que podían hacer tambalear a todo un gobierno. Y ahora… Ahora, tenía una oferta. Una que no decía mucho, pero implicaba demasiado.

El reflejo le devolvía una imagen de un ganador.

Pensó en su padre.

—Me cortaste las alas, así que aprendí a correr.

Bajó las escaleras en silencio. Dejó las llaves en la repisa. El frío del otoño lo envolvió al salir a la calle. Llamó un taxi. El conductor, un hombre con arrugas profundas y una gorra de lana descolorida, apenas lo miró antes de arrancar. Las calles mojadas reflejaban las luces de los faros. Las sombras de los edificios se deslizaban en la ventana.

A mitad de camino, Christian habló:

—Cambie la ruta.

El taxista levantó una ceja, pero no hizo preguntas. Minutos después, se detuvieron frente a Jovoy, la perfumería que se escondía

en una calle de Regent Street. Christian bajó. Cerró la puerta del taxi sin mirar atrás y entró en la tienda.

55

Al cruzar la puerta de *Jovoy*, una sinfonía de aromas envolvió a Christian. Notas florales, cítricas y especiadas flotaban en el aire como un velo invisible y convertían la perfumería en un santuario de opulencia. No era una perfumería cualquiera. Era un templo del lujo. Los estantes de vidrio se extendían como vitrinas de un museo, donde cada frasco brillaba bajo la luz de las lámparas de araña, que colgaban del techo como constelaciones de cristal.

Con paso seguro, Christian avanzó hasta una vitrina en particular. Reconoció el frasco de inmediato. Lo levantó con la misma familiaridad con la que se recupera un objeto querido. Cerró los ojos un instante y dejó que las notas profundas de vetiver, haba tonka, sándalo y almizcle le envolvieran.

El mismo perfume. El mismo lujo. La misma victoria.

—*Clive Christian No1.* Tiene usted un gusto exquisito —dijo una voz melosa a sus espaldas.

Christian giró la cabeza sin soltar el frasco.

—Lo sé.

El dependiente lo reconoció al instante. El traje oscuro estaba tan bien ajustado que parecía hecho de látex y la corbata de seda roja se alineaba perfectamente con el centro de su cuello, como si la

hubiera medido con una regla. Y, aun así, a pesar de su postura impecable, había algo cómico en la forma en que reposaban sus manos una encima de la otra. Incluso su sonrisa —si es que podía llamarse así— era más una mueca caricaturizada de cortesía.

—Oh… Usted otra vez —dijo con una mezcla de sorpresa y desdén. Bajó la mirada al frasco—. ¿Va a comprar esta vez o solo a mirar como de costumbre?

Christian extendió el perfume hacia él, casi tocándole el pecho.

—Esta vez, sí —dijo con voz firme—. No hace falta que lo envuelva. Es un regalo. Para mí.

El dependiente parpadeó, desconcertado. Su expresión altiva se desmoronó y pasó a una mueca de falsa sumisión. Agachó la cabeza.

—Por supuesto. Acompáñeme a caja, por favor.

Christian caminó tras él, sin prisa. Cuando llegaron al mostrador, sacó un sobre del bolsillo interior de su chaqueta y empezó a contar los billetes. Uno por uno, los fue dejando sobre el mármol.

El dependiente los tomó en silencio y los deslizó dentro de la caja registradora. Depositó el perfume en una bolsa de terciopelo y se la tendió con movimientos mecánicos.

Christian alzó una mano antes de que pudiera decir nada.

—Quédese con el cambio —dijo, inclinándose apenas hacia él—. Y páguese un buen peluquero.

La mandíbula del dependiente se tensó, pero no replicó.

Christian se dio la vuelta y se dirigió a la salida. Se detuvo en la puerta con la mirada posada en el guardia de hombros anchos y ojos estrechos. Este le sostuvo la puerta con una obediencia casi reverencial.

Christian salió triunfante con la bolsa de terciopelo en la mano.

Era hora de cenar con su padre.

56

Christian llegó al Ritz con veinte minutos de retraso.

El ambiente era impecable: manteles de lino blanco inmaculado, camareros que se movían con gracia coreografiada y un murmullo refinado de conversaciones discretas. Las lámparas doradas proyectaban un resplandor cálido sobre las mesas, acentuando el aire de exclusividad.

Lo vio al fondo.

Su padre estaba sentado en una de las mesas principales, con la espalda perfectamente recta y traje oscuro impecable. Sostenía una copa de vino y la giraba con lentitud, como si analizara su contenido más que su sabor. Nada en él había cambiado. El mismo cabello peinado hacia atrás, las sienes grises perfectamente alineadas, la misma mirada fría de hombre acostumbrado a tener el control.

Christian se acercó a la mesa.

—*Undskyld jeg kommer for sent* —se disculpó en danés por llegar tarde.

Su padre no levantó la vista de la copa.

—Siéntate.

No fue una invitación. Fue una orden.

Christian obedeció y vio cómo su padre estrujaba la servilleta de lino entre los dedos.

—Estuve en Dinamarca —dijo con un tono en el que la decepción se mezclaba con furia contenida—. Tu madre me lo ha contado todo. Y, como era de esperar, te exime de cualquier culpa.

Christian sostuvo la mirada.

—Lleva años queriendo volver a casa.

—Ella te exime. Yo no. —Soltó la servilleta con un gesto brusco —. ¿Cómo se te ocurre llevártela en su estado?

—Estaba bien cuando la dejé. La doctora ajustó su medicación. Se quedó con la tía Kirsten, ayudándola con su enfermedad. Eso le ha dado un propósito.

Un tic apareció en la mandíbula de su padre.

—¿Un propósito? ¡Por favor! —Se inclinó apenas hacia delante—. El que tiene que tener un propósito eres tú, no ella. Mira a tu alrededor. Deberías estar aquí, en Londres, con una mujer decente a tu lado y un trabajo respetable. Eso es tener un propósito.

La ira comenzó a hervir dentro de Christian, pero se obligó a respirar hondo. Se enderezó en la silla y, con calma deliberada, se desabrochó el abrigo, dejando ver su uniforme.

—Y lo tengo, papá. Este es mi propósito.

Su padre frunció el ceño.

—¿Qué es eso?

—Tripulante de cabina para British Airways.

—¿Tripulante de cabina? —repitió con incredulidad, como si fuera una broma de mal gusto—. ¿Dejas los estudios para servir café en un avión? ¿Para eso me hiciste firmar un cheque de cinco mil libras?

Las palabras de su padre eran cuchillas afiladas.

La humillación ardía en su interior, pero no bajó la mirada. No se encogió. Sostuvo la copa de agua y tomó un sorbo antes de

responder.

—Papá, no tienes idea de lo que ha pasado en estas últimas semanas. He reflexionado sobre lo que quiero hacer con mi vida.

Su padre soltó una risa seca, cargada de desprecio.

—¿Volar? —Sacudió la cabeza—. Si de niño tenías miedo del carrusel en el Tivoli. Siempre fuiste un miedoso, Christian. Un miedoso.

La palabra, «miedoso» golpeó a Christian en el pecho como otras tantas veces. Respiró hondo. Notó cómo sus manos temblaban bajo la mesa.

Su padre llevó la copa de vino a los labios.

—¿No vas a decir nada?

Y entonces, Christian estalló.

—Dices que era un miedoso. Que sigo siéndolo. Que aquel día en el carrusel, con ocho años, lloré porque tuve miedo. Tienes razón. Tuve miedo. Mucho miedo. Pero dime, papá —dijo devolviéndole la misma mirada fría—: ¿dónde estabas tú cuando tu hijo tenía miedo?

El rostro de su padre enrojeció al instante.

—He trabajado toda mi vida para darte lo que tienes —escupió cada palabra—. Cuando me casé con tu madre, lo único que heredé de tu abuelo fue una casa que se caía a pedazos. La reconstruí con mis propias manos. Estudié, trabajé y levanté una familia. —Apretó los labios, como si contuviera algo más violento dentro de él—. Hice todo lo que tú ni siquiera podrías imaginar hacer.

Christian rio. No de diversión. Rio con amargura, con una rabia que llevaba años fermentando.

—Tú no levantaste una familia, papá. Levantaste una prisión.

—¿De qué estás hablando?

El corazón de Christian latía como un tambor de guerra.

—De los maricones, papá. Porque tu hijo es uno de ellos. Ma-ri-cón. Gay. Homosexual. Un sarasa. Una nenaza. Llámalo como te dé la gana. Así nací y así moriré. Soy un chupa-pollas, un soplagaitas, un sodomita. Follo y me follan. Y cada uno de ellos, cada maldito hombre con el que he estado, ha tenido el mejor polvo de su vida.

Su padre se quedó rígido. Las venas de su cuello se marcaban como raíces retorcidas.

Christian se levantó. Apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia él.

—Y no, no soy un pervertido. Si hay alguien retorcido en esta familia, eres tú. Mamá por fin ha escapado de esa prisión. Y ahora me toca a mí. Así que ya lo sabes. Oficialmente, he salido del armario.

El rostro de su padre estaba rojo de ira y apretaba los dientes a punto de escupir baba.

—Siéntate. Aún no hemos pedido la cena —mordía cada palabra como un animal rabioso—. ¡Te he dicho que te sientes!

Christian no se movió. Sacó el cheque que su padre le había dado semanas atrás y lo dejó caer sobre la mesa.

—Aquí tienes tu cheque.

Al darse la vuelta, escuchó a su padre golpear la mesa con tanta fuerza que la copa de vino se estrelló contra el suelo haciéndose añicos.

El murmullo del restaurante se apagó de golpe y todo el mundo se giró.

Christian siguió caminando.

Cuando estuvo en la calle, buscó una cabina. Sacó unas monedas del bolsillo y las deslizó en la ranura. Su mano temblaba.

Marcó un número.

Respiró hondo. Cerró los ojos. Esperó.

Al otro lado, una voz familiar respondió:
—John McCabe.
Christian apretó el auricular y respondió con firmeza:
—Acepto.
El destino estaba sellado.
No había vuelta atrás.
Había comenzado una nueva vida.

NOTA DEL AUTOR:

Aunque esta novela es una obra de ficción, ciertos elementos están inspirados en hechos reales.

La muerte de Alan Pennington, tal como se presenta en el libro, toma como punto de partida el caso real de Stephen Milligan, parlamentario británico del Partido Conservador, cuya inesperada y trágica muerte en 1994 conmocionó al Reino Unido. Milligan fue hallado sin vida en su domicilio en circunstancias que, según la investigación oficial, apuntaban a una práctica de asfixia autoerótica accidental. En su momento, los medios sensacionalistas explotaron el caso, y la opinión pública lo convirtió en símbolo del malestar interno de un partido que, por entonces, abanderaba una estricta agenda de valores tradicionales.

Quiero dejar claro que el personaje de Alan Pennington no representa a Milligan, ni los hechos narrados coinciden en tiempo, contexto ni detalles.

Asimismo, aunque la historia se sitúa en las semanas previas a la dimisión de Margaret Thatcher, la referencia a la renuncia de Geoffrey Howe se basa en hechos reales. Howe fue uno de los políticos más leales y destacados del gobierno de Thatcher, ocupando cargos clave como ministro de Finanzas, secretario de Exteriores y viceprimer ministro. Su dimisión en noviembre de 1990 desempeñó un papel clave en la pérdida de apoyo interno que precipitó el final de su mandato como primera ministra.

Si hubo, como sugiere John McCabe en esta novela, algún tipo de presión encubierta sobre Howe, eso forma parte del territorio de la ficción.

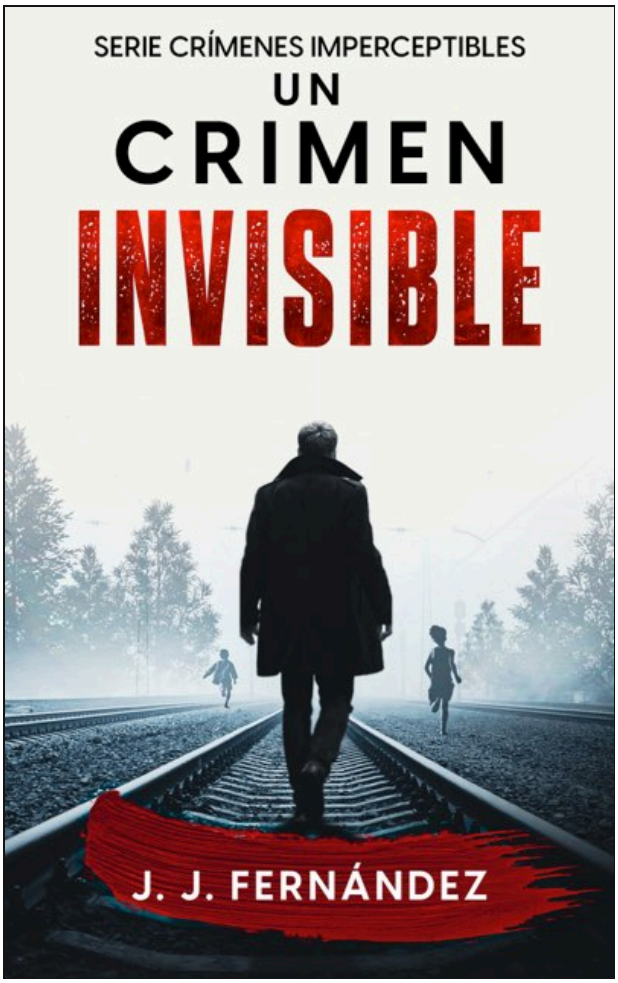
Y la ficción, como siempre, se alimenta de la historia… pero no la reproduce.

QUERIDO LECTOR

Gracias por leer ***Secretos de estado***.
Tu opinión cuenta.
Si has disfrutado con esta novela, la mejor manera de ayudarme es recomendarla.
Deja tu comentario AQUÍ o al final de este libro.
Tu opinión me ayuda a mejorar como escritor y a que otros lectores conozcan mi trabajo.

¿TE HA GUSTADO SECRETOS DE ESTADO?

Si has disfrutado con esta historia, te animo a que leas ***Un crimen invisible***, la primera entrega de la serie *Crímenes imperceptibles*.



Hace veintiocho años, tres niños jugaban al fútbol junto a las vías del tren, en un lugar que pronto se convertiría en el escenario de una tragedia.
Hicieron una apuesta…
Un niño murió arrollado por un tren.

Otro niño confesó una mentira.
Y el tercer niño desapareció.
La verdad sobre lo que realmente sucedió quedó sepultada bajo el peso del tiempo… hasta ahora.

Jerónimo es un traductor en paro que siempre cumple lo que promete, o al menos lo intenta.
Pocos días antes de su regreso a Valencia desde Londres para reencontrarse con su familia, una joven madre danesa desaparece después de recoger a su hija de la guardería en un barrio de la ciudad.
El marido, desesperado, recurre a la ayuda de Jerónimo.
Lo que comienza como un simple trabajo de interpretación pronto se convierte en algo mucho más oscuro.
¿Qué conexión guarda la desaparición de la madre con el pasado de Jerónimo?
Todos tienen un secreto, pero no todos están dispuestos a perdonar.

HAZTE CON UN CRIMEN INVISIBLE

También puedes acceder escaneando este código con la cámara del móvil:

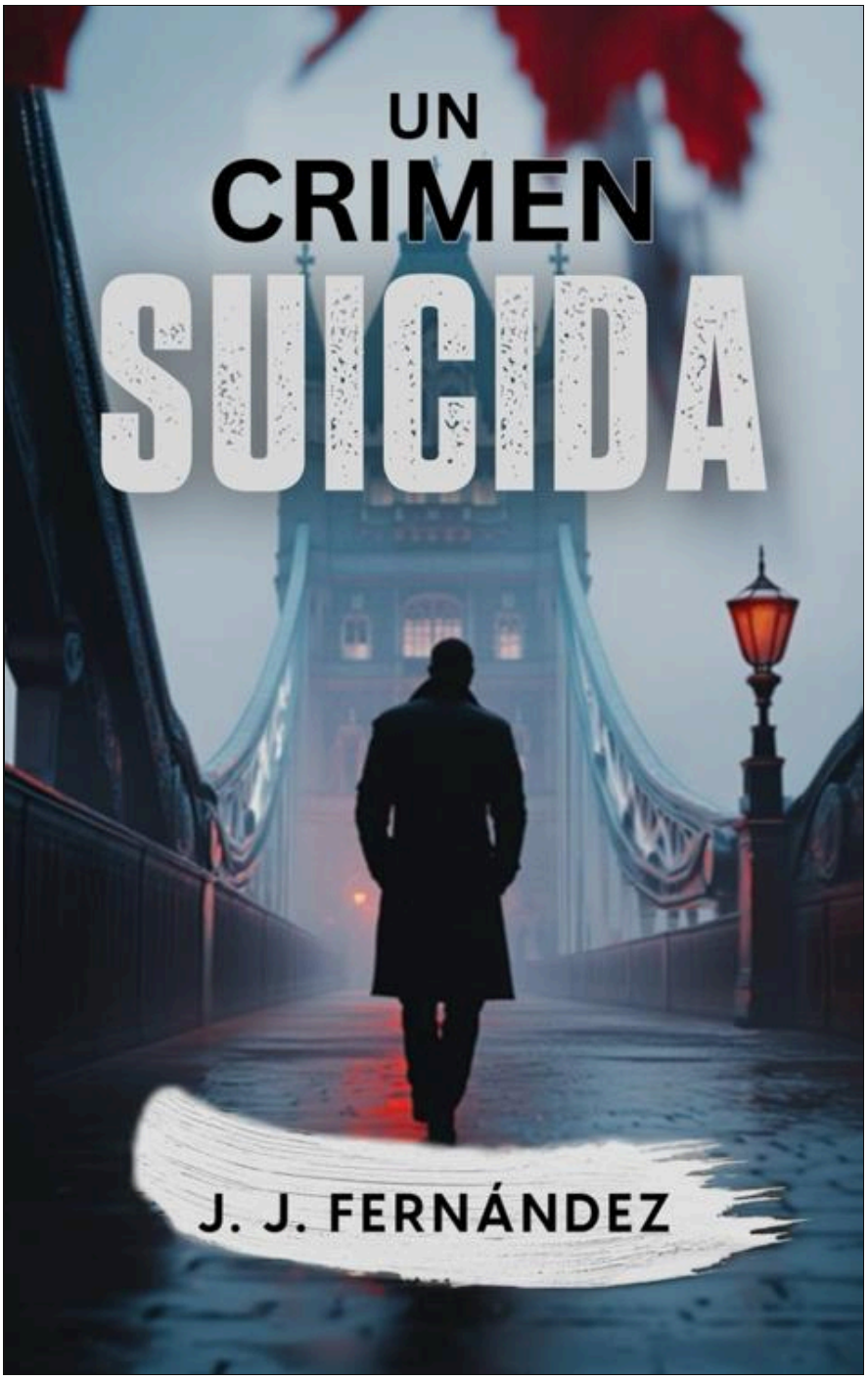
SUSCRÍBETE A MI LISTA

Suscríbete a mi lista de correo y recibe GRATIS la precuela ***Un crimen suicida*** de la serie *Crímenes imperceptibles*.

DESCARGA UN CRIMEN SUICIDA

También puedes acceder escaneando este código con la cámara del móvil:





«Hay un día en la vida en el que descubres que hacer algo bueno, algo noble, como el acto de salvar a un desconocido, puede tener trágicas consecuencias».

DESCARGA UN CRIMEN SUICIDA

ACERCA DEL AUTOR

Te invito a que pases por mi página web para que conozca otras novelas y un poco más de mí.

www.jjfernandez.com

Si deseas enviarme alguna sugerencia, pregunta o comentario, puedes hacerlo a la siguiente dirección de correo electrónico: info@jjfernandez.com

Únete a mi grupo de lectores, comparte tus impresiones y mantente al tanto de promociones y futuros proyectos.

GRUPO DE LECTORES DE J. J. FERNÁNDEZ

O puedes seguirme a través de mis redes sociales:



OBRAS DE J. J. FERNÁNDEZ

SERIE CRÍMENES IMPERCEPTIBLES

Un crimen suicida (precuela, relato corto)

Un crimen invisible

Un crimen imaginado

Un crimen contratado

Un crimen pasional

Un crimen prescrito

NOVELAS INDEPENDIENTES

Secretos de estado

Una muerte imperfecta

An imperfect death

